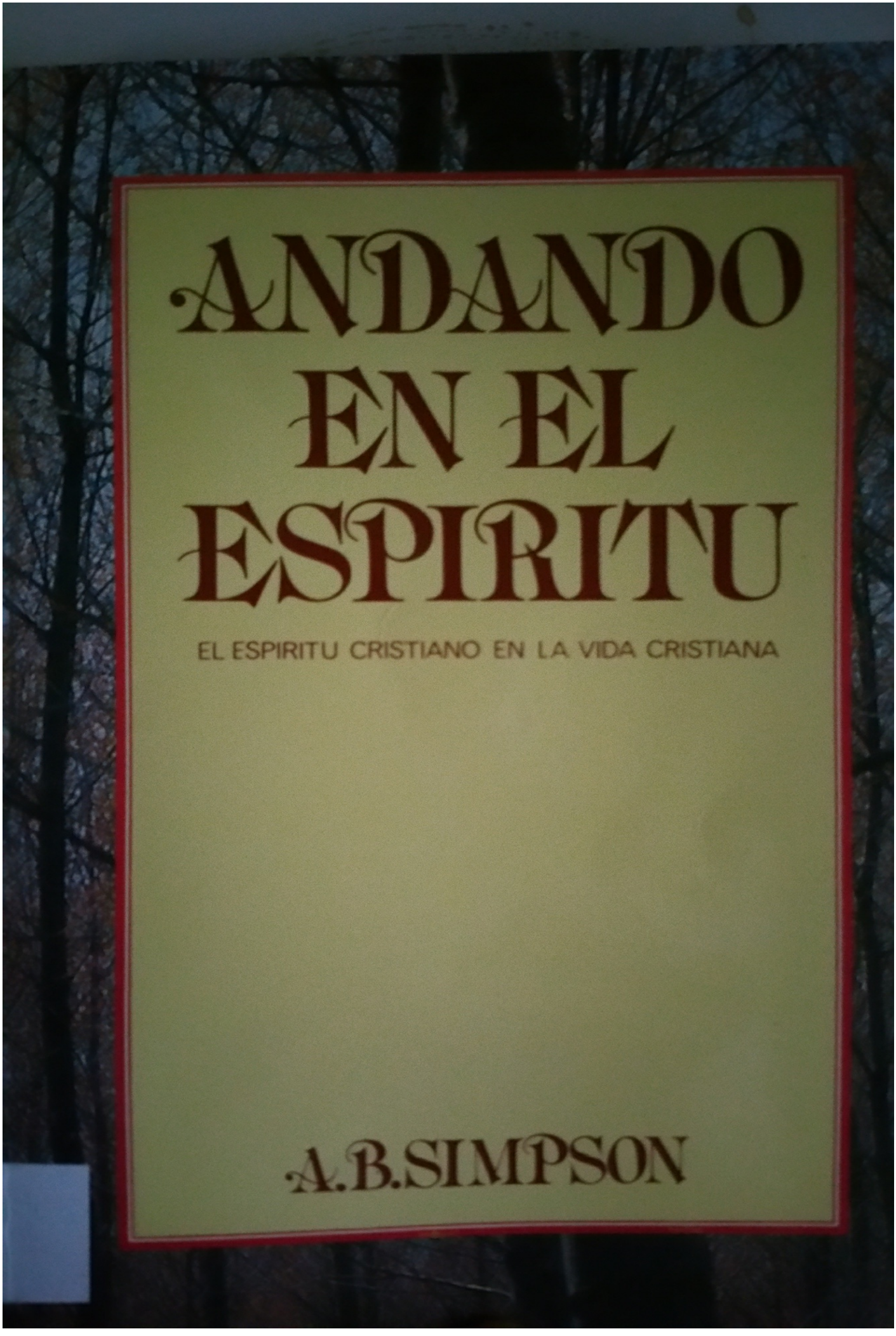
ANDANDO
EN EL
ESPIRITU
EL ESPIRITU CRISTIANO EN LA VIDA CRISTIANA
A.B.SIMPSON

A. B.

SIMPSON

ANDANDO EN EL ESPÍRITU

(El Espíritu Santo en la experiencia cristiana)

Libros CLIE Galvani, 113 TERRASSA (Barcelona)
ANDANDO EN EL ESPÍRITU
© 1984 por CLIE para la versión española.
Versión española: Eliseo Vila
ISBN 84-7228-855-2 Depósito Legal: B. 13.726-
Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.° 265 S.G. Galvani, 115. Terrassa
Printed in Spain

Capítulo 1: VIVIENDO EN EL ESPÍRITU

«Si vivimos por el Espíritu, avancemos por el Espíritu.» (Gá. 5:25)

¿QUÉ ES VIVIR EN EL ESPÍRITU?

1. Es haber nacido del Espíritu. Es haber recibido una nueva vida espiritual de arriba. «Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu espíritu es» (Jn. 3:6). «El que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Jn. 3:5). «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; -he aquí, todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Podemos tener una vida intelectual brillantísima, un carácter moral impecable, las cualidades personales más afables y amistosas, y con todo, sin la nueva vida del Espíritu Santo en nuestro corazón, no podemos entrar en el cielo, como no puede el cordero con que juegan los niños participar en la compañía de la familia y sentarse a la mesa. Pertenece a un mundo distinto, y no hay nada, si no es una naturaleza y un corazón humano que pueda hacerle entrar en la compañía con los seres humanos. El intelecto más despejado, el natural más atractivo, no deja por ello de ser terreno. El Reino de los cielos consiste en la familia de Dios, aquellos que se han elevado a una esfera totalmente diferente, que han recibido una naturaleza que está por encima de lo meramente intelectual y moral, por ser divina (1 Jn. 3:1).

Un escritor moderno ha elaborado finamente este maravilloso pensamiento de la diferencia entre los varios órdenes de vida, incluso en el mundo natural. Una planta que crece en la grieta de una masa de granito puede mirar la piedra, desde la altura en que se encuentra y decir: «Estoy a una distancia tremenda de ti, porque yo tengo vida vegetal, y tu sólo eres una masa inorgánica.» Y con todo, podemos ascender un peldaño. y el mennor insecto que revolotea o se arrastra sobre una magnífica palmera, puede desdeñar todas las bellezas del mundo vegetal y decir: «Estoy inmensamente por encima de vosotros a pesar de vuestra hermosura, porque ni aun sois conscientes, ni os dais cuenta de esta criatura que se alimenta del néctar de vuestras flores.» Todavía más arriba, llegamos al reino de la mente; y un niño, si se quiere analfabeto, puede contemplar las maravillosas criaturas del reino animal, un león, por ejemplo, el rey de la selva, o un águila que cruza rauda el espacio, o un ave del paraíso de muchos colores, o un corcel que lleva a su amo por el desierto, veloz como el viento y decirles: «Yo soy vuestro señor, porque poseo vida intelectual, y vosotros no tenéis alma ni razón, y vais a perecer cuando exhaléis vuestro último aliento, y pasar a ser como los terruños, en tanto que yo viviré para siempre.»

Pero hay todavía un paso más allá de esto. Hay el mundo espiritual, que es mucho más alto que lo intelectual como éste lo está de lo físico; y el más humilde y sencillo cristiano, que ha aprendido a orar, y puede decir: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt. 6:9), de las profundidades de su corazón regenerado, está tanto más arriba del genio más elevado del mundo como éste lo está de la creación que tiene a sus pies.

Éste es el significado del Cristianismo; es el aliento de una nueva criatura; es el traslado del alma a un universo superior y a una escala del ser más alta; a saber, la introducción en la familia del mismo Dios, y el ser hecho partícipe de la naturaleza divina. Esto es un maravilloso misterio, y una concesión que bien puede llenar nuestro corazón de asombro sempiterno, cuando exclamamos con el apóstol que adora: «¡Mirad qué amor tan sublime nos ha dado el Padre, para que podamos ser llamados hijos de Dios!» (1 Jn. 3:1).

No somos admitidos en la casa del Padre meramente por adopción, sino por un verdadero nacimiento; nuestro nuevo espíritu ha nacido del mismo seno del Espíritu Santo, como si fuera una madre celestial; de modo tan literal como Jesucristo mismo nació por el eterno Espíritu del seno de

María. Por ello puede decirse de cada alma que ha nacido de nuevo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también lo santo que va a nacer de ti va a ser llamado Hijo de Dios» (Le. 1:35). Amado, ¿vivimos así en el Espíritu? Esto es vida eterna.

2. Vivir en el Espíritu es también ser bautizado del Espíritu Santo, y tener el Espíritu como una persona divina viviendo en nosotros. Hay algo más elevado que el nuevo nacimiento, a saber, la entrada del Consolador, en su plenitud y gloria personal, para vivir en el corazón consagrado y permanecer en él para siempre. Jesús nació del Espíritu en Belén, pero fue bautizado del Espíritu treinta años después en la ribera del Jordán; y esto es la diferencia que podemos deslindar entre sus años quietos en Nazaret y su ministerio público en Galilea y Judea. A partir de entonces hubo dos personas unidas en el ministerio de Jesús de Nazaret. Él Espíritu Santo, como una persona divina, estaba unido con la Persona de Jesucristo, y era la fuente de su poder y la inspiración de su enseñanza; y Él mismo, Jesús, decía constantemente que hablaba las palabras y hacía las obras que el Espíritu le indicaba.

Y así hay en la vida del creyente una experiencia similar, cuando el alma verdaderamente convertida a Dios se entrega totalmente a su control y pasa a ser un templo vivo del Espíritu Todopoderoso, que a partir de entonces mora en él, y anda en él, dándole no una nueva naturaleza, que ya la recibió cuando la regeneración, sino dándose a sí mismo, un Huésped divino, una presencia, para vivir en esta nueva criatura como una guía controladora y una fuerza todopoderosa.

Entonces se cumple la doble promesa de Ezequiel: «Os daré también un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros... Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis ordenanzas y las pongáis por obra» (Ez. 36:26, 27). A partir de esto, vivimos en el Espíritu en un sentido más elevado que incluso después de nuestra conversión. A partir de entonces nuestra vida no sólo es espiritual, sino divina. A partir de entonces no somos nosotros mismos que vivimos, sino Cristo que vive en nosotros, y nosotros somos atraídos por Él, por medio del Espíritu Santo, cada momento, vida, salud, gozo y paz. No es vivir por medio del Espíritu, sino vivir en el Espíritu. Él es el verdadero elemento de nuestra nueva existencia; delante de nosotros, detrás de nosotros, encima, debajo e incluso dentro de nosotros; nosotros estamos sepultados en Él, perdidos en Él, circundados por Él, como el aire que nos envuelve. Éste es todavía un mayor misterio en la nueva vida, mayor que el nuevo nacimiento. Éste es el secreto que Pablo declara estaba escondido durante las edades y generaciones pero que ahora ha sido hecho manifiesto a los santos: «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (Col. 1:27).

Es, verdaderamente, una época en la existencia del alma, tan maravillosa, dentro de sus límites, como cuando el Hijo de Dios se encarnó en la tierra, cuando el Santo cruza el umbral del corazón y hace del espíritu su residencia personal, se sienta en el trono de la voluntad humana y se hace cargo del gobierno y control de nuestro ser y destino. A partir de entonces, podemos realmente andar en santa veneración y exaltada esperanza, exultantes de gozo y triunfo en tanto que los ángeles asombrados declaran: «He aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con x ellos, como su Dios» (Ap. 21:3).

Amados, ¿habéis reclamado este alto privilegio y recibido a este Invitado celestial en el cofre de oro de vuestras almas regeneradas? ¿Habéis recibido la joya sin precio del Viviente en persona, como el tesoro de este vaso de tierra, y su gloria en medio de Él?

3. El vivir en el Espíritu es ser santificado por el Espíritu: recibir el Espíritu de santidad y por ello ser librado del poder del pecado. Los que reciben el Espíritu Santo de esta forma pueden decir:

«El Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Ro. 8:2). Esto es la santidad divina; es la entrada en un corazón pecaminoso de una nueva vida que excluye lo viejo y ocupa su lugar. No es la purificación de la carne o la mejora de la vida del yo; sino que es un impartir en nosotros una nueva vida que es en sí misma esencialmente pura y no puede pecar, a saber, la vida santa de Dios.

En nuestra infancia muchos hemos andado por los bosques y hemos visto algunos árboles viejos, caídos, que se están pudriendo allí donde cayeron. Los gusanos y los insectos están taladrando y penetrando por la madera en putrefacción, y quizás alguna víbora ha hecho su nido y criado su nidada ponzoñosa en alguno, de modo que no nos hemos atrevido a sentamos en aquella masa vieja y putrefacta, y la hemos considerado un tipo de corrupción y descomposición. Esta masa que se descompone puede representar muy bien la mina de nuestra naturaleza pecaminosa. Pero ¿no hemos visto a veces un tallo de perfecta blancura que en la primavera temprana brota de entre la masa de corrupción, un tallo, hermoso y puro, sin mancha por la corrupción que le rodea, hermoso como el ala de una paloma o la mano de un niño, que crece y se hace un árbol y se cubre de verdor, y en cuyas ramas hay bayas jugosas en los meses de verano? Era vida en medio de la muerte, pureza en medio de la corrupción, sin tener contacto con el suelo en que crecía e incapaz de mezclarse con su suciedad.

Precisamente así es la vida de la santidad en el alma. Como el tallo sin mancha, crece de una raíz divina, y no tiene nada en común con nuestra naturaleza pecaminosa. Es de origen celestial, y crece dentro de nosotros en su pureza y fruto divino, hasta que madura en una vida celestial y consagrada, y con todo, en cada estadio, sentimos que no es nuestra vida propia, sino la presencia y pureza de Dios mismo que nos reviste.

Queridos, ¿hemos recibido este Espíritu santificados y hemos aprendido este secreto celestial de la vida santificada? Y en todo el exquisito reposo y pureza consciente y poder avasallador de su presencia, ¿hemos aprendido a vivir en el Espíritu?

4. El vivir en el Espíritu es recibir la vida vivificadora del Espíritu Santo en nuestro ser físico, y encontrar en Él la fuente de estimulo y fuerza constante para todas las facultades de nuestra mente y todas las unciones de nuestro cuerpo; «y si el mismo Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús, vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros» (Ro. 8:11). El principio sutil de la vida vino, originalmente, sin duda, porque Dios lo sopló en el hombre al crearlo, y ¿por qué ha de creerse imposible que todavía tenga que insuflar en nuestra carne el principio vivificador e Ja vida del Hijo de Dios ascendido? ¿No somos miembros de su cuerpo, y de su carne y de sus huesos, y no habla Él de su sentido de vida claro en que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo? Sin duda fue el Espíritu Santo el que, durante el ministerio de Cristo, siempre hizo eficiente la palabra de sanidades, v quien, por medio de los apóstoles siguió realizando las mismas obras de poder sobrenatural. Él es todavía la misma vida infinita e inagotable, y los cuerpos de los suyos consagrados son el objeto de su influencia divina, y de su cuidado y amor sustentador.

¿Hemos aprendido hermanos el secreto de su fuerza y como Sansón en otro tiempo, sabemos lo que es ser movidos por el espíritu hasta que el vaso terreno se vuelve poderoso por medio de Dios para hacer y resistir dónde la fuerza terrenal tiene que fallar? Aquellos que «esperan a Jehová tendrán nuevo vigor; levantarán el vuelo como las águilas; correrán, y no se cansarán, caminarán, y no se fatigarán» (Is. 40:31).

Capítulo 2: ANDANDO EN EL ESPÍRITU

«Si vivimos por el Espíritu, avancemos también por el Espíritu.» (Gá. 5:25)

I. ¿QUÉ ES ANDAR EN EL ESPÍRITU?

Se puede decir, de un modo general, que es mantener el hábito de la dependencia del Espíritu santo en toda nuestra vida; espíritu, alma y cuerpo. Sabemos lo que es a veces el gozar de su presencia de modo consciente. Vivimos en el Espíritu, hemos sentido el contacto de su vida vivificadora, andemos pues en el Espíritu. Habitemos en su comunión. Apoyémonos continuamente en su fuerza y bebamos sin cesar de su vida, como un niño del pecho de su madre. Pero de un modo particular:

1. El andar en el Espíritu es reconocer al Espíritu como presente y habitando en nosotros. ¡Cuántas veces, después de haber pedido su presencia, le tratamos como si nos hubiera decepcionado, y clamamos a Él como si estuviera muy lejos! Reconozcamos que ha venido, y dirijámonos a Él como que está presente y es un amigo con nosotros. Él siempre va a aceptar nuestro reconocimiento, y nos va a hablar como la antigua presencia, no desde el monte, o desde la columna de fuego, sino desde el Tabernáculo, y desde el lugar santísimo en el interior de nuestro corazón.

2. Significa confiar en Él y contar con Él en las situaciones de emergencia de la vida, considerarle como el que ha emprendido nuestra causa y espera ser llamado en todo momento de necesidad, y que va a ser hallado fiel sin falta y suficiente en toda crisis. Su mismo nombre, Paracleto, significa que podamos contar con que Él esté siempre a nuestro lado. Hemos de confiar en el Espíritu Santo y esperar que Él responda a nuestra necesidad como implícitamente nosotros esperamos que el aire se mueva cuando abrimos nuestros pulmones y la aurora nos llegue por la mañana. Y con todo ¡cuántos hay que tratan al Espíritu santo como si fuera un amigo caprichoso y poco digno de que se cuente con Él! ¡Cuántas oraciones nuestras son gemidos desesperados, o comentarios agrios a su amor y fidelidad!

Fue por esto que Moisés no pudo entrar en la Tierra de Promisión. En vez de hablarle a la roca con calma, esperando que el agua fluiría como respuesta a su llamada, la golpeó con furia y violencia, y habló como alguien que no confía plenamente en el amor y la fidelidad de Dios. No hay necesidad de que golpeemos la roca, o gritemos, como los sacerdotes de Baal, a los cielos, pidiendo ayuda. Reclamemos con calma y de modo implícito el amor que está siempre bien dispuesto, por adelantado incluso, a nuestra oración. Hablemos con el susurro de la confianza de un niño a este pecho que está siempre dispuesto a derramar su plenitud en nuestros corazones vacíos, y he aquí que las aguas van a brotar y el desierto de nuestras aflicciones, dudas y temores va a florecer como la rosa.

3. Hemos de consultar al Espíritu Santo si hemos de andar en el Espíritu. Con frecuencia hallaremos que las cosas que parecen más fáciles, fallan y nos dejan decepcionados, cuando dependemos en cuanto a ellas de su probabilidad aparente y la mera promesa de las circunstancias exteriores, en tanto que, cuando entregamos nuestro camino a Él, y reconocemos su guía en nuestra ruta, que las cosas que parecen más difíciles e improbables, pasan a ser las más fáciles y las que salen mejor. Él nos enseñará a confiar en Él de todo corazón, y no apoyarnos en nuestro propio entendimiento; en todos nuestros caminos hemos de reconocerle y Él dirigirá nuestros pasos.

La condición principal de su poder todopoderoso es que tengamos primero su sabiduría omnisciente. Nos ha sido dado como nuestro consejero admirable, y también como nuestro Dios fuerte. Y no le he tomado nunca como mi consejero y he obedecido su guía sin hallar que Él la seguía y respaldaba con su obrar omnipotente. La razón por la que no encontramos su poder con más

frecuencia es porque tratamos de encauzarlo por los derroteros de nuestra propia sabiduría en vez de adaptarnos a su mentalidad, obrando en su voluntad e incluso sabiendo que hemos de tener su actividad efectiva en nosotros. ¡Qué bendición que su guía, que Él nos ofrece, sea tan simple, tan accesible como la mano de un niño pequeño!

Así que, andemos en el Espíritu, confiando en su mano que nos guía, y haciendo suyos nuestros caminos, en su sabiduría y su amor.

4. Si andamos en el Espíritu tenemos que obedecerle cuando nos habla, y hemos de recordar que la primera parte de la obediencia es prestar atención escuchando. No basta con decir que hemos hecho todo lo que sabíamos. Deberíamos saber lo que hemos de hacer, y podemos saberlo, porque Él ha dicho que conoceremos su voz, y si no la seguimos la culpa tiene que ser nuestra, pues de lo contrario Dios sería responsable de nuestra equivocación, y esto es imposible.

Si estamos quietos y suprimimos nuestros propios impulsos y deseos alborotados, si le recibimos con el corazón rendido a su voluntad y su guía, conoceremos su camino. «Encaminará a los humildes por el juicio y enseñará a los mansos su camino» (Sal. 25:9). Él alma que anda en el Espíritu, por tanto, va a escuchar, velando diariamente a sus puertas, y anhelando conocer sus mismos mandamientos; y cuando escuchamos y entendemos su voz vamos a obedecerle de modo implicito. La intención del Espíritu es vida y paz. La misma condición de su presencia continua es la obediencia. «El Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (Hch. 5:32). El secreto de toda nube que oscurece el alma probablemente hay que hallarlo en haber descuidado la voz de nuestro Consejero. Él está esperando v nos ha estado esperando en aquel punto en que nos hemos negado a seguirle, y cuando nosotros volvamos a juntamos a su voluntad, vamos a encontrarle allí.

5. El andar en el Espíritu implica que tenemos que ir al paso con el Espíritu Santo, y que nuestra obediencia tiene que ser tan inmediata que nunca va a encontramos un paso atrás, o siguiéndole a una distancia que nos sea ya difícil de volver a ganar.

En nuestras grandes líneas de ferrocarril hay ciertos trenes que tienen un horario en extremo preciso. I itinerario está arreglado de tal forma que no queda margen para ganar el tiempo perdido en caso de que por alguna razón el tren se retrase. Dios ha trazado un plan en nuestra vida a una escala en que no hay minutos en blanco, y si perdemos uno, en lo que queda del trayecto no hay margen para hacer posible su recuperación. Todo lo que podemos introducir en el futuro será para el futuro mismo, y por tanto si perdemos un paso hay el peligro que tengamos que seguir un paso atrás, y se requiera el mismo esfuerzo para seguir un paso atrás como el que se necesitaría para ir al mismo paso de Dios en tocio momento.

En los molinos de agua de antaño se requería cierta cantidad de agua en la acequia y lo esencial era que ésta llegara a cierto nivel. La misma cantidad de agua, con tal que llegue al nivel de la rueda, va a hacer funcionar la pesada maquinaria, lo que no haría si, desparramada por el suelo de la acequia, no llegara a la rueda. Nuestra vida espiritual lo mismo puede moverse a un máximo o a un mínimo, según sea el nivel al que entra el agua. Cuando no llega al nivel, el agua circulará sin mover la rueda. Es pues necesario que no perdamos el impulso o momentum y que no nos quedemos detrás de Dios. El secreto de esta gran bendición es la obediencia instantánea y el andar en todo momento con Él, en la plenitud de su bendita voluntad. No le decepcionemos. No nos quedemos cortos de complacerle. Sus ideas para nosotros son siempre las mejores; sus mandamientos «siempre para nuestro bien»; su horario para el viaje de nuestra vida ha sido planeado con infalible sabiduría y amor inefable.

Él nos ha dado un Guía paciente y cariñoso, que está dispuesto a acompañamos siempre, y tomar parte en las cosas más pequeñas. Estemos alerta para que no le contristemos, ni dejemos en ningún momento de hacer su voluntad. Seamos sensibles a sus sugerencias, respondamos a sus indicaciones, obedezcamos sus órdenes; para que podamos decir siempre: «No me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada» (Jn. 8:29).

II. ALGUNAS DE LAS BENDICIONES QUE RESULTAN DE ANDAR SIEMPRE EN EL ESPÍRITU

1. Va a asegurarnos una liberación completa y deleitosa del pecado. El poder de su presencia va a expulsar del todo la presencia del mal. «Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gá. 5:16). Nuestra vida será de esta forma transformada de una guerra defensiva, en que estamos siempre contraatacando al mal, a un glorioso darnos cuenta de la presencia de Dios solamente, que va a excluir el mal de nuestro pensamiento y de nuestra vida. No tendremos que estar tratando de evitar constantemente los escollos y rocas en el canal, sino que habrá un torrente pleno y alto de la vida divina en el cual nos elevaremos por encima de toda obstrucción y avanzaremos, como en la visión de Ezequiel, en un río de vida que estará por encima de los tobillos, de las rodillas, la cintura, un río en que podremos nadar, que nos llevará por su propia plenitud sustancial.

2. Un andar así proporcionará una serenidad, una tranquilidad y una firmeza deliciosas a toda nuestra vida. No estaremos a la merced de los impulsos o de las circunstancias, sino que avanzaremos en el orden majestuoso de la vida divina, llevados por encima de las vicisitudes del fracaso o del cambio externo, y cumpliendo, como las estrellas en sus cursos, el círculo pleno de su voluntad para nuestra vida.

3. Un andar así nos permitirá responder con las decisiones de la providencia de Dios, con triunfos, y mantener una perfecta armonía entre nuestra vida interior y las direcciones suyas externas. Tenemos algunos ejemplos hermosos de la trascendental importancia de este andar en el Espíritu en relación con las coyunturas de las circunstancias, de las cuales tanto depende, con frecuencia. Nunca hubo un momento en la historia humana del cual dependiera tanto como cuando el Cristo fue presentado en el Templo. ¡Qué honor y qué privilegio fue el estar allí y captar una mirada de su bendito rostro, e incluso tener en los brazos humanos el don de las edades! Y éste fue el honor de los peregrinos ya ancianos, que andaban en el Espíritu. Simeón y Ana, guiados por el Espíritu, fueron al Templo en aquel momento. Guiados por Dios de modo infalible, anduvieron al paso con Él, se les permitió estar a la altura de esta gloriosa oportunidad, y ser los primeros heraldos de su venida. No es de extrañar que el anciano Simeón, cuando tomó al niño en sus brazos, no pudiera pedir nada más en la tierra: «Ahora, Soberano Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya... porque han visto mis ojos tu salvación» (Lc. 2:29-30).

Casi de la misma importancia fue la crisis en la iglesia apostólica cuando el evangelio tenía que ser predicado por primera vez a un nuevo círculo de discípulos. El hombre escogido para llevar las buenas nuevas a los samaritanos y a los gentiles, y para ser el adalid del Cristianismo entre todas las tribus del mundo pagano, en el gran progreso del cual las iglesias cristianas de hoy son el resultado, era un discípulo humilde, en quien Dios podía confiar que andaría en el Espíritu y obedecería la más pequeña intimación de su voluntad. Era Felipe, él humilde diácono. Ya había ido a Samaria a predicar el evangelio en aquella ciudad, sin duda en obediencia a un mensaje similar divino. Pero cuando estaba absorbido en su gran labor y triunfos en aquella ciudad, de repente, se le mandó que dejara el trabajo y se dirigiera al desierto del Sur.

A muchas personas esto les podría parecer una equivocación, un descuido en la vigilancia

providencial, una pérdida preciosa de tiempo, un freno o detención de la obra de Samaria. Pero Felipe obedeció inmediatamente, y a cada paso de su viaje estaba esperando nuevas directrices, y a su debido tiempo el camino se le hizo claro. Los primeros frutos del mundo pagano estaban esperando aquel mismo momento para recibir dirección; y en aquella encrucijada de la vida en el momento oportuno, el Espíritu Santo juntó a los dos hombres, y a las palabras que se dijeron en aquel carro por el camino, cambiaron el destino de una vida, y el curso de una dispensación, que abrió el evangelio a todo el mundo y enviaron a aquel príncipe etíope a su hogar para ser, con toda probabilidad, el fundador de aquellas poderosas iglesias que durante cuatro siglos hicieron del Norte de África la sede más importante del antiguo Cristianismo.

Sin embargo, cuando la obra con el eunuco fue realizada, se le dio una orden clara de dejar a su nuevo convertido en las manos del Señor y seguir hacia una nueva dirección desconocida, que le iba a dar aquel bendito Espíritu que los había juntado.

«Y el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no lo vio más» (Hch. 8:39). Éstos no son más que unos pocos ejemplos de la bienaventuranza de este andar celestial. Hemos de confiar en nuestro guía invisible, y cuando avancemos hacia el futuro misterioso y decisivo, andaremos más humilde, simple e instantáneamente y en obediencia a la compañía de su mano guiadora.

Capítulo 3: LA PERSONA Y LOS ATRIBUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura.» (2 Ti. 1:7)

I. EL ESPÍRITU SANTO ES UNA PERSONA

El Espíritu Santo es un ser individual de modo indudable, y no una influencia vaga, o una fase de la obra divina.

Del mismo modo que hay tres jueces en el tribunal, tres personas para constituir una familia completa, hay también tres personas distintas en la Divinidad, aunque formando juntas la Divinidad, que es de modo perfecto una en su naturaleza, voluntad y acción, más de lo que es posible serlo para ninguna criatura en su armonía interna.

Del Espíritu Santo se dice en las Escrituras que posee los atributos de una persona. El pronombre que hemos de usar para el Espíritu es El, no ello, y en griego, se usa la palabra «autos», que tiene más fuerza que nuestros propios pronombres personales, así en 1ª Corintios 12:11: «Porque "uno y el mismo" Espíritu.» Nuevamente, el atributo de la voluntad le es adscrito en este mismo pasaje: «repartiendo a cada uno según su voluntad*, y no hay una prueba más fuerte de la personalidad que el poder elegir y hacer decisiones. Es lo más distintivo del ser humano y le es atribuido constantemente al Espíritu Santo.

Además, todas las emociones propias de una persona le son atribuidas; ama, es contristado, es agraviado, resistido y, en resumen, es susceptible de mostrar todos los sentimientos que son propios de una persona inteligente.

II. EL SANTO ESPÍRITU ES UNA PERSONA DIVINA

Este glorioso ser no es menos que Dios. Recibe los nombres divinos. Pedro dice a Ananías que al mentir al Espíritu Santo no ha mentido a los hombres sino a Dios. Cristo declara que al echar los demonios por medio del Espíritu Santo, lo hace por medio del dedo de Dios. Posee los atributos divinos: es omnisciente: «El Espíritu lo escudriña todo» (1 Co. 2:10); omnipresente: «¿Dónde me iré de tu espíritu? o ¿dónde huiré de tu presencia» (Sal. 139:7); omnipotente: porque Cristo declara que «lo que es imposible para el hombre», a saber la salvación del alma humana, «es posible para Dios» (Le. 18:27); y es el Espíritu Santo el que convierte al alma, por tanto, tiene que tener la omnipotencia de Dios.

Se le llama el Espíritu Santo, y la santidad es un atributo divino. Además, ejecuta las obras de Dios; participó en la obra de la creación; el Espíritu de luz, de orden, de hermosura y vida. Realiza la regeneración y santificación del alma, que son obras divinas; efectuó la encarnación y la resurrección del Hijo de Dios, y va a participar en la resurrección final de los santos de Dios de la tumba, cuando la venida del Señor.

Obras así no pueden ser realizadas por ningún hombre, y por tanto lo marcan como divino. Y finalmente, recibe adoración divina: su nombre está asociado con el Padre y el Hijo en la bendición apostólica, la fórmula del bautismo y la adoración de las huestes celestiales. Y Juan empieza el Apocalipsis con una adscripción de alabanza que le enlaza con el Padre, lo cual seria una blasfemia si no fuera divino.

III. LOS ATRIBUTOS PERSONALES DEL ESPIRITU SANTO

Vamos a hacer mención de estos tres: los tres nombrados en nuestro texto: «el espíritu... de poder, y de amor, y de cordura» (2 Ti. 1:7).

1. Su poder: Es todopoderoso. Dentro de la esfera de su cargo y operaciones especiales no hay nada que no pueda hacer; no hay caso demasiado difícil para que no pueda realizarlo, ni alma demasiado perdida que no pueda salvarla, o demasiado dura, que no pueda ablandarla, o demasiado vil, para que no pueda santificarla, o débil para que no pueda usarla.

Él es el Espíritu de la creación. Al mirar alrededor nuestro vemos las fuerzas de la naturaleza que palpitan en su primavera de vida y de gloria. Con qué sosiego, majestad y poder se dirige la naturaleza a su resurrección anual, a la plenitud y gloria del verano y de la cosecha. Qué abundancia en la vida exuberante y el poder que observamos en todas partes, los bosques y os campos, llenos de flores y verdor y fruto, más allá de las necesidades reales de los moradores de la tierra, que derrama a manos llenas la abundancia de los dones de Dios, como si su fuerza y amor estuvieran tan llenos que no sabe por dónde derramarlos.

¿Por qué tendría que ser Dios menos lleno, menos abundante, menos todopoderoso en el reino de la gracia? No, sus promesas aquí son más amplias y nobles todavía, «porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida» (Is. 44:3), es su promesa bendita.

No hay carencia de sus recursos. Entremos en su omnipotencia, y conozcamos el poder de nuestro Dios, y reclamemos la total plenitud de su gracia y su poder.

Pero más poderoso todavía es el poder desplegado en la resurrección de Jesucristo. Cuando el apóstol quiere elevar nuestra concepción a una comprensión adecuada de la esperanza de nuestro llamamiento y de las riquezas de la gloria de nuestra heredad, y de la inmensa grandeza del poder de Dios hacia nosotros que creemos, indica el trascendente milagro: la resurrección de Jesucristo. Le ve, sin el menor esfuerzo, rompiendo las ataduras de la muerte, haciendo saltar la osa sellada de la tumba, levantándose sobre el poder de la muerte y la ley natural de la mortalidad, por encima de las leyes del mundo material, pasando por la puerta cerrada' y elevándose sobre la tierra, ascender triunfalmente por encima de todo poder y dominio, principados y potencias, más arriba cada vez, hasta * que arriba en los cielos está por encima de todo nombre que se nombra, no sólo en este mundo sino también en el venidero.

Y entonces Él nos ve sentados a su lado, y elevados por el mismo Espíritu Santo para participar en toda la plenitud de la ascensión, gloria y poder de Cristo. Éste es el mensaje del poder de la gracia. Reclamémoslo en toda su majestad, plenitud, y que eleve nuestra vida y las almas que nos rodean a las alturas de gracia y de gloria.

Pensemos en su amor; es más grande que su poder; todos los términos en que es descrito son notas de ternura y expresiones de mansedumbre, hermosura y gracia.' «Os ruego hermanos», ...dice el apóstol, «por el amor del Espíritu» (Ro. 15:30). ¡Qué amor tenía que ser el de Jesucristo para vivir más de treinta años en este mundo, tan distinto de Él, pero no es menor el amor del Espíritu Santo. Él ha vivido hace más de diecinueve siglos en esta escena de pecado, y esta tierra de enemigos.

¡Cuán dulce es el amor de Jesús, llegando tan cerca de los hombres pecadores!, pero el Espíritu Santo llega aún más cerca. Entra en nuestro mismo corazón, y reside en lo más interior del pecho de hombres perdidos y sin valor. ¡Cuán maravillosa es la gracia de Cristo que ha sufrido el oprobio y los insultos crueles del rechazo y la crucifixión, del juicio y de la cruz; pero no es inferior la ternura

y paciencia con que el Espíritu ha venido suplicando a hombres perversos, gastando su resistencia, venciendo su rebelión y rechazo, y con todo, espejando toda una vida para conseguir una breve respuesta de fe o amor.

¡Cuánto ha aguantado de cada uno de nosotros; cuán dulce y pacientemente ha sufrido nuestros desaires, tolerado nuestra ignorancia, estupidez, vulgaridad y desobediencia!

¡Cuán adentro quiere entrar de nuestro corazón; cuán sin reservas y condescendiente es su intimidad; cuán amoroso su afecto! No hay nadie, excepto sus amados, que sepan lo exquisita e íntima que es la comunión que pueden gozar bajo sus alas y en el seno de su amor; el contarle nuestras penas y aflicciones y cuitas, hallando respuesta a nuestros suspiros, y recibiendo la ayuda, en todo momento de necesidad, del bendito Paracleto.

Él pide más confianza y más amor: ¡Oh! que no pida en vano. Conozcamos, probemos y apreciemos plenamente el amor del Espíritu.

3. Es el Espíritu de sabiduría.

No sólo puede damos sabiduría, sino que con una sabiduría mayor que la que nosotros podemos comprender, Él está guiando, enseñando y ordenando nuestra vida. Depositemos nuestra confianza en su sabiduría, amor y poder, y cuando leamos las páginas que siguen, estreguémonos a nosotros mismos con un gozoso «sí» a todas sus llamadas, y conozcamos la plena bendición de «andar en el Espíritu».

Capítulo 4: MISIÓN O CARGOS Y RELACIONES DEL SANTO ESPÍRITU

I. EL ESPÍRITU SANTO EN RELACIÓN CON LA DIVINIDAD

Esta divina persona tiene un lugar especial en la Trinidad y en la economía divina.

Con respecto para el Padre, se habla de Él como procediendo del Padre; el mismo término es usado de su relación con el Hijo; ha sido llamado el agente ejecutivo de la Divinidad.

Podemos usar muchas figuras; aunque todas estas figuras tienen que ser insuficientes para poder ilustrar la relación de las personas divinas. Quizá la que más ilumina es la que compara a estas personas con las diversas formas de luz: la luz esencial, primera, en sí representando al padre; la luz solar, esto es, luz centrada en un sol real representando al Hijo, y la luz atmosférica, esto es la luz reflejada y refractada, y transformada en visión e iluminación en la atmósfera y el mundo que nos rodea, representando al Espíritu Santo, el cual nos trae la Presencia Divina, y de un modo práctico nos aplica los beneficios de la revelación y gracia divinas.

Su relación con la segunda persona de la Divinidad es revelada de modo muy claro; fue Él quien le ministró en la Encamación y por medio de quien pasó a ser el Hijo del hombre así como el Hijo de Dios. Fue el que personalmente se unió con la persona de Cristo y pasó a ser el poder de todos sus milagros y enseñanzas. Fue por medio de el «Espíritu eterno [que] se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (He. 9:14). Fue Él quien le levantó de los muertos. Y después de su resurrección fue por medio del Espíritu Santo que dio órdenes a sus apóstoles referentes al reino de los cielos. Además, fue en su misma persona que recibió y derramó el mismo Espíritu de Pentecostés sobre sus discípulos, de modo que Jesús es siempre identificado con el Espíritu Santo en toda su obra y su ministerio.

Ni hay ninguna razón para suponer que va a ser quitado del mundo en el reino milenial, sino que será un testimonio gozoso y real de los bienaventurados frutos de su propia obra de gracia, así como de los sufrimientos y muerte del Salvador.

II. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO AL MUNDO Y AL PECADOR

«Al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce» (Jn. 14:17), son las palabras del mismo Cristo, al explicar la relación del Espíritu con los no salvos. El Espíritu Santo no puede morar en el alma inconvertida. El aceite de la unción no podía ser derramado en carne de hombre pecador, ni tampoco es posible ahora.

Al mismo tiempo. Él puede obrar, y obra, en los corazones de los inconvertidos, produciendo convicción y conversión, conduciéndolos a la unión salvadora con la persona de Cristo.

Ésta es su obra propia especial. El alma pecadora está muerta en sus delitos y pecados, y avivarla, y su obra es convencerla o redargüiría de pecado y, después, de justicia y de juicio, y llevarla al corazón de la revelación de Jesús; y, cuando el alma le acepta, le da la seguridad del perdón, la paz de Dios, y todas las gracias vivificadoras de la nueva vida en Cristo.

III. SÚ RELACIÓN CON EL CREYENTE

Habiendo conducido al alma a Cristo, el Espíritu Santo ahora pasa a ser el guía, maestro, santificador y consolador personal del creyente. Sus variados ministerios van a ser presentados en los capítulos siguientes.

Cuando el corazón se ha entregado a Él plenamente, Él pasa a ser un Invitado permanente, personal; que trae con Él la presencia manifiesta del Padre y del Hijo, guiando a toda verdad, guiando a toda la voluntad de Dios, proporcionando toda la gracia necesaria, desplegando la vida de Jesucristo en la vida diaria del creyente, y desarrollando todos los frutos del Espíritu en su plena variedad y completa madurez.

Él es el Espíritu de luz y de revelación, de guía y de sabiduría. Él es el Espíritu de santidad. Él es el Espíritu de paz, gozo y consolación. Él es el Espíritu de amor, mansedumbre, paciencia, bondad y comprensión. Él es el Espíritu de oración e intercesión. Él es el Espíritu de poder para el servicio, y la fuente de todos nuestros dones, así como de todas las gracias, Él es el Espíritu de vida y sanidad física. Él es el Espíritu de fe y de esperanza, permitiéndonos reclamar las promesas de Dios, y revelándonos sus gloriosas expectativas para el futuro. Toda nuestra vida espiritual está alimentada y nutrida por su amor y su cuidado; y todo lo que podemos ser, y tener, y pasar a ser, en nuestra vida cristiana, es debido a su revestimiento personal, y a su fiel amor y gracia infinita.

Pero en toda su obra en la vida y el corazón del creyente, siempre representa y revela no su persona o nosotros, sino la del Señor Jesús: es el Espíritu de Cristo: «Él testificará de mí» (Jn. 15:26); «Él os dará testimonio acerca de mí»; éstas son las palabras del mismo Maestro: «Porque tomará de lo mío y os lo hará saber» (Jn. 16:14).

Como el telescopio, que muestra al observador, no su propia hermosura, sino los cuerpos celestiales a los que contemplamos a través de la lente de cristal, del mismo modo el Espíritu Santo pasa a ser el medio invisible a través del cual contemplamos el rostro de Jesús, y entramos en el conocimiento de su gracia y su comunión.

Por tanto, el alma es consciente de Cristo, más bien que del Espíritu, incluso en el momento de sus más benditas visitaciones. Y con todo, podemos ser conscientes del Espíritu directamente también, y sostener comunión inmediata con Él personalmente, recibir la seguridad de su amor y derramar en su corazón nuestra gratitud y afecto.

IV. RELACIÓN CON LA IGLESIA

No sólo al creyente individual, sino también al cuerpo colectivo del pueblo de Dios viene de modo especial el Espíritu Santo. Es Él quien constituye la Iglesia, y la viste con la vida y el poder de su Cabeza viva. Hasta el día de Pentecostés y el descenso del Espíritu, los apóstoles no tuvieron permiso para ir adelante y hablar y obrar para el Maestro y Señor.

El Espíritu Santo es la misma vida y poder del Cristianismo, y sin Él la Iglesia es como un barco sin fuego en sus máquinas, o vapor en su caldera; como un ejército de soldados moribundos; como la visión de Ezequiel en el llano; como un cuerpo sin alma que anime.

La Iglesia nunca se planeó para que fuera una organización intelectual y natural, sino un instrumento sobrenatural totalmente dependiente del poder directo de Dios para toda su eficiencia, y por tanto, está en necesidad de mantenerse siempre separado del brazo de la carne y la fuerza de los agentes meramente humanos.

La Iglesia en la cual habita el Espíritu Santo no es un mero fragmento sectario, sino todo el cuerpo de creyentes unidos a Cristo, la Cabeza viva. «Hay un solo cuerpo, un solo Espíritu, como también fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación» (Ef. 4:4). «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar un solo cuerpo» (1 Co. 12:13). «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y nay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades, pero Dios, que efectúa todas las cosas en todos es el mismo» (1 Co. 12:4-6). «Porque a cada uno es dada por medio del Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades, en el mismo Espíritu. A otro, el efectuar milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro el efectuar diversos géneros de milagros: a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las efectúa uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular según su voluntad. Porque así como el cuerpo es uno, y muchos miembros, pero todo los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Porque, además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos» (1 Co. 12:8-14). .

V. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO A LAS VARIAS DISPENSACIONES

En todos los períodos dispensacionales del pasado, el Espíritu Santo ha estado presente. Incluso en los días antediluvianos, se esforzaba con los hombres. Bajo la economía levítica estaba presente, capacitando a los edificadores del Tabernáculo para su obra, ungiendo a Moisés, a Aarón, y a Josué para su ministerio, inspirando a los antiguos profetas individuales del Antiguo Testamento para conocer, creer y obedecer a Dios en la medida posible a su vida espiritual.

Pero hasta después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo no residía personalmente como lo hace ahora. Sus influencias eran ejercidas en los corazones de los hombres, pero su presencia no estaba localizada, como ha sido desde el día de Pentecostés, en el cuerpo de Cristo, la Iglesia. Tal como el rey de Inglaterra ejerce su influencia sobre las provincias del Canadá, pero no reside allí, también el Espíritu Santo estaba presente potencial mente en el mundo, pero no personalmente, como ahora.

Desde el comienzo de la dispensación cristiana, sin embargo, Él ha residido en la tierra, y no en el cielo, y está aquí localmente, como el Señor Jesús estuvo durante su vida terrenal. La preeminencia trascendente de que goza un santo del Nuevo Testamento, es que su cuerpo y alma son el templo vivo y real del Espíritu Santo.

Éste es el tiempo de su obra especial; en una época cuando podemos observar sus operaciones sin límite, y hacia el fin de la cual deberíamos esperar ver los triunfos más poderosos de su gracia y su poder, cuando Él va a introducir la próxima, a saber, la época milenial, con la presencia de Cristo una vez más en la tierra, como en los días de su carne.

Pero, incluso entonces, el Espíritu Santo no estará ausente; Él va a residir siempre en el creyente y en la Iglesia.

Se ha discutido mucho sobre la cuestión de si el Espíritu Santo se hallará presente en la tierra durante os días de la tribulación, después que los santos hayan sido trasladados para estar con el Señor en el aire. No podemos dudar de que Él estará todavía en la tierra, pues de otro modo, ¿cómo podría el Remanente judío, que seguirá al Cordero, ser convertido, sostenido y salvado; también el Remanente gentil, que durante estos días terribles se convertirá al Señor, incluyendo quizá muchos de los miembros de una Iglesia fría que no estuvieron preparados para la venida del Señor en el momento de su aparición?

Por tanto, no poetemos estar de acuerdo con el punto de vista de algunos; que cuando los santos sean arrebatados para reunirse con el Señor, el Espíritu Santo va a ser retirado de la tierra. Creemos que Él ha escogido este recinto de pecado y de aflicción como la escena de sus labores incesantes y finalmente triunfantes, y que Él se va a gozar de él como un reino restaurado y renovado, brillando con toda la hermosura, perfección y bienaventuranza de su restauración realizada.

Capítulo 5: EL ESPÍRITU DE LUZ

«y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha otorgado gratuitamente.» (1 Co. 2:12)

El primer aspecto en que se nos revela el Espíritu Santo es como Iluminador y Guía en nuestra vida. Incluso en la historia de la creación el primer resultado de «su moverse sobre las aguas» es la orden «sea la luz» (Gn. 1:3). Él es el Creador de la mente humana y la Fuente de toda la verdadera luz de la razón y la religión natural en el mundo; y Él es la verdadera fuente de luz espiritual. Uno de sus emblemas especiales es el aceite y el candelabro de siete lámparas en el templo.

I. ÉL DA LA LUZ DE LA VERDAD

Él ha inspirado las Santas Escrituras, la revelación de la voluntad de Dios, y la luz invaluable que resplandece en el corazón de los hombres, el camino al mundo invisible. La Biblia es un estándar de verdad espiritual, y en todas sus enseñanzas y directrices, el Espíritu Santo nunca contradice su propia palabra. Aquellos que son guiados más plenamente por el Espíritu, siempre reverenciarán más la autoridad de las Escrituras, y andarán en la más perfecta conformidad con sus principios y preceptos.

Basta tener a mano la letra de la Palabra; el que la dio tiene también que interpretarla y hacerla espíritu y vida. Es Él quien tiene que desplegar al corazón el poder y la realidad de la palabra escrita y traerla a nuestra memoria en el momento oportuno como la lámpara y guía, o la espada de defensa en la hora de la tentación. «Él os... recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:26). Éste es el bienaventurado ministerio del Espíritu Santo personal, y el que anda así con Él va a encontrar que la Biblia es como un libro nuevo, y la misma luz de la vida.

Un miembro prominente del Congreso hablaba el ' otro día del-valor inestimable de la Biblioteca Nacional del Congreso, y se le hizo la pregunta: «¿Cómo es posible que un miembro ocupado sin mucho estudio y labor, sepa cómo usarla de modo efectivo, y poder siempre hallar el volumen y página exactos sobre el tema que se discute?» «No hay dificultad —replicó—, esto lo hace posible un bibliotecario que conoce cada libro y cada tema, y todo lo que tenemos que hacer es enviarle una página desde nuestro despacho indicándole cuál es la mejor autoridad sobre cualquier tema que requiramos, y él nos contesta inmediatamente entregándonos el libro marcado en la página que trata de lo que queremos saber.» Bendito sea Dios que tenemos un Bibliotecario Divino que conoce la Biblia bastante mejor que nosotros, y que viene para ser nuestro Monitor y Guía, no sólo en cuanto al significado, sino también su aplicación práctica a cada necesidad de la vida. «Cuando venga el Espíritu de verdad. Él os guiará a toda verdad» (Jn. 16:13), y «os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:26).

II. LA LUZ DE LA REVELACIÓN

No basta con tener una buena luz, necesitamos poseer órganos de visión, o la luz no nos sirve para nada; y hemos de tenerlos en perfectas condiciones. Ahora bien, el Espíritu Santo viene para ser nuestra vista así como nuestra luz; cuando andamos con Él seremos capacitados para conocer la voluntad de Dios tal como se revela en las Escrituras por medio de una aprehensión espiritual verdadera y desde el punto de vista de la mentalidad de Dios.

En el capítulo del cual hemos sacado nuestro texto el apóstol usa una analogía muy delicada: «Pero ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está con él? Así también nadie conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Co. 2:11). Uno puede explicarle al propio perrito el contenido de un libro, pero no va a entender una palabra; no porque la explicación sea incorrecta o defectuosa, sino porque no tiene la mentalidad de un hombre para entender las cosas de los hombres; así puedes hablar al intelecto natural sobre la verdad espiritual, incluso al intelecto más brillante o profundo, pero no va a comprenderlo porque pertenece a una esfera más elevada.

La única manera con que conseguirías que un perro te entendiera sería impartiéndole una mente humana, y la única manera con que este hombre podría entender las cosas de Dios, es que Dios le imparta la mente divina; por tanto, el apóstol dice: «El nombre natural no capta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se han de discernir espiritualmente» (1 Co 2:14). «Pero nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Co. 2:16).

Ésta es la obra especial del Espíritu santo, el darnos una nueva visión y órgano de aprehensión espiritual; de modo que el alma perciba directamente las cosas y las realidades divinas. Quizás el primer efecto de esta iluminación divina es que las cosas de Dios se vuelven intensamente reales y destacan con vividez y claridad, como las figuras talladas en relieve en un muro. La persona de Cristo, la luz de su rostro, la dulzura especial de su Espíritu, la «paz de Dios, que sobrepasa todo conocimiento» (Fil. 4:7), el gozo del Señor, el mundo celestial, todo se vuelve para el corazón más real c intensamente vivido que las cosas que vemos con los ojos externos, y tocamos con nuestras manos; de modo que podemos decir con el apóstol: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos, acerca del Verbo de Vida» (1 Jn. 1:1). Éste es el verdadero mensaje de todo este capítulo. No es una descripción de las glorías celestiales que vamos a contemplar pronto, sino las revelaciones presentes, que el ojo natural no puede ver, el oído material no puede oír, y el corazón humano no puede concebir; pero que «Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios» (1 Co. 2:10).

En el primer capítulo de Efesios, el apóstol Pablo nos ha dado una visión sublime del efecto de esta iluminación interior al corazón. «No ceso —dice— de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.»

«Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de su fuerza, la cual ejerció en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principio, autoridad, poder y señorío, y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (Ef. 1:16-21).

«La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:23).

«Y juntamente con Él nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús: para mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia en su benignidad para con vosotros en Cristo Jesús» (Ef. 2:6, 7).

Aquí encontramos que no son los ojos de nuestro intelecto, sino los ojos del corazón que tienen que ser iluminados, y cuando seamos vivificados por el Espíritu de revelación en el conocimiento de Él, entenderemos lo que es la esperanza de nuestra vocación, y los gloriosos privilegios y perspectivas de lo que hemos de heredar en Cristo.

Las riquezas de la gloria de su herencia no son sólo para nosotros, sino que están en nosotros ya ahora. Seremos estimulados con la comprensión de la supereminente grandeza de su poder para con nosotros y hacia nosotros. Nos elevaremos a una concepción adecuada de las cosas poderosas que podemos atrevernos a reclamar de Él; especialmente veremos el pleno significado de la resurrección y ascensión de Cristo. Le veremos levantado, no sólo del sepulcro y de la carga de nuestra culpa y pecado, sino por encima de todos los seres, todas las fuerzas de las leyes naturales, todo poder y dominio, y todo nombre que se nombra, hasta el mismo trono de Dios donde todas las cosas están debajo de sus pies. No sólo esto, sino que nosotros mismos seremos elevados por encima de nuestros pecados, y temores, y aflicciones, y enemigos, y dificultades, e imperfecciones, hasta que nosotros también estemos sentados con Él por encima de todo principado, fuerza y dominio, en los lugares celestiales en Cristo Jesús, tan seguros y triunfantes como si ya estuviéramos en el cielo y hubiéramos estado allí desde hace diez mil años.

¡Oh! una visión así quita todo aguijón de la vida y nos estimula a aspiraciones y victorias, conflictos y servicio más elevados. Pero primero hemos de percibir nuestra herencia, antes de reclamarla, y cuando consideramos toda la plenitud de su promesa y provisión nos levantamos y andamos por el país, en toda su longitud y anchura y nos adueñamos de él. Bajo esta divina luz la promesa de Dios se vuelve especialmente real, y el corazón se hincha de luz y confianza.
Las doctrinas que no podíamos entender en lo abstracto se vuelven realidades vivas y simples. La verdad profunda de la Trinidad cambia en la comunión dulce y personal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La doctrina de la santificación ya no nos deja perplejos y nos desanima, y se vuelve una simple experiencia de unión con Jesús y un permanecer en Él. Las obras sobrenaturales más poderosas de Cristo, incluso en nuestros cuerpos, dejan de ser extrañas e increíbles. La doctrina de su venida personal se vuelve una expectativa brillante y personal, y todo el mundo de las cosas espirituales es más real para nosotros en nuestra propia consciencia.

Algunas veces la misión se abre a nuestros propios corazones y se nos permite ver nuestros fallos, imperfecciones y necesidades; pero bajo la luz de Dios esto no nos desanima nunca porque viene siempre con ella la revelación de Aquel que es la provisión para toda necesidad y la provisión para todo defecto del pecado. Satán nos hace ver que nuestros pecados son terribles y deprimentes; pero la luz del cielo revela nuestros errores sólo para sanarlos, y traer tal descanso y dulzura que sólo podemos darle gracias por hacer más espacio para toda su suficiencia.

Algunas veces, también, es levantada la cortina que nos separa del mundo celestial, y algunas almas han recibido de Dios el permiso, como Pablo, de ser llevados tan cerca que pueden contemplar lo que no le es lícito al hombre expresar, y no saben si se hallan en el cuerpo o fuera del cuerpo. Que nadie suspire por estas experiencias, porque traen consigo con ellas muchas espinas para la carne, para que no nos exaltemos sobremanera. Y por encima de todo, no busquemos

con mórbida curiosidad, entremeternos en cosas que no pertenecen a nuestra simple esfera de humildes deberes, sino más bien busquemos la luz de lo que es práctico y útil.

Y sin embargo, si Dios nos da las visiones más altas a veces, e incluso eleva el velo de las cosas que han de venir para almas humildes y santas, que viven cerca de las puertas del cielo, no nos maravillemos o lo pongamos en duda; usemos estas visiones de gloria como el marino usa el súbito rayo que atraviesa un cielo encapotado durante semanas para observar su posición en aquella hora, para los días futuros de tormenta y borrasca.

III LA LUZ DE LA GUÍA

El Espíritu Santo nos ha sido prometido como nuestra guía personal en el camino de la vida. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Ro. 8:14). Algunas personas sienten tanto celo por la palabra de Dios, que niegan toda guía directa del Espíritu aparte de la Palabra, pero si creemos verdaderamente la misma Palabra, nos vemos obligados a aceptar sus afirmaciones claras, de que la presencia personal de Dios es dada al discípulo obediente y humilde para la dirección necesaria en cada paso de la vida: «Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos» (Sal. 32:8). El Señor te guiará continuamente. «Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz» (Jn. 10:4). «Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas» (Pr. 3:6).

Vemos que el apóstol Pablo está reconociendo constantemente la dirección personal del Espíritu Santo incluso en cosas que no tienen dirección clara con la Palabra. Todo el itinerario de los viajes misioneros de Pablo fue ordenado por la dirección personal del Señor. Se nos dice que habiendo sido enviados por el Espíritu Santo, Pablo y Bernabé se embarcaron para Ci-pre. Un poco más tarde vemos que el Espíritu les impide que prediquen en Bitinia y Asia y los guía de Troas a Filipos para empezar su ministerio europeo. Todavía más tarde, se nos dice que tenía intención en el Espíritu de ir de Jerusalén a Roma, y ninguno de los peligros del viaje pudo disuadirle de lo que le había llegado como la voz de Dios. No hay vida más práctica, sensata y espiritual que la de Pablo, y no obstante no hay ninguna que reconozca más constantemente la dirección sobrenatural del Espíritu Santo. Los métodos de la guía divina son varios.

1. El Espíritu nos guía por las Escrituras, con sus principios y enseñanzas generales, mostrándonos pasajes especiales de la Palabra, sea por medio de la ley de la sugestión mental, e imprimiéndolos en nuestro corazón, o por varios otros medios aptos para hacer énfasis en un pasaje como un mensaje divino para nuestros corazones.

2. También nos guía por medio de su voz directa cuando es necesario; y con todo no hemos de esperar las intimaciones especiales y extraordinarias en todo momento, o cuando tenemos luz suficiente por medio de otras fuentes. Hay el peligro del fanatismo aquí. No tenemos derecho a pedir a Dios una revelación especial de su voluntad cuando o bien la luz de nuestro propio sentido común, o la enseñanza de las Escrituras ya nos han hecho la cosa bastante clara. Por ejemplo: Sería una insensatez esperar a que el Señor nos mostrara por medio de un mensaje directo que hemos de levantarnos por la mañana, preparar la comida, hacernos cargo de los negocios del día, guardar el Día de Reposo, mostrar la cortesía y amabilidad apropiadas, pagar las deudas, y querer al prójimo. Todas estas cosas el Espíritu ya nos las ha dicho, y sería impertinencia esperar que El viniera a revelárnoslas cada vez.

Así también no podemos esperar que el Espíritu Santo nos revele directamente si Dios nos perdonará los pecados, o santificará nuestra alma, porque estas cosas han sido prometidas de modo explícito, y no hemos de esperar un testimonio extra del Espíritu hasta que hayamos creído primero y obrado conforme a su Palabra; entonces el Espíritu va a seguir esto confirmándonoslo con su voz, y dándonos una dulce seguridad interior del cumplimiento de su promesa.

Muchas personas esperan que el Espíritu vaya a ellos con la seguridad del perdón y la salvación antes i que hayan creído las promesas que Él ya ha dado.

También podemos añadir con respecto a la oración por la sanidad lo siguiente: Cuando estamos viviendo conforme a su Palabra no se requiere una revelación especial de la voluntad de Dios, sino que hemos de creer la revelación que ya se hace en las Escrituras, en sus promesas de curación por medio de la fe en Cristo. Pero en cosas en que las Escrituras no han hablado de modo claro, y las circunstancias son tan peculiares que requieren una luz nueva y directa. Él nos ha prometido de modo claro que nos guiará en la dirección apropiada, para que no tropecemos. Ha dicho: «Si en algo sentís de un modo diferente, también esto os lo revelará Dios» (Fil. 3:15).

3. El Espíritu Santo nos guía con más frecuencia por medio de intuiciones de nuestro juicio que ha sido santificado y las conclusiones de nuestras propias mentes, a las cuales Él nos guía dándonos la quieta seguridad de obrar en perfecta libertad y naturaleza, y con todo de ser influidos por la presencia y sugerencias de un propio Espíritu. Bajo tales circunstancias la mente y el juicio son perfectamente simples y naturales. Los pensamientos nos vienen como nuestros, con deliciosa tranquilidad, y una certeza, como una intuición, de que es lo que debemos hacer, y con todo el conocimiento secreto de que no es nuestra sabiduría sino que de alguna forma es algo reflejado en el alma por otro. No es ya que el Espíritu nos hable, sino que el Espíritu habla con nosotros como parte de nuestra misma conciencia, de modo que no hay dos mentes, sino una.

El Espíritu verdaderamente consagrado puede esperar, pues, ser retenido e influido por la naturaleza divina; y con frecuencia se encuentra restringido o refrenado de cosas por una resistencia o repulsión interior, que no puede explicar del todo, y es guiado a otras cosas con una inclinación fuerte y clara, y un sentido de justicia y adecuación que, más tarde, se ve por los resultados, que era la presencia de Dios que nos dirigía. Naturalmente, como veremos inmediatamente, tiene que haber una consagración real y una vigilancia santa al andar así, para guardamos de nuestras propias impresiones e inclinaciones en casos en que no son intimaciones de la voluntad del Espíritu.

4. A veces se nos enseña que somos guiados por «providencias» o indicaciones. Una mente devota, naturalmente, tendrá siempre en cuenta las providencias o disposiciones externas de Dios, y estará siempre observando para ver su mano en todo lo que ocurre; pero sería peligroso permitimos ser guiados por los sucesos externos, aparte de la dirección clara de Dios en nuestro espíritu y por su Palabra. Con la misma frecuencia nos sentiremos guiados a avanzar frente a las circunstancias como impulsados por vientos favorables de sucesos externos. La mayoría de los sucesos importantes y de los propósitos realizados en las vidas de los siervos de Dios, tal como se narran en las Escrituras, estaban en oposición directa a todas las circunstancias que estaban ocurriendo a su alrededor. Pongamos como ejemplo la vida de David. Desde el mismo momento en que recibió la llamada de Dios en que se le designó como el futuro rey de Israel, todo en su vida, durante diez años pareció que negaba la probabilidad de que se cumpliera esta expectativa.

Tomemos por ejemplo la vida de Pablo. Le hallamos guiado directamente por el Espíritu Santo a que cruce el Helesponto y empiece su ministerio en Grecia. Pero en vez ae encontrar puertas abiertas y circunstancias favorables, todo va en contra suya, hasta que al fin se encuentra azotado y atado, un preso impotente en una cárcel de Roma. Si hubiera estado observando la guía de las circunstancias habría llegado a la conclusión de que había hecho una equivocación, y habría procurado rectificar; pero, al contrario, él creyó más firmemente que Dios le había guiado, y antes de poco las mismas circunstancias fueron vencidas y transformadas por el poder victorioso de la fe. Así que, fue guiado a Jerusalén y a Roma, pero de momento, como decimos, todo se le oponía. A lo largo del camino parecía incluso que el pueblo de Dios se le oponía a que prosiguiera.

En Éfeso querían que se quedara allí para predicar, en el mismo lugar en que un año antes había tratado de entrar en vano; pero en vez de reconocer esto como una disposición divina que tenía que cambiar su propósito difirió su obra en Éfeso, y se apresuró para ir a Jerusalén. Una y otra vez, en el camino, los profetas del Señor le advirtieron contra su ida a Jerusalén, y le suplicaron que abandonara el peligroso propósito que quizá le constaría la vida; pero él sólo replicó: «¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (Hch. 21:13). Al llegar a Jerusalén sucedió todo lo que le habían dicho. En vez de ser bien recibido por sus paisanos, hubo un montín en el que casi le matan, pero él insiste, y el Señor le visita en su calabozo por la noche y le da seguridad de su protección y dirección.

Luego, es detenido en Cesárea durante dos años, donde languidece en una cárcel; pero en vez de dudar de la dirección divina, sigue firme, y usa esta dilación como una oportunidad para servir al Maestro. Finalmente se embarca para Roma, pero, incluso entonces, una tormenta le persigue y con dificultad se escapa de hundirse en las profundidades del mar; pero no desmaya en su propósito, sino que se eleva majestuosamente sobre la tempestad y se lleva consigo las vidas de los otros pasajeros y tripulantes, en alas de su potente fe, por encima del desastre y la destrucción. Habiendo escapado del naufragio en las costas de Malta, una víbora, de entre las cenizas, le salta a la mano, y parece como si la tierra y el cielo se hubieran confabulado para impedirle que llegue a Roma, pero él, simplemente, se la sacude y no sufre daño alguno. Al fin marcha por la Vía Apia, más como un conquistador que como un preso, dando gracias a Dios y cobrando ánimo, ya que se da cuenta de que ni una palabra de la promesa y la dirección de Dios le ha fallado. Así tenemos siempre que interpretar las disposiciones providenciales de Dios; en vez de ceder cuando hay oposición, o seguir lo que nos parece favorable, hemos de seguir adelante con firmeza en el camino de la convicción y la obediencia, y nuestro camino será establecido, y nuestras mismas dificultades se volverán oportunidades para nuestros mayores triunfos.

Notemos algunos de los principios y condiciones de la guía divina.

La primera es un espíritu de entrega. Antes de que podamos conocer su voluntad tenemos que ceder primero la nuestra. «Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos en su camino» (Sal. 25:9).

Luego, tiene que haber una actitud dispuesta a la obediencia. Él no nos va a iluminar a menos que estemos dispuestos a seguirle; el hacerlo sólo añadiría a nuestra condenación. «Si alguno quiere hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios» (Jn. 7:17). «Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová» (Oseas 6:3).

En tercer lugar, hemos de confiar en su guía. Hemos de creer que Él está con nosotros y nos dirige. Hemos de apoyarnos en su brazo de todo corazón, e implícitamente mirar hacia su rostro y esperar que Él hable. Tenemos que tener los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y el del mal, por razón de la costumbre» (He. 5:14). Algunas veces nuestras equivocaciones van a resultar muy instructivas al mostrarnos los puntos en que hemos errado, y al permitirnos evitar una equivocación repetida más tarde de más graves consecuencias. Hemos de aprender a distinguir entre las meras impresiones y las convicciones más profundas del pleno juicio bajo la luz del Espíritu, y entre la voz del Pastor y la del espíritu de error. Esto es lo que nos va a enseñar, más y más, y lo hará por la experiencia. Tendremos que aprender también a andar con Él cuando no podemos ver claro el camino. Su camino es muchas veces desconocido para nosotros, y la respuesta a nuestra oración

puede parecemos que nos guía en dirección opuesta a nuestras expectativas y a la meta final.

Una vez, en la vida, me sentí guiado a pedir al Señor cierto edificio como residencia, y recibí la plena seguridad de que lo conseguiría. Casi inmediatamente después, fue el edificio vendido a una persona que insistió en ocuparlo él mismo y rehusó bajo cualquier circunstancia desprenderse de él. Después de mucha oración fui guiado a consentir, de mala gana, a aceptar una casa que este hombre poseía, en vez de la que yo deseaba. Tan desagradable me era la idea, que la noche que tenía que ir a firmar el contrato pasé varias veces delante de su puerta antes de decidirme a entrar. Por fin en simple obediencia al Espíritu Santo, lo hice, pero con gran sorpresa por mi parte, el individuo me dijo que aquella tarde había cambiado de parecer. Mientras asistía al entierro de un viejo amigo le vino un extraño presentimiento sobre el hecho de ocupar la casa que había comprado y me dijo que había decidido cedérmela en condiciones más favorables de las que yo habría podido esperar de no haber intervenido Dios en el asunto. O sea, que seguí adelante en el camino de la simple obediencia, y en una forma que no pude entender se abrió la verdadera puerta, y fue sólo bendición y deleite. Lo más notable de este asunto fue que la casa obtenida así, pasó luego a ser el lugar en que se empezó, y aún se realiza, la obra en que estoy ahora ocupado. Dios había indicado claramente que había escogido aquel lugar para su obra, y puso su sello sobre él como una pauta de las disposiciones providenciales que debía esperar más tarde. De modo que, aún, «a través de temores, nubes y tormentas, Él sigue todavía indicando el camino».

Confiemos en su mano guiadora, y sigamos al Cordero dondequiera que vaya.

IV. LUZ PARA EL SERVICIO

«Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» (Mt. 10:20). «Porque yo os daré palabras y sabiduría, a la cual no podrán contradecir ni resistir todos los que se os opongan» (Le. 21:15). «Si alguno habla, que hable como si fuesen palabras de Dios; y si alguno ministra, que lo haga en virtud de la fuerza que Dios suministra, para que en todo sea Dios glorificado mediante Jesucristo» (1 P. 4:11). «No digas: Soy un muchacho; porque a todo lo que te envíe irás; y dirás todo lo que te mande» (Jer. 1:7). «Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca» (Jer. 1:9), «Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber cómo animar con palabra el cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mí oído para que oiga como los sabios» Os 50:4). Éste era el secreto incluso del ministerio de Cristo. «La palabra que habéis oído no es mía. sino del Padre que me envió» (Jn. 14:24). «Según oigo, así juzgo» (Jn. 5:30)

Antes de que podamos dar los mensajes de Dios hemos de aprender a escuchar. El oído abierto precede a la boca abierta. Es muy difícil a veces morir para nuestros premios pensamientos y preparaciones elaboradas para el servicio, y estar libre y abierto para que Dios nos use como vasos aptos para el uso del Maestro. A veces Él tiene que humillamos, para mostramos la esterilidad de todo nuestro mejor trabajo intelectual, y entonces nos guía a recibir los mensajes vivos de su Espíritu Santo. A veces podemos pensar que el mensaje no es apropiado y no está a la altura, pero Dios quiere tomar «las cosas que no son para anular las que son. a fin de que nadie se jacte en su presencia» (I Co. 1.28, 29).

Una persona con espíritu santificado, a quien Dios ha usado en gran manera en sus mensajes personales, nos dice la lumia en que fue enviada, de modo claro, por Dios, a un cierto tren; ñero que al llegar a la estación el tren estaba tan repleto que el empleado le dijo que no podía subir en el. Ella decidió aguardar, pues había aprendido que el que le sea rehusado a uno algo es con frecuencia una señal de que Dios está obrando; y así ocurrió que cuando el tren estaba a punto de partir, de repente, el empleado fue de prisa y corriendo a decirle que podía ir en un coche extra que acababan de añadir. Se sentó junto a un joven c inmediatamente le vino la idea: «Éste es el servicio que el Señor me ha enviado a hacer.» Al cabo de poco la señora introdujo el tema de la religión, pero el joven respondió con aire altanero: «En mi familia objetamos a que se nos hable de estos lemas.» «Pero yo había pensado que esto no era un asunto de la familia, sino personal de cada individuo.» «Muy bien —contestó aun más altivo—. Entonces objeto a que me hable de estas cuestiones.» Parecía que el camino hacia el servicio estaba bloqueado, v con todo el Espíritu la había conducido allí, indudablemente.

Entonces le vino la idea de que debía darle un tratado, y que Dios bendeciría el mensajero silencioso después que ella hubiera partido. Se buscó los bolsillos pero vio que se había olvidado de tomar tratados. De repente, con sus movimientos, se le cayó la maletita al suelo y se abrió, y todo el contenido de la misma se desparramó por el suelo. El joven se inclinó, para ayudarla a recoger los objetos. La señora se dio cuenta de que se había caído un tratado junto con los otros artículos, pero, al recogerlo, vio que no iba a servir, porque estaba dedicado a un joven que había sido salvado de un naufragio. Pero la misma Guía infalible le susurró, a la señora, que se lo pusiera en las manos. Lo hizo, y le pidió que lo leyera.

Él lo aceptó, y como entretanto ya habían trabado más amistad, empezó a leerlo. Al leer el título

su rostro palideció. Antes de leer la segunda página empezaron a caérsele lágrimas. «Señora —le dijo, volviéndose hacia ella—, ¿quién le ha hablado de mí?» «¿Cómo?, ¿qué quiere decir?», exclamó la señora. «Pues alguien tiene que habérselo contado, ¿no sabía usted que la semana pasada fui salvado de un naufragio?» Fue la flecha que el Omnisciente, cuya sabiduría nunca falla, había preparado, y la humilde obrera, preparada para cumplir su cometido, no hizo ninguna equivocación. Éste es el verdadero secreto del servicio efectivo, y cuando Él pasa a ser el Admirable Consejero, vamos a hallar siempre que es también el Dios fuerte.

Capítulo 6: EL ESPÍRITU DE SANTIDAD

«Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo.» (1 P. 1:2)

Arrojaría un torrente de luz sobre la doctrina de la elección, que nos tiene perplejos, el que recordáramos, cuando pensamos en este tema, que somos elegidos por Dios, no para una salvación incondicional y absoluta, sino para la santidad. Estamos predestinados a ser conformados a la imagen de su Hijo. Es, por tanto, ocioso y no escritural, el hablar de que somos elegidos para la salvación, al margen de nuestra fe y obediencia. Somos elegidos para obediencia y rociamiento de la sangre de Cristo, y somos emplazados, pues, a asegurar nuestro llamamiento y elección, al proseguir adelante hacia la plenitud de la gracia de Cristo. Esta obra de santificación es de un modo especial la obra del Espíritu Santo. Demos una mirada cuidadosa a los principios que se hallan a su base, y su relación con la persona y la obra del Espíritu Santo.

1. La santidad a la que somos llamados, y a la que introduce el Espíritu Santo, no es la restauración de la perfección Adámica, o la recuperación de la naturaleza perdida por la caída. Es una santidad más alta, hasta a misma naturaleza de Dios, y al revestimiento de Jesucristo, el segundo Adán, a cuya perfecta semejanza seremos restaurados por medio de la obra de la redención. Estamos predestinados a ser conformados a la imagen de su Hijo. Esto va a determinar todas nuestras conclusiones subsiguientes en la consideración de este tema. La santificación no es la perfección del carácter humano, sino la implantación de la naturaleza divina, y la unión del alma humana con la persona de Cristo, la nueva Cabeza de la humanidad redimida.

2. Nuestra santificación ha sido comprada para nosotros por medio de la redención de Cristo. Con una ofrenda Él ha perfeccionado para siempre a todos los que son santificados. Cuando Él vino dijo: «Aquí estoy; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Sal. 40:7, 8). «En la cual voluntad hemos sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre» (Hch. 10:10).

Nuestra santificación, por tanto, así como nuestra justificación, quedó incluida en la obra terminada de Cristo, y es un don gratuito de su gracia para toda alma rescatada que la acepta. Según su palabra y su voluntad. Es uno de los derechos que tenemos por la redención en Cristo, y podemos reclamarlo por la fe, tan gratuitamente como nuestro perdón. Porque, «Él se dio a sí mismo por nosotros para redimimos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, celoso de buenas obras» (Tit. 2:14).

3. El oficio o misión del Espíritu Santo es guiarnos a la plena redención de Jesucristo, y por tanto, a la santidad. En prosecución de este llamamiento celestial, el Espíritu Santo nos guía primero a ver nuestra necesidad de santificación. Esto lo hace por una revelación doble. Primero, nos muestra la voluntad divina de nuestra santificación, y la necesidad de que pasemos a ser santos si hemos de agradar a Dios. Por naturaleza y tradición muchas personas se inclinan a un punto de vista diferente sobre esto, y consideran la experiencia de la santidad como una especie de vida excepcional para unos pocos cristianos distinguidos, pero no para todos los discípulos de Cristo. Pero la mente despierta, con asombro, descubre a la luz de las Escrituras y del Espíritu Santo, la falsedad de

esta idea, y los términos inflexibles con los que la Palabra de Dios requiere de todo su pueblo que sean santos en el corazón y en la vida. A la luz escudriñadora de la verdad tiembla cuando lee: «Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (He. 12:14). «No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira» (Ap. 12:14). «Bienaventurados los que lavan sus ropas, para poder tener acceso al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la ciudad» (Ap. 22:14). «El que camina en justicia y habla lo recto... éste habitará en las alturas. Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán una tierra dilatada» (Is. 33:15-17). «¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón» (Sal. 24:3, 4). «Sed santos, porque yo soy santo» (1 P. 1:16). «Por tanto sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt. 5:48). «Estas cosas os escribo para que no pequéis» (1 Jn. 2:1). «Todo aquel que permanece en Él no continúa pecando; todo aquel que continúa pecando no le ha visto ni le ha conocido» (1 Jn. 3:6).

En este punto el alma se ve obligada a hacer frente a una crisis solemne: o tiene que aceptar la Palabra de Dios de modo literal o implícito, o tiene que apartarse hacia las tradiciones humanas, y explicar de alguna forma estas enseñanzas claras y enfáticas para que pueda desentenderse de ellas, y con ello entrar en una trayectoria que va a terminar en la infidelidad práctica. La última alternativa es la que toman muchos; se contentan con decir que es imposible alcanzar estas alturas, que nadie las ha alcanzado, y que Dios no las requiere en realidad. El resultado es que a partir de entonces la Palabra de Dios pasa a ser incierta para ellos en todos sus mensajes, y que deja de ser posible una fe práctica. Pero la otra alternativa, por sí, conduce al alma, si se toma en serio y sinceramente, a la desesperación: no puede hallar una santidad así en sí misma y no tiene poder para producirla.

El primer resultado, es verdad, generalmente es estimular al corazón despertado a intentar vivir una vida mejor, y procurar obrar en sí misma una santidad como la que El requiere. Todo ello confluye en resoluciones, rectificaciones, ejercicios interiores, autoexámenes y propósitos de justicia y santidad. Pero al poco empieza a entrar el sentimiento de fracaso y desengaño; quizás el hombre se vuelve un fariseo y se engaña a sí mismo con la idea de que se puede cumplir con los estándares divinos. Pero si el Espíritu Santo está haciendo su obra de modo total, pronto va a ver con desagrado su propia justicia y darse cuenta de su total 'incapacidad para alcanzar el estándar por sí mismo. Habrá alguna prueba crucial que no podrá pasar, o alguna orden que va a dar con las raíces de una inclinación natural suya, y que requerirá el sacrificio de sus ídolos más queridos, y el pobre corazón se desmayará, o se va a contraer o se rebelará.

Ésta fue la experiencia del apóstol Pablo; durante un tiempo pensó que había alcanzado la justicia por la ley, pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y él murió. El Señor dijo: «No codiciarás» (Éx. 20:17), y al instante su corazón palpitante se despertaba para ver toda la intensidad de su vida natural, los mil deseos pecaminosos, más vigorosos porque eran prohibidos, hasta que desesperado: «Porque sabemos que la ley es espiritual; más yo soy carnal, vendido al poder del pecado» (Ro. 7:14). «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerto!» (Ro. 7:24). Ah, ésta es la preparación adecuada para la santificación. Está al punto de la liberación. El cristiano se ha dado cuenta al fin que es impotente. Ha llegado al fondo de la escala de la renuncia a sí mismo. Es de estos de quienes el Maestro dice: «Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de los tales es el reino de los cielos» (Mt. 5:3). «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán saciados» (Mt. 5:6).

Como en el tiempo antiguo, Dios se presentó a Job en la revelación de su impotencia, hasta que

Job exclamó: «Retracto mis palabras y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6). Lo mismo ocurrió a Isaías, poco antes de su purificación, hasta que el profeta golpeándose el pecho exclama: «¡Ay de mí! porque soy hombre de labios inmundos» (Is. 6:5). Feliz el corazón que puede verse a sí mismo tal como es, en su peor condición, sin intentar dar excusas por su fallo, ni por otro entrar en la desesperación. Porque a una alma así el Espíritu Santo la espera para llevarla al próximo estadio, su bendita obra de santificación, a saber:

4. La revelación de Jesucristo mismo como nuestra santificación. El propósito de Dios es que la persona de Jesús sea para nosotros la personificación de todo lo que hay en Dios y en la salvación. Por tanto, la santificación no es una experiencia o un estado meramente humano, sino que es la recepción de la persona de Cristo como la misma sustancia de nuestra vida espiritual. Porque Él es hecho, de parte de Dios, «sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Co. 1:30). No se trata de un amigo rico que nos adelanta el dinero para que podamos pagar nuestras deudas, sino que es el Amigo que entra en nuestro negocio y asume Él mismo el negocio, con todas sus cargas y débitos, mientras que nosotros pasamos a ser subordinados y recibimos, en adelante, la provisión de nuestras necesidades de Él. Ésta fue la exclamación alegre de Pablo en el momento en que alcanzó las profundidades de su desesperación: «Gracias doy a Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 7:25).

La función del Espíritu Santo es revelárnoslo. «Él tomará de lo mío y os lo hará saber» (Jn. 16:15).

Y así a la luz de su revelación contemplamos a Cristo, al perfecto, que anduvo en la perfección sin pecado por el mundo en su encarnación, esperando entrar en nuestros corazones, para morar en ellos, y andar con nosotros, como la misma sustancia de nuestra vida, mientras que estamos permaneciendo simplemente en Él y andamos en sus mismas pisadas. No es meramente imitar un ejemplo, sino vivir la misma vida de otro. Es tener a la misma persona de Cristo que posee nuestro ser; los pensamientos de Cristo, los deseos de Cristo, la voluntad de Cristo, la fe de Cristo, la pureza de Cristo, el amor de Cristo, la generosidad de Cristo, el objetivo único de Cristo, la obediencia de Cristo, la humildad de Cristo, la sumisión de Cristo, la mansedumbre de Cristo, el celo de Cristo, las obras de Cristo manifestado todo en nuestra carne moral, de modo que podamos decir: «Vivo; no ya yo, sino vive Cristo en mí» (Gá. 2:20). Cuando el Espíritu Santo nos lo revela en el corazón podemos sin duda decir, como un santo dijo una vez después de una visión así: «He tenido una visión tal de Cristo que nunca más voy a sentirme desanimado.»

5. El Espíritu no sólo revela a Cristo, sino que realmente nos lo trae para ocupar y habitar en el corazón. No basta verle, hemos de recibirle y llegar a estar unidos personalmente con Él por medio del Espíritu Santo. A fin de que esto sea posible, por nuestra parte nos hemos de entregar por completo y renunciar a nosotros mismos, seguido todo de un acto definido de apropiación por la fe. Por medio de él recibimos al Señor Jesucristo, y pasamos a ser llenos del Espíritu Santo. Por medio de su influencia de gracia le presentamos nuestros cuerpos como un sacrificio vivo, nos cedemos a Dios en consagración sin reservas, le entregamos la vieja vida del yo y del pecado para que sea muerta y enterrada para siempre, y nos ofrecemos a Él para su absoluta posesión y disposición, incondicionalmente y de modo irrevocable. Cuanto más claro y total sea este acto de entrega más completo y permanente va a ser el resultado. Es verdad que, a lo sumo, será una consagración imperfecta, va a necesitar los méritos de Él para que sea aceptable, pero Él va a aceptar el deseo sincero e íntegro, y va a añadir su propia consagración perfecta a nuestro acto imperfecto, haciéndolo

aceptable al Padre por medio de su gracia.

Es una gran bendición saber que en el mismo primer acto de una vida consagrada no estamos solos, sino que Él mismo pasa a ser nuestra consagración, como será más tarde nuestra obediencia, y nuestra fuerza, paso a paso hasta el fin. Habiéndonos, pues, entregado a Él para su gracia santificadora hemos de aceptarle en toda su plenitud, que Él pasa a ser para nosotros todo lo que consideramos en Él, y que ahora somos poseídos, aceptados, limpiados y santificados por su revestimiento, y que Él nos dice, en cada una de sus palabras, dejando constancia de nuestro alegre amén, sin reservas: «Ahora estáis ya limpios por la palabra que os he hablado» (Jn. 15:3). «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7).

6. El Espíritu Santo, luego, sella este acto de unión con su propia presencia manifestada, y nos hace saber que tenemos a Jesús con nosotros por el testimonio de su presencia y el bautismo de su amor y su poder. Antes de que podamos esperar recibir esto, sin embargo, hemos de poder creer simplemente la promesa de Cristo, descansando en la certeza de su aceptación y consagración, y empezar a actuar por fe implícita en Él creyendo que está ya en nuestro corazón. Cuando lo hacemos, el Espíritu Santo no va a retener el damos el testimonio consciente de nuestra bendición ni un solo momento más de lo que es realmente necesario para probar y establecer nuestra fe.

Él pasará a ser para nosotros una realidad bendita y personal, y será verdad de nosotros, como prometió el mismo Señor, para después que hubiera venido el Consolador: «En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (Jn. 14:20). El alma estará llena del conocimiento de la presencia de Dios, algunas veces como un espíritu de inefable reposo y santa serenidad, a veces como un espíritu de inexpresable santidad, que llena el corazón como un fuego consumidor y escudriñador de pureza divina. A veces seremos conscientes de un intenso odio al pecado, y un espíritu de renuncia a nosotros mismos y santa vigilancia. Algunas veces será un espíritu de amor, un darnos cuenta de modo intenso de la aprobación divina, y el deleite de Dios en nosotros y su amor para nosotros, hasta que el corazón se derrita ante el sentimiento de su ternura. Algunas veces es un espíritu de gozo y éxtasis inefable, que sigue durante días, hasta que las mismas olas del seno de Dios parecen inundar nuestro corazón de una gloria inexpresable. Algunas veces es un conocimiento simple, quieto, que nos impulsa más bien a andar por fe momento tras momento, y permanecer en Cristo, en gran simplicidad, para la necesidad de cada momento, y no hay emoción trascendente, sino simplemente una satisfacción consciente de la suficiencia de Cristo para nuestra vida práctica. Pero en cada caso hay realmente satisfacción, y sabemos que el Señor ha venido a permanecer con nosotros para siempre, para ser nuestra suficiencia y nuestra porción eterna.

7. El Espíritu Santo ahora empieza a conducimos por los pasos de una vida santa. Descubrimos lo que es ser sostenido momento tras momento. No tenemos una condición de vida egoísta cristalizada o estereotipada, sino que tenemos a Cristo para el momento presente, y tenemos que permanecer en Él para el momento. Hemos de andar en el Espíritu, y no satisfacer los deseos de la carne. Hemos de estar llenos del Espíritu y no tiene que haber lugar para el pecado. Es ahora que descubrimos la importancia de andar en el Espíritu, y mantener firme el hábito de la obediencia y la comunión con Él como la condición esencial de la vida de santidad. Una de las lecciones más importantes, y la primera, es escuchar con atención su voz. La intención del Espíritu es vida y paz, pero la intención de la - carne es muerte. El Espíritu es dado, se nos dice claramente, a los que le obedecen; y el corazón desobediente y descuidado va a encontrar que su comunión con Él es muchas veces interrumpida o suspendida. La vida de santidad no es un mero estado abstracto, sino como un

mosaico, hecho de innumerables detalles minúsculos de la vida y la acción.

Una señora cristiana, mientras estaba pensando en el tema de la santificación, se encontró de repente absorbida en una especie de visión despierta, en la cual le pareció ver un constructor erigiendo un edificio de piedra. Primero vio una profunda excavación y en el fondo de la misma una roca sólida sobre la cual había que edificar la casa. En la roca había escrito el nombre e Cristo, con las palabras: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo» (1 Co. 2:11). Luego la grúa empezó a poner piedras en la parte posterior del edificio a construir. Era un bloque de granito simple y ordinario, sin ningún ornamento, y rué puesto en una oscura parte de la pared, con la palabra «humildad». Luego la grúa puso una piedra en el ángulo principal y el nombre en él era «fe». Las palabras fueron subiendo ahora rápidamente; bloque tras bloque de granito fue colocado y cementado, y al fin, se hizo un magnífico arco coronado por una hermosa piedra clave, la piedra más hermosa de todo el edificio, y en ella había escrita la palabra: «amor». Entre estas piedras principales el espacio intermedio estaba lleno de un número incalculable de priedras de todos los tamaños y formas, y éstas eran amadas por los nombres de las cualidades o virtudes del carácter cristiano, como mansedumbre, bondad, templanza, paciencia, consideración, serenidad, cortesía, amabilidad, etc., y cuando toda la fachada fue terminada había escrita una palabra brillante en letras de oro: «santificación». Los prejuicios de toda una vida fueron eliminados para esta mujer, y vio la hermosura de una vida y un carácter santos, y el verdadero significado de la palabra que ella había entendido mal hasta entonces y le había causado desazón.

Ésta es, pues, la obra del Espíritu Santo en la vida de santidad, es mucho más que una mera hoja en blanco sin el menor borrón; es el retrato vivo obrado, dibujado sobre esta página, con todos los perfiles de la hermosura santa, y todas las cualidades positivas de una vida cristiana práctica y hermosa. «El fruto de Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio» (Gá. 5:22). Y «todo lo que es verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es buena reputación; si hay virtud alguna, si es digno de alabanza, en esto pensad» (Fil. 4:8).

Estas cosas el Espíritu Santo viene y las transcribe en nuestros corazones y las refleja en nuestras vidas, y con todo, estas cualidades no son nuestras, en el sentido que podamos alegar que son el resultado de nuestra propia bondad, o que descansemos en ella como atributos nuestros personales permanentes. Son más bien consideradas como la gracia de Cristo, proporcionada por el Espíritu que nos reviste en todo momento. «Y de su plenitud hemos todos recibido, y gracia sobre gracia» (Jn. 1:16). Ésta es la gracia que produce en nosotros toda la variedad de las gracias de la vida cristiana. Como lo expresa Pedro: «Para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 P. 2:9). Éstos son los vestidos de boda que son concedidos a la esposa del Cordero, «para que se vistiera de lino fino, limpio y resplandeciente» (Ap. 19:8). Éstos eran como los adornos y el velo de Rebeca, que no son tejidos por sus manos, sino que se los trajo Eleazar, de Isaac mismo, y que simplemente se los puso y llevó como un regalo.

Así, el Espíritu Santo, tipificado por el siervo de Abraham, nos trae el vestido de boda, y nos proporciona, día a día, el vestido especial que se adapta a nuestra situación y circunstancia, y nosotros simplemente nos ponemos al Señor Jesús y andamos con El como nuestra suficiencia para todo lugar y deber y prueba. El Espíritu está siempre presente para revelarnos nuevos aspectos de gracia y plenitud; y cada nueva necesidad o fracaso no es sino una invitación a aceptarle en una mayor plenitud, y mostrar en su sentido más elevado que Él es verdaderamente capaz de salvar

hasta lo sumo y guardarnos hasta el fin. No sólo nos conduce el Espíritu Santo a las gracias positivas de la vida cristiana, sino que nos mantiene también perpetuamente limpios de todas las manchas de la impureza espiritual, y aun de los efectos de la tentación y las sugerencias pecaminosas. Si el pecado toca el corazón un sólo momento, Él está allí para revelar el mal y en el mismo momento para aplicar el remedio. «Pero si andamos en luz, como Él está en luz... la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7).

Así el alma, como el guijarro en el lecho del arroyo, recibe siempre la perpetua limpieza de su vida. En realidad, podemos andar tan cerca de Él que antes de que el pecado sea incluso admitido, antes que la tentación naya alcanzado la ciudadela de la voluntad y llegue a ser un acto propio, puede ser repelida a la entrada, no llegar a ser pecado. Él ha prometido guardarnos como la niña de su ojo, y del mismo modo que las pestañas están construidas de tal modo en el delicado organismo del cuerpo humano que al menor contacto del ojo con una partícula de polvo se cierran y repelen la sustancia extraña, el Espíritu Santo guarda el corazón y la conciencia de modo automático de todo pecado voluntario. Hay sin embargo algo, incluso en la presencia de la tentación y de la atmósfera que nos rodea del mundo contaminado que esparce un cierto contagio alrededor de nosotros, como el aire en un hospital de infecciosos. Es necesario, por tanto, que esto sea continuamente limpiado, como los chubascos limpian y purifican de polvo las aceras y los aires y el aire del verano. Ésta es la obra constante del Espíritu Santo, que difunde por el corazón santificado la frescura y la dulzura de la atmósfera celestial.

Hallamos, pues, en los tipos del Antiguo Testamento, una hermosa provisión para la limpieza de las personas en el caso ae contacto con un muerto, por medio del agua de purificación (Nm. 19). Esta hermosa ordenanza era un tipo del Espíritu Santo aplicándonos la expiación de Cristo, y limpiándonos habitualmente del mismo aliento, y aun del contagio indirecto con el mal que nos circunda. Incluso si nuestra naturaleza vieja y camal, ya muerta, nos toca, o la atmósfera del pecado está alrededor nuestro, tenemos constantemente este agua de purificación, y en el momento que somos rociados con ella todo efecto es quitado y el espíritu es avivado con frescor y dulzura como si las aguas hubieran reavivado la tierra sedienta y hecho que el desierto florezca como la rosa.

Hemos de tener siempre presente al seguir la obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente, la distinción entre la pureza del corazón y la madurez del carácter. Desde el momento en que el alma se entrega a Cristo en plena rendición, y es recibida como su vida de revestimiento divino, tenemos su pureza, y el yo pecador viejo es considerado muerto, y en modo alguno es reconocido como nuestro verdadero yo. Hay un divorcio completo y eterno, el viejo corazón es a partir de ahora tratado como si no existiera. Más bien. Cristo es reconocido a partir de entonces como el verdadero yo, una vida que es esencialmente pura y divina. Pero aunque totalmente separados de la vida antigua y pecaminosa, el nuevo espíritu está todavía en su infancia, y ante él hay innumerables estadios de desarrollo y progreso. La bellota es tan completa en sus partes como el roble de cien años, pero no está todavía desarrollada. Y así el alma que acaba de recibir a Cristo como su vida y santificación, está tan totalmente santificada y es tan completamente una con Él como lo son Enoc y Juan, pero no tan maduros. Éste es el significado del crecimiento cristiano; no crecemos hacia la santidad, recibimos la santidad en Cristo como una vida completa y divina; completa en todas sus partes desde el principio, y divina, como Cristo lo es. Pero es como el niño cristo en el seno de María, y tiene que crecer hasta la plenitud de la estatura del hombre perfecto, en Cristo.

Ésta es la obra del Espíritu Santo, como madre nodriza, maestro, educador, animador de nuestra

vida espiritual, y es en relación con esto que hemos de aprender a andar en el Espíritu y elevarnos con Él para que cumpla en nosotros «todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder» (2 Ts. 1:11), hasta que podamos alcanzar la plenitud de su propia oración por nosotros. «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, en virtud de la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él por medio de Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Capítulo 7: EL ESPÍRITU DE VIDA

(Ro. 8)

¿Qué es la vida? La pregunta queda sin contestar, sea por la filosofía o la ciencia. ¿En qué consiste la diferencia entre este pájaro que revolotea por el aire, con ala alegre y pecho bruñido, y este montón de plumas, magullado que el cazador sostiene con su mano después del tiro fatal? ¿Cuál es la causa de este cambio terrible y extraño? Hay una corriente que puede dar vida al músculo y al mismbro, pero que cuando cesa de salir de esta batería, todo movimiento cesa y a las pocas horas la carne se rinde al poder de la corrupción, que la disuelve de nuevo a la tierra.

Lo que hace la vida lo sabemos, pero lo que es, la ciencia lo contesta sólo con un signo de interrogación.

Uno de los libros de ciencia más populares, desde el punto de vista cristiano, es el del Profesor Drummond Ley Natural en el Mundo Espiritual, pero quizás el único capítulo que es verdaderamente débil e insatisfactorio es el que trata de definir la vida y la muerte.

La ciencia se está acercando lentamente al verdadero centro que la Biblia nos dio hace mucho tiempo.

Está reduciendo toda la fuerza vital a un principio esencial, quizá la electricidad. La Biblia ha resuelto la cuestión hace muchos años al considerar a Dios como la fuente de vida. «Éste es el Dios verdadero, y la vida eterna» (1 Jn. 5:20). Dios es la fuente de vida, y Cristo es la fuente de Dios para los hombres. La vida de Cristo es la fuente verdadera de vida para las almas y los cuerpos de sus hijos. Esta vida nos es impartida a nosotros por medio del Espíritu Santo, que pasa a ser para el alma que está unida a Él, el medio y el cauce de unión y comunión vital con Cristo, nuestra Cabeza viva. Es así que el Espíritu Santo es el Espíritu de vida en Cristo Jesús, porque Él nos imparte la vida de Jesús. Es especialmente de su parte, en relación con nuestra vida física, que hemos de hablar ahora.

El que podamos vivificar nuestros cuerpos mortales no debería parecer raro, incluso en el sentido más general del tema. Como ya hemos intimado, incluso la ciencia física ha estado aprendiendo, hasta cierto punto, a reconocer la vida, no ya como una materia de elementos externos burdos materiales, sino como de una fuerza vital.

En medio siglo se han cambiado radicalmente los métodos de tratamiento conocidos por la ciencia médica, lo que ha llevado a los médicos a depender mucho más de las fuerzas y recursos naturales, y elementos más sutiles y vitales, para contrarrestar el poder de las enfermedades de lo que hacían.

La influencia del aire y la ocupación, las circunstancias ambientales y las condiciones mentales, todas ellas reciben mucho mayor peso que antes, porque la salud se reconoce como el resultado de fuerzas interiores más que de agentes exteriores. Éstos son claramente aproximaciones hacia la verdad más alta, que la fuente de nuestra fuerza tiene que ser buscada en el poder directo y el contacto de la personalidad espiritual, en la cual «vivimos, nos movemos y somos» (Hch. 17:28).

Ésta es la enseñanza simple y clara de las Sagradas Escrituras, desde el principio al fin, y probablemente nos quedaremos sorprendidos al hallar cuanto se enseña en estas páginas sagradas respecto a la relación del Espíritu Santo con nuestra vida física.

I. LA PARTE DEL ESPÍRITU SANTO EN LA CREACIÓN

Sabemos que el Espíritu Divino es reconocido en las Escrituras como el agente directo de la creación original, y el Espíritu de vida y orden en todo el dominio de la naturaleza y la Providencia.

¡Qué claramente se describe todo esto en el majestuoso salmo de la naturaleza, el ciento cuatro: «Escondes tu rostro, y se espantan; les retiras el aliento; dejan de existir; y vuelven al polvo. Envías tu soplo y son criados, y renuevas la faz de la tierra» (Sal. 104:29, 30).

No obstante, éste es el poder que formó los cielos con sus órbitas de luz, que cubre los bosques y los campos con sus vestidos de gloria multicolor, que anima el bullicioso mundo de la vida animal, que alienta en el hombre el espíritu de vida al principio y todavía sostiene su existencia física, y que ha creado todos estos poderes y capacidades perecederas. ¿Por qué ha de parecer extraño que Aquel que nos hizo nos sostenga, nos restaure, y «avive nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que reside en vosotros»? (Ro. 8:11).

II. LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CUERPO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Tenemos una pauta notable de la vida física en una de las biografías del Antiguo Testamento. Es la historia de Sansón, y su idea es enseñarnos directamente una lección sobre la naturaleza y origen de la fuerza física. El poder estupendo de Sansón no era debido a su organización física en absoluto, sino sola y directamente al poder y presencia del Espíritu Santo, porque en el mismo comienzo de su fuerza se nos dice repetidamente que «el Espíritu del Señor comenzó a manifestarse en él», «el Espíritu de Jehová vino sobre Sansón», etc. (Jue. 13:25; 14:6 y 14:19).

Cuando el Espíritu Santo le abandonó se halló inerme en manos de sus enemigos, pero cuando fue lleno del poder sobrehumano del Espíritu de Dios, se llevó las puertas de la ciudad, o derribó los muros del templo de Dagón sobre los miles de espectadores congregados, enemigos suyos.

La lección de su vida es indudablemente una prefiguración de la gran verdad del Nuevo Testamento de que nuestra vida corporal, así como nuestra vida espiritual tiene su raíz y nutrimiento en Dios; y que, cuando andamos separados del mal y en comunión con Él, «el que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús, vivifica también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros» (Ro. 8:11).

III. LA PARTE DEL ESPÍRITU SANTO EN EL MINISTERIO PERSONAL DE CRISTO

Fue el Espíritu Santo el que obró los actos sobrenaturales del Señor Jesús en la tierra. Jesús no hizo ningún milagro hasta que recibió el Espíritu Santo. Entonces dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón... a poner en libertad a los oprimidos» (Le. 4:18); y cuando sus enemigos atribuyeron sus milagros al poder de Satán, de un modo claro Jesús declaró que los realizaba por el poder del Espíritu Santo, y añadió: «Si yo echo fuera los demonios en virtud del Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt. 12:28). Y entonces les acusó del fatal pecado contra el Espíritu santo en el hecho de que hubieran atribuido sus obras a Satán (v. Mt. 12:31).

Sí, pues, Cristo echó demonios y obró milagros por el poder del Espíritu Santo, y es el mismo Espíritu que todavía habita en la Iglesia y reside en los corazones y cuerpos de los creyentes, ¿por qué ha de parecemos extraño que el Espíritu Todopoderoso, que obró así en el Hijo de Dios, haga en vuestros cuerpos las obras, y los vivifique, como declara nuestro texto?

IV. LA PARTE DEL ESPÍRITU SANTO EN EL MINISTERIO APOSTÓLICO, Y EN EL REVESTIMIENTO PERMANENTE DE LA IGLESIA

No fue hasta que el Espíritu Santo hubo descendido sobre los apóstoles que se les permitió ejercer su ministerio de poder, y hacer las poderosas obras que siguieron, que son directamente atribuidas por Pedro y los otros apóstoles a su obra personal. Pedro cita al profeta Joel en su promesa patente: «En aquellos días derramaré mi Espíritu» (Hch. 2:18), y luego se sigue el anuncio de lo que va a seguir: «Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra» (Hch. 2:19).

Fue después de haber descendido el Espíritu Santo, un poco más tarde que el lugar fue sacudido y leemos: «Y por manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo» (Hch. 5:12). Y es por medio de la continuación de su presencia sobrenatural que los dones divinos han de ser manifestados en la iglesia hasta el fin de la presente dispensación. «Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo» (1 Co. 12:4). «Porque a uno es dada por medio del Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades, en el mismo Espíritu. A otro, efectuar milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas» (1 Co. 12:8, 9, 10). «Pero todas estas cosas las efectúa uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular según su voluntad» (1 Co. 12:11).

De modo que vemos que todos los efectos sobrenaturales del Cristianismo van acompañados del Espíritu Santo. Su misión es perpetuar en la Iglesia las mismas obras que Cristo realizó por medio de Él en la tierra, ya que la Iglesia es simplemente el cuerpo del Salvador ascendido, y el cauce por el cual Él ha de obrar de la misma manera divina; tal como el Maestro dijo cuando lo prometió: «Las obras que yo hago también

Él las hará; y aun hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre» (Jn. 14:12).

¿Por qué, pues, ha de parecemos raro que este bendito Espíritu haga precisamente la obra que vino para hacer y todavía vivifique nuestros cuerpos mortales cuando habita en nosotros?

V. EL MINISTERIO ESPECIAL DEL ESPÍRITU SANTO PARA NUESTROS CUERPOS

En el capítulo seis de 1 .ª Corintios se nos presenta la dignidad y santidad del cuerpo humano en un argumento en contra la impureza en nuestras relaciones sociales. «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?», pregunta el apóstol en el versículo 15;^ luego en el 19: «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo?»

Previamente en esta epístola, ha hallado del ministerio del Espíritu dentro de nosotros en un sentido espiritual —capítulo 3:16, 17— pero aquí se refiere de modo explícito a su unión con nuestra vida física, y con el cuerpo de Jesucristo como sustituto de Dios para la relación física no santa. El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo; y el ministerio del Espíritu Santo es unir nuestro cuerpo al del Señor, y habitar en Él, y mantener la santidad y pureza para Él.

Entendamos claramente que es de nuestra vida física que se habla en este pasaje, no la vida espiritual. Esta vida está también unida a Cristo. Y, sin duda, habiendo tanta enseñanza dedicada a esta porción de nuestro ser, bien nos podemos permitir reclamar estas referencias específicas para lo que fueron dedicadas: nuestra vida física consagrada.

La única manera en que el efecto simple y concluyente de nuestro texto puede ser puesto de lado es intentando aplicarlo a la resurrección futura, como se ha hecho algunas veces. Es bueno por tanto que miremos atentamente su relación, y establezcamos su aplicación verdadera sobre terreno exegético sano. Vamos pues a considerar el capítulo ocho de Romanos, que es

esencial para entender este punto del revestimiento del cuerpo por el Espíritu.

1. La relación general de todo el capítulo deja bien claro que se refiere a nuestra vida física. Una autoridad de la categoría de Juan Cal vino ha demostrado que este pasaje no puede referirse a la resurrección futura, porque el apóstol está hablando, en este lugar, de la obra presente del Espíritu Santo en el creyente, y no es hasta mucho más tarde que avanza hasta las futuras expectativas que nos aguardan a la venida del Señor, sobre lo cual habla después el versículo 18. El tema de este capítulo es el revestimiento bienaventurado del Espíritu Santo en aquellos que se han entregado totalmente a Cristo.

El primer efecto de este revestimiento se nos da en el versículo 2; es la liberación del pecado que nos reviste por medio del revestimiento del Espíritu Santo (Ro. 8:2).

El segundo es el nuevo hábito del Espíritu expresado de modo tan hermoso en los versículos 5 y 6, con la expresión: «Porque los que son conforme a la carne, ponen su mente en las cosas de la carne; pero los que son conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mentalidad de la carne es muerte, pero la mentalidad del Espíritu es vida y paz» (Ro. 8:6). «Los que son del Espíritu, [piensan] en las cosas del Espíritu» (Ro. 8:5).

El tercer efecto del revestimiento del Espíritu es su vivificación de nuestros cuerpos, y esto se describe aquí en el texto.

En el versículo previo el cuerpo ha sido reconocido así como el alma, como entregado a la muerte, y por tanto considerado como muerto, para que en adelante no dependamos sobre su fuerza natural como suficiente; pero en contraste con esto el Espíritu Santo pasa a ser su nueva vida y vivifica nuestro cuerpo mortal, por medio del mismo poder que levantó a Cristo de los muertos.

Esto sigue después en el capítulo, en los versículos 14 y 15.

La bendita guía del Espíritu Santo a través de la experiencia de la vida cristiana culmina al fin

en la realización de nuestra esperanza futura, cuando entraremos en la plena redención del cuerpo en la segunda venida (v. 23), pero incluso en esta plena redención del cuerpo se nos dice en el mismo versículo, que ya tenemos las primicias de los frutos del Espíritu. Esto es, naturalmente, la vivificadora influencia que ejerce el Espíritu, ya en la vida presente, en nuestros cuerpos mortales, y que es el anticipo de la plena resurrección.

Así que el mismo orden de todo el capítulo nos prepara para aplicar el texto a nuestra experiencia presente. Juan Calvino, como hemos indicado antes, lo hace, pero en vez de reconocer que el Espíritu está presente como curación divina, en lo cual el buen reformador no pensó nunca, lo considera como la consagración de nuestros cuerpos al servicio y gloria de Dios, un sentido, naturalmente, que la palabra vivificar no apoya.

2. Esto nos lleva a inquirir en el significado de la palabra «vivificar».

Se requeriría una tergiversación de la palabra, prácticamente, para poder aplicar este término a la consagración del cuerpo, porque literalmente significa revivir, estimular, animar, vigorizar en su fuerza.

El próximo pasaje paralelo en que es empleada es en la misma epístola, unos capítulos antes, en que se aplica (capítulo 4:17) al acto que Dios realizó de vivificar el cuerpo de Abraham, cuando ya había pasado la edad, así como a los órganos vitales de Sara, su esposa, para que Isaac pudiera nacer, cuando la naturaleza ya no lo permitía.

En este caso ni Abraham ni Sara eran muertos, pero su sistema vital estaba exhausto, y fue simplemente revitalizado y renovado.

De modo que la palabra no sugiere una resurrección literal de los muertos, sino un avivamiento y una restauración de la fuerza cuando ha sido agotada; precisamente lo que se hace cuando nuestra salud que falla es renovada, y nuestras enfermedades o dolencias son sanadas por el poder del revestimiento del Espíritu Santo por medio del nombre de Jesús.

3. Esta conclusión se hará todavía más evidente si recordamos que son nuestros cuerpos mortales los que son descritos aquí, no nuestras almas en modo alguno, sino la organización física.

Esto, por tanto, es una operación directa del Espí-/// ritu Santo sobre nuestras funciones vitales, órganos y / salud y toda otra aplicación es contraria al significado simple y natural del pasaje.

4. Que no se trata de la resurrección del cuerpo es cierto por el hecho de que es llamado el cuerpo mortal. Ahora bien, el cuerpo mortal significa un cuerpo que muere, y ciertamente éste no es un cuerpo muerto, y menos aún todavía, no es un cuerpo resucitado, porque los cuerpos de los santos, cuando se levanten de los muertos a la venida de Cristo, no serán cuerpos mortales, sino inmortales, ni «podrán morir ya», según ha dicho nuestro Señor.

5. Toda la inducción de la prueba es coronada por la cláusula «que habita en vosotros» (v. 11).

Ahora bien, esto tiene que significar el habitar presente del Espíritu Santo en nuestros cuerpos mortales. No puede significar nuestro polvo enterrado, porque entonces el Espíritu no va a residir en nosotros. Es un proceso que ahora está ocurriendo mediante el revestimiento presente y la obra interior del Espíritu Santo.

Podríamos añadir a estos pensamientos otro que es importante, sugerido por los términos, «el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús» (Ro. 8:11). Este es el Espíritu de una resurrección física. La resurrección de Cristo de los muertos fue una resurrección física. Su alma no estaba muerta, fue su cuerpo el que fue levantado de la tumba, y si éste es la pauta de la obra del Espíritu en nosotros, tiene que hacer referencia a nuestro cuerpo también.

No hemos comprendido bastante el significado físico de la resurrección de Cristo, o no le hemos dado el peso que le corresponde al hecho estupendo de que Aquel que salió de la tumba ha pasado a ser la cabeza física cíe nuestra vida, y que «somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» (Ef. 5:30), y tenemos derecho a sacar de su glorioso cuerpo la plenitud de su vida y su fuerza, en tanto que lo puedan llevar estos vasos de arcilla, y usarlo para su servicio y su gloria.

De modo que vemos que el Espíritu Santo tiene un ministerio directo para nuestros cuerpos, tal como el cuerpo de Cristo tiene una relación directa con nuestro cuerpo físico. ¿Le hemos recibido así? ¿Le conocemos así? Y, cesando de depender en nuestra fuerza natural, hemos aprendido el bendito secreto: «Él da vigor al cansado, y acrecienta la energía al que no tiene fuerzas» (Is. 40:29). «Los que esperan a Jehová tendrán nuevo vigor; levantarán el vuelo como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Is. 40:31).

VI. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO CON LA FUTURA RESURRECCIÓN

Éste es el punto culminante del simple argumento respecto a la obra del Espíritu Santo en nuestros cuerpos.

Mientras vivifica nuestros cuerpos mortales ahora, nos está esperando un Tabernáculo inmortal y glorioso, que será formado como el cuerpo de su gloria.

Hablando de él, dice el apóstol: «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este Tabernáculo se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha con manos, eterna, en los cielos. Porque también gemimos en esta morada, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; si es que somos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este Tabernáculo gemimos con pesadumbre, por cuanto no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos dispuso para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Co. 5:1-5).

Todo el que conoce el significado de la palabra «arras» no necesita que se le demuestre que es la primera muestra real de la flor y el fruto que luego ha de seguir.

Las arras son el equivalente a una garantía (cantidad dada por el novio a la novia en el casamiento), una promesa, la primera gavilla de la cosecha, como seguridad de lo que viene después. Así las arras de la resurrección son una parte de la vida de resurrección que experimentamos ahora en nuestro cuerpo físico.

El decir que el Espíritu Santo en nuestro corazones es las arras, sería contradecir el mismo significado de los términos, hacer una cosa de una clase diferente, hacer las arras de algo totalmente diverso. El Espíritu en nuestros corazones ahora es las arras de nuestra exaltación espiritual más allá, el Espíritu en nuestros cuerpos mortales ahora es las arras de la resurrección del cuerpo entonces en la inmortalidad física.

Esto es exactamente lo que dice el apóstol en el pa- •• saje paralelo, Romanos 8:23: «Nosotros, también, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.»

Tenemos las primicias de la resurrección y esperamos la plena cosecha, y las primicias son (v. 11): «Si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros» (Ro. 8:11).

Nosotros tenemos todo lo que puede contener el vaso de arcilla ahora; tendremos todo lo que pueda contener el vaso más grande de la gloria, cuando emocionados con el toque extático de su vida, nos elevaremos de los grillos de la tumba y las restricciones de nuestra fragilidad y limitaciones presentes, a la majestad y potencia de su propia vida y poder gloriosos. Entonces, como Él, nuestros pies serán «semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno»; y nuestros ojos «como llama de fuego» (Ap. 1:15, 14). Nuestros cuerpos podrán penetrar a través de las barreras materiales, levantarse encima de las nubes, despreciar las fuerzas restrictivas de la materia y de la naturaleza, poseer los espacios inconmensurables, y participar de sus obras poderosas y divinas; porque seremos como Él, cuando le veamos como Él es.

Pero esto es algo de lo que ya podemos tener un anticipo, cuando el Espíritu vivifica nuestros cuerpos mortales, hasta que podamos echar mano de la gloria de la resurrección.

EN CONCLUSIÓN

¿Cómo andaremos en este Espíritu de vida?

1. Hemos de tenerle como el residente en nuestro corazón; hemos de conocerle por medio de una experiencia espiritual real. Todo en su propio orden; y el nuevo orden es, primero, lo espiritual y luego lo material.

Como Él, que vino del santuario interior del Tabernáculo, saliendo afuera para recibir a su pueblo, lo mismo el Espíritu Santo, todavía tiene el lugar santo del corazón hasta que llena todos los extremos de nuestro cuerpo físico, de modo que la curación divina ha sido llamada el rebosar el Espíritu Santo desde un corazón que no puede contenerle ya y sale en su plenitud y se derrama por todos los cauces abiertos de nuestra vida física.

2. Hemos de reconocer de modo claro la promesa de su residencia en nuestros cuerpos, y reclamarlo en esta forma específica. Toda nueva experiencia tiene que ser captada y luego apropiada; y así hemos de ver que es un derecho de la redención, y entonces extender la mano y tomar del Árbol de Vida y comer y vivir para siempre.

3. Hemos de recibir el Espíritu Santo como un invitado permanente en nuestra carne así como en nuestro corazón.

La palabra residir, en este versículo, es una palabra fuerte. Es el verbo griego «oikeo» y en la última cláusula la expresión más fuerte todavía «enoikeo». Esto significa morar de modo habitual, vivir allí como vivimos en nuestra propia casa, ser un invitado constante, bienvenido, y encontrar su residencia no sólo con nosotros, sino, como expresa el último término, en lo más profundo del interior de nuestro ser.

4. Tenemos que permanecer en Él escuchando ^atentamente su voz, obedeciendo su voluntad, usando su fuerza para su servicio y gloria, y reconociéndole constantemente, y no como mera fuerza natural, sino como la fuente y origen de nuestra vida.

Este hábito se puede cultivar; Dios puede entrenarnos cortando las fuentes y provisiones externas del vigor físico; puede dejar que nuestra vida natural se marchite hasta que hemos de enfermar y morir, como se afirma en el versículo anterior, si Cristo está en nosotros el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero entonces hemos de recordar que el Espíritu es vida a causa de la justicia. Y aunque, como Pablo (2 Co. 4:11) puede parecer que casi somos entregados a la muerte por amor a Jesús, con todo hemos de recibir la vida de Cristo en nuestra carne mortal, y hallaremos que es verdad todavía que lo era en el desierto de Parán, y el yermo de Judea que «el hombre no vivirá sólo con pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt. 4:4).

Capítulo 7: EL ESPÍRITU DE CONSOLACIÓN

«Andando... por la consolación del Espíritu Santo.»
(Hch. 9:31)

Nuestros traductores han dado a la palabra Paracleto, que nuestro Señor aplicó al Espíritu Santo, la traducción de Consolador. Y aunque este término no expresa de modo completo el sentimiento del original, con todo expresa de modo muy hermoso el más bienaventurado de los caracteres y oficios del Espíritu Santo.

El es el autor de la paz. Una doble paz: paz con Dios y la paz de Dios. Encontramos muchas referencias a este doble descanso. «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar» (Mt. 11:28). Éste es el descanso que el alma atribulada recibe cuando va a Cristo en busca de perdón. Pero luego hay un reposo más profundo: «Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; que soy manso y humilde de corazón: y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt. 11:29). Esto se experimenta después de entregar la voluntad a Dios y cuando se recibe la disciplina del Espíritu, de modo pleno. Lo mismo el profeta Isaías anuncia: «Tú guardas en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti confía» (Is. 26:3).

Hay una paz más profunda, de modo que vemos que el Salvador resucitado saluda a los discípulos en el aposento alto con las palabras «Paz a vosotros» (Jn. 20:21), cuando les muestra sus manos y su costado; pero más tarde, sopla sobre ellos y añade una segunda bendición de paz, cuando reciben el Espíritu ’ Santo. La paz de Dios es el efecto del perdón: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 5:1). Éste es el don del Espíritu Santo cuando sella en el corazón la garantía de la obra de perdón de Dios, y da el testimonio de aceptación. Y con todo esto depende de nuestro creer y reposar en la promesa. Hemos de cooperar con el Espíritu Santo. Él da testimonio con nuestro espíritu, no a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. «En el cual, vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados también en él con el Espíritu de la promesa» (Ef. 1:13). «Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en la esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Ro. 15:13). De este modo vemos que hemos de cooperar en el creer.

La paz de Dios es una experiencia más profunda; viene del revestimiento de Dios mismo en el corazón que se le ha entregado totalmente, y no es nada menos que el mismo corazón de Cristo que descansa en nuestro corazón, poseyendo nuestro espíritu e impartiendo en nosotros la misma paz que Él manifestó incluso en la hora terrible en que todos los demás se desmayaban, pero, Él estaba tranquilo y victorioso, delante mismo del jardín y de la cruz. Es el descanso profundo, tranquilo, eterno de Dios, que toma el lugar de la inquietud y turbación de nuestros propios pensamientos, temores y agitaciones. Es la misma paz de Dios, y pasa todo entendimiento y guarda nuestros corazones y mentes por medio de Cristo Jesús nuestro Señor. Es el don especial del Espíritu Santo; a saber, es más bien su estar con nosotros personalmente, como Paloma de Descanso, extendiendo sus alas tranquilas sobre el mar turbulento de la lucha y la pasión humana, y tra-yéndonos su paz permanente.

¿Hemos entrado en su descanso, y estamos andando con Él en el lugar secreto del Altísimo? ¿Qué don es más necesario y delicioso en este mundo de desazón y cambio? ¿Qué daría el mundo por un opiáceo que calmara cuitas y ansiedades, que adormeciera su corazón con un reposo divino así; y con todo, los hombres rechazan el don por que suspiran cuando se lo ofrece el Paracleto de amor y el ala protectora de la Paloma santa, prefiriendo ver sus corazones quebrantados y sus vidas gastadas en la fricción de la lucha y del pecado. Éste es el verdadero elemento del crecimiento y el poder espiritual. «En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza» (Is. 30:15): traernos esto es la misión del Consolador. «Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado» (He. 4:1). «Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga, imitando este ejemplo de desobediencia» (He. 4:11).

II. EL ESPÍRITU DE GOZO

Éste es un manantial más pleno y más profundo, pero el origen del mismo es también el seno del Consolador. El reino de Dios, se nos dice, no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu santo. Éste es también el gozo de Cristo mismo. Es la ocupación del Espíritu el tomar de las cosas que son de Cristo y revelárnoslas. Y así el Maestro ha dicho: «Estas cosas os he dicho para que mi gozo permanezca con vosotros, y para que vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11). «Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo» (Jn. 16:24). Tenemos algún concepto de su gozo. En una hora terrible y espantosa cuando los poderes de las tinieblas se concertaban contra Él para una lucha final, y aun el rostro de su Padre iba a ser cubierto con un velo de deserción y juicio, todavía, Él puede elevarse por encima de sus circunstancias y olvidar sus propias tribulaciones para pensar sólo en los discípulos y decirles: «No se turbe vuestro corazón» (Jn. 14:1).

Como los mártires, después, que en la hoguera en medio de las llamas, daban testimonio de su gozo tan profundo que no se daban cuenta de su agonía externa, lo mismo El fue transportado por encima de su angustia al mismo gozo de la presencia y amor del Padre. Fue esto lo que le permitió sufrir «por el gozo que tenía propuesto delante de Él, la cruz, menospreciando el oprobio» (He. 12:2). No vio el valle profundo y oscuro de la humillación, sino las alturas de la vida de resurrección y la ascensión gloriosa más allá; y fue elevado por encima del presente a una visión de esperanza y al gozo del Señor. Éste es el gozo que Él nos dará. No es nada menos que la plenitud de su propio corazón, latiendo en su pecho y compartiendo con nosotros su bienaventuranza inmutable.

Por tanto, este gozo es totalmente independiente de las circunstancias que nos rodean o del temperamento natural. No es un espíritu de alegría natural, sino una fuente perenne de gozo divino, que brota de fuentes que se hallan más allá de la naturaleza humana. Es la misma unción de la cual el profeta dice de Cristo mismo: «Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros» (He. 1:9).

Ahora este divino gozo es el privilegio de todos los creyentes consagrados. Lo necesitamos para la victoria en los momentos de prueba de la vida. «El gozo de Jehová es tu fortaleza» (Neh. 8:10). Satán siempre trata de sacar ventaja de un corazón deprimido y desanimado. La victoria tiene que ser ganada en el conflicto por medio de un espíritu de alegría y alabanza. Las huestes de Dios tienen que dirigirse a la batalla con cánticos de regocijo. El mundo tiene que ver la luz del cielo en nuestros rostros, si ha de creer en la realidad de nuestra religión.

Por tanto, hallamos que las Escrituras nos exhortan a «gozamos en el Señor siempre» (Fil. 4:4), y «en todo dad gracias, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts. 5:18). Pero el secreto de un amor así tiene que ser un corazón poseído por el Espíritu Santo y rebosando del mismo. «El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz» (Gá. 5:22). No podemos hallar estos manantiales en el terreno del tiempo, pues fluyen del trono de Dios y del Cordero. Pero un alma que permanece en el santuario interior de la presencia del Señor lo conocerá siempre y lo reflejará. No puede ser escondido, como no puede serlo el sol en el cielo, y va a iluminar la vida más humilde y en la situación más atribulada, tal como el sol ilumina la humilde cabaña, o brilla a través de una bóveda oscura, con sólo que encuentre un agujero por el que penetrar. ¿Estás andando a la luz del Señor y lleno de su gozo? Y, ¿puedes cantar:

«Dios es el tesoro de mi alma, fuente de gozo permanente; gozo que nada puede estorbar ni aun

la muerte puede destruir.»?

III. EL ESPÍRITU DE CONSOLACIÓN Y ALIVIO

Es en la hora de la aflicción y la prueba que de un modo especial el Consolador se manifiesta en su ministerio peculiar de consolación y amor. Es entonces que se cumple la promesa que se aplica de modo especial a esta persona de la Divinidad, como la misma madre del alma: «Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros y en Jerusalén tomaréis consuelo» (Is. 6:13).

1. El consuelo implica la existencia de prueba; y la vida más feliz no es aquella que está más libre de aflicción, sino que es la que anda en el Espíritu siempre, la que estará familiarizada con las sendas de sufrimiento y las circunstancias adversas en la vida. En ninguna parte se les promete a los seguidores del Varón de Dolores que se verán exentos de familiarización con los sufrimientos, sino que se les dice que todo elemento de bendición que poseen va a llevar consigo una causa nueva de pruebas. Para ellos el mundo es menos acogedor, como hogar, que para los hijos del mundo, y sus amigos más queridos son los que están dispuestos a entender mal sus vidas y oponerse a sus deseos. A ellos les viene la experiencia de la tentación y el conflicto espiritual, en formas que no le llega al mundano o al pecador, y con frecuencia tienen oportunidad de saber y sentir:

El camino de la pena y sólo éste, lleva a la tierra donde no hay dolor no hay viajero que llegue a ella cuyo camino no esté lleno de abrojos.

Pero todo esto no son sino ocasiones para probar su amor y su fidelidad a Dios. La nube de la tempestad lleva en su fondo un arcoíris, y la lágrima que desciende por la mejilla atrae la mano dulce del Consolador para ser enjugada.

2. El consuelo está en proporción a la prueba. Hay un bienaventurado equilibrio entre el gozo y la pena. A medida que los sufrimientos de Cristo abundan en nosotros, lo hace nuestra consolación en Cristo. El péndulo oscila tanto hacia la izquierda como hacia la derecha. Toda prueba es, por tanto, una profecía de bendición para el corazón del que anda con Jesús. Un santo de Dios hizo notar una vez, cerca del fin de su vida: «Dios me ha dado la impresión que sentía las pruebas que me dio al principio, porque ha tratado de compensarme desde entonces.» Esta es una compensación bendita, incluso aquí, y luego encontraremos que «esta leve tribulación momentánea nos produce en una medida que sobrepasa toda medida, un eterno peso de gloria» (2 Co. 4:17).

3. Los tiempos de prueba, por tanto, son tiempos de eran gozo. Los ruiseñores de Dios cantan a medianoche, y:

La aflicción bajo el toque de Dios se vuelve un rayo brillante, pues las tinieblas muestran mundos de luz que no podemos ver durante el día.

Fue cuando los apóstoles fueron echados de Antioquía por una muchedumbre instigada por personas distinguidas de la ciudad que se nos dice: «Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo» (Hch. 13:52). Incluso cuando la higuera se niega a brotar, y la vid no muestra su acostumbrado fruto, y la naturaleza está envuelta en una sábana mortal, Haba-cuc puede cantar sus mayores notas de triunfo, porque dice: «Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me regocijaré en el Dios de mi salvación» (Hab. 3:18). Pablo habla de estar «entristecido, mas siempre gozoso»

(2 Co. 6:10) una dulzor amarga, pero que saca su quintaesencia de gozo del ajenjo y la hiel, y que no sabe si llorar o cantar, como dice Pascal en una sola frase: «Gozo sobre gozo, lágrima sobre lágrima.»

Oh, es un bienaventurado testimonio de la gracia de Dios y del abundante amor del Espíritu,

cuando podemos elevarnos por encima de nuestras circunstancias y «tener por sumo gozo cuando nos hallamos en diversas pruebas» como dice Santiago (1:2), y «gozarnos cuando somos participantes de los padecimientos de Cristo; para que también en la revelación de su palabra nos gocemos con gran alegría» como nos aconseja que hagamos Pedro en su primera epístola (4:13).

4. Si queremos conocer el pleno consuelo del Espíritu Santo tenemos que cooperar con Él, y gozamos con fe simple, con frecuencia cuando nuestras circunstancias nos intimidan e incluso nuestros sentimientos no dan respuesta de simpatía o de gozo consciente. El contar no es el lenguaje de la poesía o los sentimientos, sino de un cálculo frío y objetivo. Es sumar la columna así: aflicción, tentación, dificultad, oposición, depresión, deserción, peligro, desánimo por todos lados, pero en el fondo de la columna: la presencia de Dios, la voluntad de Dios, el gozo de Dios, la promesa de Dios, la recompensa de Dios. «Porque esta leve tribulación momentánea nos produce, en una medida que sobrepasa toda medida, un eterno peso de gloria» (2 Co. 4:17). ¿A cuánto asciende la suma? El resultado nos lo da Romanos 8:18: «Pues considero que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros.»

Éste es el modo de contar nuestro gozo. Considerada en sí, una circunstancia dada, no puede parecer gozosa, pero contada con Dios, en su presencia y su promesa, hace una suma gloriosa en la aritmética de la fe. Podemos gozamos en el Señor como un acto de la voluntad, y cuando lo hacemos, el Consolador pronto va a poner en su lugar las emociones, e incluso las circunstancias. Los que van a la batalla con cánticos de alabanza pronto se encuentran a la retaguardia con cánticos de alabanza también, y con abundantes motivos para estar agradecidos. Por tanto, digamos con el apóstol: «en esto me gozo, y me gozaré aún» (Fil. 1:18).

5. Los gozos y consolaciones del Espíritu santo son administrados al corazón en su sabiduría infinita y soberana, según su propósito, para nuestro crecimiento espiritual, y con referencia a nuestro estado espiritual o nuestras necesidades o perspectivas inmediatas. Con frecuencia Él envía sus susurros más dulces como recompensa a la obediencia especial en alguna dificultad o prueba. No sólo en el juicio sino ahora mismo, ya, dice el Maestro: «Bien, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu señor» (Mt. 25:21). Este gozo es experimentado aquí, y el siervo bueno y fiel tiene la recompensa de su servicio y una obediencia especial en lugar de la dificultad y la prueba.

A veces, también, los consuelos del Espíritu son enviados para prepararnos para alguna hora de prueba inminente, para que cuando estalle la tormenta nos acordemos del amor del Maestro, y nos sintamos animados y sostenidos durante la hora de prueba, tal como vino el Espíritu Santo y se oyó la voz del Padre en las riberas del Jordán precisamente antes de los cuarenta días de tentación fiera y sombría. Algunas veces, de nuevo, las muestras de amor del Espíritu vienen precisamente después de algún conflicto terrible y agotador; como cuando los ángeles aparecieron después de Getsemaní para consolar al Señor dolorido y cansado. Algunas veces, también, los consuelos son retirados, para evitar que nos apoyemos demasiado en goces de los sentidos y para disciplinamos a una vida de fe simple, y enseñamos a confiar cuando no podemos ver el rostro de nuestro Amado, u oír la música de su voz.

6. Pero hemos de recordar siempre, en relación con nuestras variadas experiencias, que el consuelo y el gozo no han de ser el objetivo o meta de nuestros corazones, sino que el principio de nuestra vida cristiana es la fe simple, y su propósito, obediencia fiel y servicio a nuestro Maestro.

No para goces ni para penas:
Ni en goces ni en penas se halla nuestra meta;

Sino en que mañana nos hallemos más lejos de donde estamos hoy.

La vida que se deja influir por el sol o la sombra, es efímera, y cambia su color como la piel del camaleón, según las circunstancias que le rodean. En realidad la única verdadera fuente de gozo permanente es no hacer caso de nuestras propias emociones y sentimientos y obrar de modo uniforme bajo los dos principios de la fe y el deber. Muchas personas tratan de conseguir emociones gozosas, del mismo modo que comprarían flores en invierno. Éstas son brillantes y olorosas, pero sólo unas horas, pues han sido cortadas, carecen de raíz, y se marchitan al atardecer. Mucho mejor y prudente es plantar la raíz de la planta en un suelo fértil, regarla, esperar, y pronto habrá flores duraderas que abrirán sus pétalos y embalsamarán el aire. Así es el gozo que brota de la confianza y la vida espiritual permanente: dura como su fuente.

Por tanto, aprendamos a no hacer caso de las impresiones que se hallan a la superficie de nuestra consciencia, y de modo firme andemos en comunión y según la voluntad del Espíritu divino, y de esta forma crecerán en nuestro corazón y vida, las raíces de la felicidad y todos sus bienaventurados frutos de gozo y consolación. Con frecuencia, por tanto, Dios retira durante un tiempo el gozo consciente, para probamos y desarrollar en nosotros la fe que confía en Él, y le ama por Él mismo, más bien que por lo dulce de sus regalos.

Una amiga querida se me quejó una vez de que su gozo espiritual la había abandonado, y que su corazón era como una piedra. No parecía haber desobediencia en su vida, ni había defecto en su fe, y sólo pude encomendarla al Maestro para toda la enseñanza que necesitara recibir. Unos días más tarde volvió con el rostro radiante para decirme que todo había terminado. «La oscuridad —dijo— continuó hasta que le dije al Señor que si quería que confiara en Él en la oscuridad y soportara esto para El, estaba dispuesta a hacerlo en tanto que Él quisiera que continuara. En el momento en que cedí mi voluntad y Él la aceptó, la aurora celestial estalló en mi alma, y entró de nuevo la luz con toda su alegría, y sé que Él sólo quería probarme para enseñarme a confiar en Él por amor a Él, y andar con fe, no por vista.»

Deleitémonos en el Señor, y Él nos dará los deseos de nuestro corazón. Que nuestro objetivo supremo sea agradarle y glorificarle, y hallaremos que «glorificar a Dios» es «gozar de Él para siempre». Elevémonos por encima incluso del gozo del Señor al Señor mismo, y teniéndole a Él, será verdadero siempre en nosotros: «Os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo» (Jn. 16:22). «Para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11). «No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque Jehová te será por luz perpetua, y los días de tu luto se habrán acabado» (Is. 60:20).

Capítulo 9: EL ESPÍRITU DE AMOR

«Andad en amor.» (Ef. 5:2)
«El fruto del Espíritu es amor.» (Gá. 5:22)

Nos ha llegado una leyenda que cuenta que cuando el apóstol Juan era muy anciano, y esperaba la llamada del Maestro, acostumbraba levantarse en su pulpito de la iglesia de Éfeso, cuando llegaba el Día del Señor, y mirando tiernamente los rostros de los congregados, les decía simplemente: «Hijitos, amaos unos a otros» y se sentaba. Y cuando los hermanos le preguntaban por qué no decía nada más, contestaba simplemente: «No hay nada más que decir; esto es todo, porque "El que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él"» (1 Jn. 4:16).

Sin duda Cristo y sus apóstoles han puesto al amor, si no en un lugar único en el círculo de las gracias cristianas, por lo menos en el lugar supremo. Fue el nuevo mandamiento que Cristo dejó a sus discípulos, y al cual se refiere Juan de modo exclusivo en su epístola, cuando dice: «Sus mandamientos no son gravosos», y «éste es su mandamiento, que creáis en el nombre de su Hijo Jesucristo y que os améis los unos a los otros, tal como Él nos mandó.» Pablo también declara: «El amor es el cumplimiento de la ley» (Ro. 13:10) por tanto, el que ama a otro ha cumplido la ley. Y Cristo mismo ha declarado que toda la ley se cumple en una palabra, a saber: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ro. 13:9).

Alguien ha analizado de un modo hermoso el fruto del Espíritu, de Gálatas 5:22, y ha mostrado que todas las gracias que se mencionan allí no son sino formas diversas del mismo amor. El apóstol no está hablando de varios frutos, sino de un solo fruto, el fruto del Espíritu, y las diversas palabras que siguen no son sino Frases y descripciones de este fruto, que es el mismo amor. El gozo, que es el primero que se nombra, es el amor con alas; la paz, que sigue, es el amor que ha doblado sus alas y está en su nido, bajo las alas de Dios; la paciencia es el amor que resiste y tolera; la benignidad es el amor en la sociedad; la bondad es el amor activo; la fe es el amor que confía; la mansedumbre es el amor que se inclina; el dominio propio es el verdadero amor a uno mismo, y la consideración apropiada a los propios intereses de uno, que es tanto el deber del amor, como la consideración a los intereses de los otros. Así que vemos que el amor es esencial para nuestro carácter cristiano, y verdaderamente es el complemento y corona de todo lo demás.

En el catálogo de los dones espirituales descritos por Pablo en 1.ª Corintios, el amor es llamado como preeminente sobre todos los dones de poder, y el camino mejor; mejor que ser revestido del poder de obrar milagros, o de sabiduría trascendente, sin el cual, todo lo demás, no es sino «metal que resuena o címbalo que retiñe».(1 Co. 13:1).

En la investidura del carácter santo, descrito por el apóstol en Colosenses, después que el vestido viejo ha sido echado a un lado y los nuevos vestidos de santidad han sido puestos, sobre todo el resto se nos invita a poner el amor, que es «el vínculo perfecto», y lo que ciñe a todos los otros vestidos y los mantiene en su lugar e impide que se caigan. Y así, un alma sin amor debe perder incluso la ventaja grande de todos los otros dones, y la fe y el servicio se vuelven inefectivos por falta de amor.. Por tanto, el principal ministerio del Espíritu Santo es enseñamos su lección celestial.

1. Hemos de aprender de Él que el amor no es una cualidad natural, sino un don directo de la gracia divina. La misma palabra amor en su original es caridad o «caritas», que se deriva de la raíz «caris» o sea gracia. De modo que la idea primaria que nos da la palabra bíblica que significa amor es que se trata de un don, no una cualidad natural. Hay mucho amor nacido en la tierra, y sería estrecho y ciego no darse cuenta de las virtudes humanas que vemos adornando los anales de la historia. El instinto exquisito del amor maternal, el tierno efecto de marido y esposa, el amor de hermano y de amigo, los muchos refinamientos y amabilidades del carácter humano, la devoción del patriota a su país, v del filántropo a los que favorece, todos éstos son efectos santos, que no queremos ni debemos pasar por alto. Pero el amor humano tiene sus limitaciones.

El amor que el Espíritu Santo enseña no está confinado a ninguna clase o condición, sino que, como el amor de Dios mismo, es capaz de alcanzar y abrazar no sólo al extraño y forastero, sino también al que no es digno, que no ama y no puede ser amado, y aun al peor y maligno enemigo y al objeto menos apropiado. No es nada menos que el mismo corazón de Dios infundido en nuestro corazón. Es el amor de Dios mismo impartido en nosotros por medio del Espíritu Santo. No podemos sacarlo de un corazón egoísta como el nuestro, o a base de trabajo hacerlo aparecer, con el esfuerzo de nuestra voluntad; tiene que venir de arriba, del mismo corazón de Dios, y ser derramado en nosotros por el mismo Espíritu Santo. Este hecho deleitoso hace el ejercicio del amor una posibilidad incluso para el corazón más frío y más duro. Es un don de gracia, por lo que está disponible a todos, y sólo tenemos que comprender nuestra necesidad, rendimos sin reservas a Dios, estar dispuestos a recibirlo y ejercerlo y salir adelante para cumplirlo en su fuerza. Y como es un don, no implica mérito alguno por parte del que lo recibe, porque no es nuestro amor, sino la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien debe ser siempre toda la gloria.

2. El amor de Dios tiene que ser fundado, como toda otra gracia espiritual, en el ejercicio de la fe. El apóstol Juan, que entendía el tema mejor que nadie más, nos da la simple filosofía del amor en estas palabras: «Amamos porque Él nos amó primero» (Jn. 4:19); y «nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros» (1 Jn. 4:16). Hemos de creer, sin vacilación, en el amor personal de Dios antes de que podamos amarle en retorno. Una sola sombra de duda en el corazón respecto a esto va v a encapotar todo el cielo. El espíritu de confianza implícita en Dios siempre nos va a conducir a un espíritu de amor filial; y si amamos al que los engendra, también vamos a amar a aquellos a quienes El ha engendrado.

La fe es verdaderamente el cauce de toda bendición espiritual; de ahí que el apóstol Pedro haya dicho: «Añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio» (2 P. 1:5, 6); y todas las otras gracias. De aquí, también, que los apóstoles, cuando Cristo les dio instrucciones sobre la profundidad y la altura a que debían extender el perdón de los agravios, exclamaron: «Señor, auméntanos la fe» (Le. 17:5). No dijeron, aumenta nuestro amor, porque parece que habían aprendido que si tenían la fe que debían poseer, de modo inevitable poseerían el amor. Esto es verdad. La fuente del amor siempre brota de la misma altura o nivel que ha alcanzado la fe.

3. A fin de recibir este don celestial, el alma tiene que rendirse totalmente a Cristo, y recibir el Espíritu Santo como una presencia permanente para traer al corazón la vida de Jesucristo, y escribir la ley del amor sobre el corazón según los términos del nuevo pacto. «Pondré mis leyes en la mente de ellos, y las inscribiré sobre su corazón» (He. 8:10), es la promesa de este nuevo pacto. Esta ley no es nada más que el amor, porque el amor es la sustancia de la ley, y el Espíritu Santo vino en el día de Pentecostés, como el espíritu de poder y de obediencia.

Entramos, pues, en este nuevo pacto, cuando recibimos al Espíritu Santo como nuestra vida personal, y guía y fuerza que nos revisten. Y Él trae a nuestro espíritu la presencia permanente de Jesucristo, uniéndonos a su persona de una forma tan íntima y perfecta que recibimos su mismo vida en la nuestra, y amor en su amor, y vida en su mismo ser. A fin de que esto pueda ocurrir, naturalmente tiene que haber una renuncia a nuestra propia vida y voluntad, y la consagración completa de nosotros mismos a Él. Entonces recibimos a Cristo de modo permanente, y toda nuestra vida en adelante es por medio de la virtud de su unión permanente con nosotros. Éste es el verdadero secreto del amor divino.

Un distinguido evangelista francés se convirtió a Dios mientras predicaba sobre el texto: «Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y con toda tu fuerza» (Mr. 12:30). Hallando mientras estaba predicando su propia incapacidad

Para corresponder a estas demandas de amor, se vio orzado a apoyarse, incluso durante su predicación, en el Señor Jesucristo para que le ayudara en su impotencia para hacerlo, y públicamente reconoció ante su auditorio que sólo había una manera por medio de la cual él podía recibir la ayuda para obedecer esta ley suprema, la gracia del Señor Jesucristo. En resumen, el secreto del amor es el mismo que el de las otras gracias: «No ya yo, sino cristo vive en mí» (Gá. 2:20). Y esto es lo que Él está esperando hacer para todo corazón dispuesto.

4. Pero es en el ejercicio del amor en nuestra vida cristiana práctica que hemos de aprender las principales lecciones para andar en el Espíritu. Nuestro Maestro celestial nos conduce en detalle por la disciplina bendita, aunque a veces penosa, de la escuela de la experiencia, y nos solidifica no sólo en los principios, sino también en la práctica más difícil de esta gracia celestial. Una de las directrices más frecuentes es ponemos en una situación en que se nos requiera ejercer un amor que no poseemos. Nos vemos confrontados por circunstancias que ponen gravemente a prueba nuestro espíritu. Quizás algún desaire o agravio que nos hacen, o nos hallamos asociados con personas de carácter difícil y desagradables para nosotros, o bien oímos de alguna prueba que sabemos está a punto de pasar algún enemigo y nos sentimos tentados a considerar que la merece y que no hace sino sufrir el juicio que se na acarreado sobre sí mismo, cuando, al contrario, el Espíritu nos está simplemente enseñando que no hemos de juzgar a otros, ni aun albergar pensamientos de condenación, sino más bien orar por ellos y conseguir nuestra victoria de amor.

Y con todo no está dentro de nuestro poder hacerlo; nuestro egoísmo o nuestro orgullo se entremete, enjuicia, rehúye el trato desagradable, se siente tentado a complacerse en la calamidad de otro, y al mismo tiempo es plenamente consciente de condenación y humillación, a causa del ignominioso fallo en la gracia del amor. Ve el estándar divino: «El amor todo lo sufre, es amable, es servicial, no tiene envidia, no es jactancioso, no se engríe (1 Co. 13:4), y se da cuenta de que no puede hacer estas cosas. Hay un penoso conflicto, quizás una lucha con el yo, y se levanta con vigor el viejo espíritu de prejuicio y malicia; y entonces exclamamos: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Ro. 7:24).

Es precisamente en este punto que Cristo se nos revela como la fuente de victoria y el espíritu de amor. Y cuando desde nuestros corazones le miramos, y nos aferramos a Él en nuestra impotencia, hallamos que su amor es suficiente, y el corazón descansa dulcemente y se llena de sus pensamientos, su mansedumbre, su paciencia, su perdón, y somos «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad» (Col. 1:11).

Parece con frecuencia muy extraño a aquellos que ya se han entregado a Dios que deban ser

echados en medio de circunstancias que les prueban más fuertemente que nunca, y que las cosas rectas que intentan parezcan más difíciles que antes; pero es simplemente a manera en que Dios nos hace aprender la lección, mostrándonos nuestra propia necesidad, y echando sobre nosotros su poder y su gracia. Cuando hemos aprendido la lección, la dificultad es quitada siempre o hecha más fácil. Es una gran cosa reconocer en nuestras pruebas no ya obstáculos que vienen a aplastarnos, sino maestros con quienes nos hemos encontrado para traernos lecciones más profundas, y de mayor bendición.

Otra manera por medio de la cual el Espíritu nos enseña el ejercicio del amor, es mostrándonos los pensamientos de Dios con respecto a nosotros mismos, enseñándonos, a ver a las personas, no tanto en el carácter de su presente impotencia y poco valor, sino como Él hace, en su relación a Cristo, y especialmente a la luz de lo que su gracia está obrando en ellos, y lo que se va a desarrollar finalmente en su carácter futuro. Dios mismo nos mira, no como somos, sino como somos para Cristo, y nos ama, no por amor a nosotros, sino por amor a Cristo, y por causa de sí mismo, porque hay algo en Él que no puede evitar amar, incluso a lo que no atrae al amor. Y entonces, Dios siempre mira más allá de nuestro presente al ideal futuro, que su amor tiene para nosotros, y a lo cual nos lleva. Dios nos ve, no como somos hoy, sino como vamos a ser cuando haya realizado el propósito de su gracia en nosotros, y resplandezcamos como el sol en el reino de nuestro Padre. Y si queremos como Él mirar a los otros, no en nosotros mismos, sino en Cristo, no en el presente, sino a la luz del futuro glorioso, los amaremos con Él los ama, y seremos elevados sobre todo lo que nos pone a prueba y una victoria de fe y de amor. Si verdaderamente creemos en el propósito de la gracia de Dios para nosotros, haremos lo mismo con respecto a ellos.

No hay nada más hermoso que este Espíritu de Dios mismo que rehúsa reconocer las faltas de sus hijos. Dice: «Ciertamente son mi pueblo, hijos que no obrarán con falsedad» (Is. 63:8); Él no quería ver sus faltas y pecados. Era una ceguera de amor; la ceguera bendita que Él quiere enseñarnos a nosotros y en la cual hallaremos nuestras victorias más dulces, y nos desprenderemos de la mayoría de nuestras cargas.

Hay una parábola de un viajero que andaba penosamente por un camino, avanzando lentamente porque llevaba una carga desigual sobre sus hombros. Consistía en dos sacos; el uno colgaba en frente, el otro sobre la espalda. En el uno llevaba los actos y las malas acciones de sus vecinos, y como lo llevaba delante, su gran peso, pues lo tenía lleno a rebosar, le hacía inclinar la cabeza casi hasta tocar el suelo, aparte que el mal olor que salía del saco apenas le dejaba respirar. En el saco que llevaba a la espalda llevaba las buenas acciones, pero estaba casi vacío, y no equilibraba 'el peso de delante. Alguien le encontró y trató de persuadirle que cambiara los sacos, y pusiera detrás el que llevaba delante y viceversa, para que pudiera andar con más comodidad. Mientras hablaban, pasó otro caminante que andaba ligero también con dos sacos, uno delante y otro detrás; su cara estaba iluminada con una sonrisa y se le veía contento. Cuando le preguntaron sobre los sacos contestó que en el de delante llevaba las buenas acciones de sus vecinos, y que no sólo no le pesaban, sino que parecían hacerle más liviano el paso. En cuanto al saco que colgaba por la espalda, que se veía flácido y en realidad estaba casi vacío, el segundo caminante dijo que contenía las malas acciones de sus vecinos. El que no hubiera casi ninguna era debido a que el hombre había hecho un agujero en el saco, con lo que al andar, se caían, y así el saco no pesaba nada. Esto hace el viaje más fácil, dijo el caminante.

La mayor bendición del amor es la bendición que nos trae. La maldición más pesada del odio es

la corrosión que realiza en el corazón. Cada vez que nos sentimos tentados a juzgar duramente a otro, y a complacernos en sus calamidades, si oramos por él en vez de caer en aquella tentación, hemos obtenido una bendición para nosotros más rica que la de él. Cada vez que nos entretenemos considerando un agravio, incluso en el pensamiento, estamos vaciando nuestra fuerza espiritual. Por tanto, el amor es no sólo un deber sino que es también vida, y el egoísmo es autodestrucción. Nunca se ha dicho algo más cierto que esto: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para vida eterna» (Jn. 12:25).

Espíritu Santo nos dará siempre la victoria y la gracia del amor, con todo tenemos una parte más solemne para realizar nosotros mismos; hemos de estar dispuestos a escogerla, y esto es precisamente la misma crisis de la derrota. El orgullo y la amargura no siempre están dispuestos a recibir el amor de Dios; algunos prefieren vengarse a conseguir una victoria. No perdonarían, ni aun si pudieran, y el Señor les permite que sigan su camino, y su propio pecado se vuelve su propio vengador.

Con frecuencia hemos hallado incluso corazones cristianos que han dicho: «Yo no quiero amar a esta persona; no tendría amor propio ni dignidad si lo hiciera; en realidad tengo satisfacción en la antipatía que siento por ella. Algunas veces nos ha preguntado un corazón que ha luchado por esta gracia del amor: «¿Por qué nos me da Dios amor?», y le hemos mirado a la cara y preguntado: «¿Lo quieres realmente? ¿Has hecho realmente la decisión de amar a esta persona, y estarías contento en este momento si pudieras tratar con ella, con todo tu corazón, con ternura y dulzura», y entonces esta persona ha consultado con su corazón y ha contestado sinceramente: «No creo que desee esto»; y en aquel momento ha comprendido que no desea realmente la bendición, y es por esto que no la tiene.

¿Hay alguno entre los lectores que se halla en este estado? Querido, detente un momento y considera con solemnidad tu oración más simple, y la primera que aprendiste: «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Hay dos pecados inexcusables: uno es la incredulidad que rechaza a Cristo, el otro es la amargura que rehúsa amar al hermano. Porque Aquel que murió por sus enemigos ha dicho: «Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mt. 6:15). Es en vano que digamos que no podemos amar; Él sabe que no podemos; pero está dispuesto a damos el amor si nosotros sinceramente deseamos recibirlo, de modo que no tenemos excusa.

Hay muchas lecciones en la escuela del amor a las cuales somos conducidos cuando andamos en el Espíritu día tras día. Podremos hallar el amor de Dios mismo derramado en nuestro corazón, y nuestro propio amor a Él será mantenido vivo y vivificado como un homo siempre ardiente. No siempre habrá emoción, pero habrá siempre un propósito de obediencia, que es a verdadera prueba del amor, porque Él ha dicho: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn. 14:15). Y hallaremos que es de modo tan completo su amor, más -bien que el nuestro, que no necesitaremos vigilar si es un sentimiento incierto y pasajero, que siempre estamos a punto de perder, sino que poseeremos en nosotros un principio divino, que brotará cuando lo necesitemos como un gozo de agua, cuyas fuentes están en el mismo corazón de Cristo. Será el amor de Cristo mismo para el Padre viviendo y obrando en nuestro corazón.

Y además, encontraremos nuestros afectos naturales intensificados, y amaremos a nuestros amigos más fervientemente que antes, y con todo más descansados, de modo más puro y más por amor a Jesús y su gloria, y menos por amor a nosotros mismos y nuestra gloria.

Además, hallaremos que nuestros vínculos cristianos son vivificados divinamente y nuestro

amor a los hermanos, será como oleadas del propio corazón de Dios. Comprenderemos el lenguaje de la Biblia cuando habla de nuestra comunión y unidad cristianas. Nuestros corazones se hallarán unidos en amor, y desconoceremos y entenderemos lo que quería decir Pablo cuando hablaba de la consolación en Cristo, la comunión del Espíritu, las entrañas de misericordia, el amor mutuo entre los discípulos de Cristo, hasta que realmente será verdad que los lazos de la relación espiritual parecerán más intensos aún que cualquiera de os lazos del afecto humano.

Nuestro amor para las almas será también con ello divinamente impartido y sostenido. Los hombres y las mujeres se hallarán en nuestro corazón como un objetivo, hasta que sentiremos anhelo por ellos con una intensidad de deseo sin paralelo en la naturaleza o la experiencia humana, será un goce supremo el laborar por ellos, ministrar para ellos, sufrir por amor a ellos. Podremos ver cómo nuestras vidas transcurren en antros de maldad, sin que notemos el contacto con lo que nos circunda. Nuestras salas de misión llenas de miseria y pecado, y el aire fétido del aliento, los harapos, y la contaminación moral de los que a ellos acudan, nos parecerá como la puerta del cielo. El gozo se irradiará en nuestro rostro, y dará alas a nuestros pies para llevar los mensajes del amor. No habrá tarea que sea demasiado difícil, ni pecador que no sea atractivo a aquel cuyo corazón está así poseído por el corazón de amor del Salvador.

El amor hará que la madre haga para el hijo tareas monótonas y sufra penas y agonías que nunca podrían ser compensadas con un salario, y el amor a las almas le dará aliento, estímulo y deleite en todo su ministerio. «La prisión era para mí como el hogar», escribió John Bunyan, el lugar que el amor de Dios había transformado en un paraíso; y «escribí porque el gozo me hacía escribir», fue su explicación del libro que ha hechizado una generación tras otra. Y este servicio para Cristo, y sólo esto, nos sostendrá en medio de la tarea y el sacrificio, en medio de un ambiente de miseria y de pecado, este amor sólo puede darlo el Espíritu Santo, y Él lo dará gratuitamente a todo aquel que con un corazón consagrado le recibe plenamente. Éste es el espíritu de su propio ministerio.
Durante diecinueve siglos el Espíritu Santo ha residido en un hospital de leprosos morales, y nada podría haberle retenido en tales escenas repulsivas de pecado de no ser un amor más fuerte que nada conocido por los mortales. Esta tierra ha sido el hogar que ha escogido, y el corazón de hombres pecadores su morada voluntaria; y Él va a derramar este mismo amor en cada corazón que le reciba.

Amado, ¿no abriremos todo nuestro ser a su celestial poder y no entraremos en toda la plenitud del amor de Dios? Ésta es la naturaleza divina; ésta es la sustancia del cielo; ésta es la esencia de toda santidad y felicidad permanente; y esto es lo que el Espíritu Santo anhela enseñar a todo discípulo que esté dispuesto a aprender. Así que recibámosle, y andemos en El, y con ello, «andemos en amor» (Ef. 5:2).

Capítulo 10: EL ESPÍRITU DE PODER

«Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.» (Hch. 1:8)

El mundo está descubriendo, incluso en el campo de la ciencia, que el poder no se mide meramente por fuerzas mecánicas y materiales. Hubo un tiempo en. que la fuerza de un ejército podía estimarse por el número y calidad combativa de sus soldados, pero hoy, bastaría una pequeña batería de artillería para destruir toda la falange del ejército dé Nabucodonosor, Alejandro o César.

Las murallas de Babilonia no resistirían un mes contra las minas y proyectiles de la ciencia militar moderna. La mano de un niño fue más poderosa que las rocas colosales de la Puerta del Infierno. El poder de los rayos de sol es mayor que el impulso de un iceberg. Un solo chorro de gas puede mover el mecanismo de una máquina cuando es aplicado debidamente, y nosotros nos estamos aproximando a algún conocimiento de la gran fuerza fundamental de la electricidad, que quizás algún día se demostrará que es la forma principal de fuerza material en el universo natural. Naturalmente, sabemos que el poder pertenece a Dios, y que el Espíritu Santo, el ejecutivo de la trinidad, es el que dispensa el poder divino y es su agente.

Por ello nuestro Señor al partir dijo: «Recibiréis poder, después que el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros» (Hch. 1:8). Él es el poder personal, y cuando le recibimos también recibimos poder para hacer su voluntad y su obra.

Vamos a considerar primero la naturaleza del verdadero poder espiritual.

1. No es una fuerza intelectual. Hay fuerza en la mente humana. El hombre puede mover a su prójimo con la elocuencia y la persuasión, y puede vencer las fuerzas de la materia con su ingenio y su habilidad; pero no es éste el poder que el Espíritu Santo nos da para hacer la obra de Cristo. Con frecuencia es un obstáculo para que obre efectivamente, y no es hasta que la confianza en nuestros pensamientos y razonamientos ha sido puesta de lado que podemos usar «lo necio del mundo para confundir a lo sabio; y... lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte... para que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1:27, 29).

El poder por el cual el orador arrastra a su audiencia, produciendo emoción y entusiasmo profundos, y que es admirado como el dueño de los corazones, no es el poder del Espíritu Santo. El mismo efecto puede ser producido por música deleitosa o una representación espléndida; y las lágrimas del santuario es posible que no sean más santas que las de la ópera o el teatro. Incluso la presentación más lógica de las cosas divinas, que deleita a los oyentes e impresiona su imaginación y entendimiento, puede hallarse totalmente fuera de poder espiritual. De aquí, que algunos de los más espléndidos predicadores clásicos del pulpito cristiano de los pasados dos siglos hayan predicado casi sin resultados definidos espirituales en la forma de conversión de almas.

No es la mera verdad como verdad lo que produce resultados espirituales, sino que es el poder de Dios que la acompaña por medio del Espíritu Santo.

2. No es el poder de la organización o de los números.

Gran parte del poder del Cristianismo hoy en día es el resultado natural de fuerzas organizadas. Más de una iglesia con mucho éxito debe su prosperidad, en gran parte, al hecho que es dirigida conforme a los principios con que se dirigen los negocios; y su influencia se deja sentir ampliamente en los elementos sociales que la constituyen, el número de asistencia a la misma, o la maquinaria

efectiva que la mueve, pero todo esto no implica poder espiritual alguno en sí.

No nos confundamos. La buena organización no es incompatible con el poder espiritual; el Espíritu Santo puede obrar por cauces de trabajo ordenado y sistemático, pero todo esto puede existir de modo completo y no tratarse más que de un simple club religioso o de maquinaria eclesiástica.

Un ministro puede edificar su iglesia como un hombre edifica su negocio, y la ambición que realiza su espléndido ideal puede ser precisamente de la misma clase que se encuentra y consuma en las grandes empresas financieras de nuestra época. No hay poder más perfectamente organizado en el mundo que el Romanismo. Su maquinaria es soberbia, pero no sabe lo que es poder espiritual.

Goleridge ha descrito un cuadro en el Antiguo Marino, de un barco de la muerte que va a la deriva por el océano, y cuya tripulación está formada por hombres sin vida; un muerto en el timón, un muerto en el aparejo, un muerto en el puente, un muerto en la cubierta, que va deslizándose en silencio sobre el azul del mar. Alguien ha dicho que la iglesia formal es un barco de la muerte, con toda clase de formas de vida, pero sin vida; un muerto en el púlpito, y muertos en os bancos, mientras que la voz del cielo se queja con tristeza: «Porque tienes nombre de que vives y estás muerto» (Ap. 3:1).

Algunos escritores sienten apego a citar estadísticas sobre el Cristianismo, y hablan de cuatrocientos o quinientos millones de cristianos nominales. Si de ellos sacamos los que pertenecen a las partes caducas y muertas de la iglesia papal y los miembros de las iglesias nacionales protestantes que se hallan en las mismas condiciones, y todos aquellos que no profesan en la iglesia a base de su conversión personal, lo sustraído alcanzaría cifras impresionantes, y quedaría un remanente más bien pequeño que podría ser considerado auténticamente cristiano. ¿Cuántos quedarían todavía que admitirían que no saben nada del poder del Espíritu Santo? El poder espiritual puede operar sin una base organizada; como el torrente, es muy probable que rebase las riberas y barreras y arrastre a la Iglesia de Dios, sin consideración de formas ni formalidades.

En nuestros propios días Dios se ha complacido en alto grado en darlo a hombres y mujeres que no son miembros del círculo formal del ministerio ordenado, pero que han sido escogidos por Dios en parte porque no representan ninguno de los elementos que generalmente están conectados con el poder. Podemos recibir este poder sin que nuestras circunstancias tengan que ver con ello, y así la Iglesia más débil, el obrero más aislado, el ministro de Cristo menos influyente, puede pasar a ser un instrumento de bendición para toda la Iglesia de Dios.

I. ¿QUÉ ES PODER ESPIRITUAL?

1. Es el poder que redarguye de pecado. Es el poder que hace que los oyentes se vean como Dios los ve, y los humille hasta el polvo. Hace que la gente salga de la casa de Dios no sintiéndose mejor, sino peor; no siempre admiran al predicador, sino que a veces se sienten tan escudriñados que han hecho la resolución de no volverle a escuchar más. Pero saben en lo más profundo de su alma lo que es recto y lo que no lo es. Es el poder de convicción; el poder que despierta la conciencia y hace decir al alma: «Tú eres aquel hombre» (2 S. 12:7); es el poder del cual habla el apóstol en relación con su propio ministerio, «por la manifestación de la verdad recomendándonos a nosotros mismos ante toda conciencia humana en la presencia de Dios» (2 Co. 4:2).

Los que poseen este poder no siempre" van a ser predicadores populares, pero serán siempre obreros efectivos. Algunas veces el oyente va a pensar que hablan para ellos, y que alguien les ha comunicado sus pecados secretos. Hablando de estos sermones, uno de nuestros evangelistas dijo que se sintió tan indignado con el predicador bajo el cual se convirtió, que le esperó algún tiempo a la puerta con el propósito de apostrofarle por haberse atrevido a exponerle de la manera que lo había hecho, pensando que alguien le había delatado a él.

Ambicionemos poseer este poder. Es el mismo sello y marca del Espíritu Santo en un ministerio fiel.

Después de algunos sermones evangelísticos de Mr. Moody se dice que han sido devueltos millares de dólares, de modo anónimo, o personalmente, a sus legítimos dueños. Han sido despertadas las conciencias de estos hombres; el poder de Dios les ha puesto a la picota y ante el tribunal de justicia.

2. Es el poder que levanta a Cristo y le hace real para que lo capte el oyente.

Algunos sermones dejan en la mente una vivida impresión de la verdad; otros dejan en la menté el cuadro del Salvador. No se trata ya de una idea, sino de una persona. Esto es verdadera predicación, y éste es el ministerio más bendecido por el Espíritu Santo y el que prefiere. Al Espíritu Santo le gusta dibujar el rostro de Jesús en líneas celestiales y cada párrafo del sermón es como una faceta de su cara de hermosura y su corazón de amor.

Cultivemos este poder, porque lo que el mundo hambriento e inquieto, es lo que está buscando para conocer al Salvador. «Quisiéramos ver a Jesús» (Jn. 12:21) es el grito que se oye todavía; y la respuesta es: «Si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Jn. 12:32).

3. Este poder lleva a los hombres a hacer decisiones.

No es meramente que saben algo que no sabían antes, que hayan conseguido nuevas ideas y conceptos de la verdad, que se llevan para recordarlos y reflexionar sobre ellos, o incluso que sientan en su interior grandes emociones religiosas, sino que el poder del Espíritu siempre los impele a la acción, la acción decisiva, positiva.

Esto es la mejor prueba del poder. Era la prueba de la antigua elocuencia; era la gloria de Demóstenes que bajo otros oradores las multitudes vitoreaban al orador; bajo su lengua incomparable se olvidaban de Demóstenes y gritaban a una voz: «Vayamos a pelear contra Felipe.»

El poder del Espíritu Santo dirige a los hombres a decidir en favor de Dios, y los alista contra Satán, para renunciar a sus hábitos pecaminosos, y para hacer decisiones grandes y permanentes.

El Señor nos conceda que hablemos en su nombre del tal forma, en demostración del Espíritu y poder, que el resultado sea, como Pablo mismo expresa en sus escritos a los Tesalonicenses:

«Nuestro evangelio no llegó a vosotros solamente en palabras, sino también en poder» (1 Ts. 1:5), y «os convertiréis a Dios abandonando los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero; y esperar de los cielos a su hijo... quien nos libra de la ira venidera» (1 Ts. 1:9, 10).

II. LOS ELEMENTOS Y ORÍGENES DEL PODER

1. Es el poder de Cristo. Es su obra personal que obra a través del cordero y en el oyente. «Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra», dice, y también, «he aquí estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28:18, 20).

El poder no nos es dado a nosotros, sino a Él, y nosotros estamos reconociendo su presencia viva y perpetua, y contamos con su obra directa. Si, por tanto, queremos tener este poder, hemos de unirnos personalmente a Él y tenerle como una presencia permanente. Dios no quiere glorificarnos a nosotros y mostrar al mundo cuán importantes somos, sino glorificar a su Hijo Jesucristo, y sostener su poder y gloria.

2. Es el poder del Espíritu Santo.

Él es el agente que revela a Cristo y manifiesta su poderosa obra; por tanto, el poder está directamente relacionado con el Espíritu personalmente, en la misma promesa de Cristo respecto al Consolador. «Y cuando Él venga, redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Jn. 16:8). No se nos dice que nosotros redargüiremos, sino que Él redargüirá, obrando tanto en el obrero como en el corazón del oyente.

De modo que en la promesa de Cristo hecha antes de su ascensión, dice: «Recibiréis poder después que el Espíritu Santo venga a vosotros» (Hch. 1:8); no es poder a través del Espíritu Santo, sino que es el mismo poder del Espíritu Santo en persona.

En la enumeración de los dones del Espíritu (1 Co. 12), que tenían que permanecer en la Iglesia del Nuevo Testamento, todos están directamente relacionados con la obra personal del Espíritu Santo. «A otro, fe, en el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades... a otro el efectuar milagros... (1 Co. 9, 10); pero para que en ningún caso el poder sea conectado con la persona en algún sentido personal, se añade: «Todas estas cosas las efectúa uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular, según su voluntad» (1 Co. 12:11).

La historia de la Iglesia cristiana no tiene una característica más sorprendente que la relacionada con el fenómeno del Espíritu de poder. Todos los que han sido usados por Dios para la conversión de almas, y para edificar el reino de Cristo, han reconocido su bautismo personal como el secreto de su poder. Fue después que el Espíritu hubo descendido sobre Pedro en Pentecostés que fueron convertidas tres mil almas con un mensaje muy simple. Fue su verdad de fuego que hizo a George Whitefield el poder de Dios para la salvación de muchísimos millares. Fue Él quien descendió sobre Charles Finney y sus audiencias, y llenaba toda la ciudad, a veces, donde él ministraba con la Divina Presencia, que las manos se doblaban en los talleres, cesando en el trabajo para pedir misericordia. Es el día en que el Espíritu cayó sobre él, un simple maestro de Escuela Dominical, sin letras, hasta que lloró de santo gozo, que Dwight Moody hace recaer su utilidad sin paralelo. Y muchos obreros, más humildes, pueden contarnos historias similares de debilidad transformada en poder, de ignorancia convertida en el cauce de la enseñanza divina y bendición por medio del poder del Espíritu Santo para una vida y un corazón consagrados.

Honrémosle como la fuente personal de todo poder espiritual, y Él nos honrará sin duda. Él tiene la llave de todo corazón humano. Él es el origen de los pensamientos más altos y de los sentimientos más verdaderos. Él nos ha dado nuestro equipo para nuestro santo ministerio para Cristo, y podemos osadamente reclamar su poder y presencia suficientes.

3. El poder de la verdad.

Cuando estamos unidos a Cristo y acompañados por el Espíritu Santo, el Evangelio es el poder de Dios para salvación. Aparte del Espíritu el Evangelio es solo «la letra [que] mata» (2 Co. 3:6), pero acompañado por el Espíritu Santo está adaptado maravillosa y divinamente para redargüir de pecado, llevar a Cristo y establecer los fundamentos de la fe, la esperanza, el amor y el carácter santo. No es la forma en que presentamos el Evangelio, sino que es el puro y simple Evangelio mismo que es el poder de Dios, los elementos fundamentales del Evangelio, especialmente la gloriosa verdad que Cristo ha muerto por nuestros pecados, y nos ha traído a una justicia y salvación permanente por su resurrección e intercesión.

Es simplemente maravillosa la forma en que Dios usa la sencilla exposición del Evangelio a veces para la salvación de las almas. Los sermones de Pedro y Pablo en los Hechos de los Apóstoles carecen de retórica y aun de elementos formales de lógica. Son simplemente afirmaciones del gran hecho que Cristo ha muerto y ha resucitado para salvar a los hombres, y que aceptando simplemente este mensaje somos salvos. Esto parece necio en su debilidad, realmente, y con todo, una y otra vez Dios ha mostrado que tiene poder para cambiar el corazón humano como ninguna otra cosa puede hacerlo. ¡Cuán estupendos los resultados de Pentecostés, cuando, a millares fueron salvos por la simple proclamación! ¡Qué maravillosos los frutos dondequiera que Pablo lo proclamara, no con sabiduría de palabras, sino, a propósito, con gran simplicidad, a fin de no anular su efecto!

Los primeros misioneros de Groenlandia supusieron que tenían que pasar un largo tiempo preliminar enseñando, preparando a los indígenas a entender el Evangelio, y por ello les enseñaron los principios del Antiguo Testamento, la ley de Dios, etc., pero sin ningún fruto espiritual. Pero un día, cuando el misionero estaba leyendo la historia de Juan capítulo 3, el jefe de la tribu se sintió abrumado de asombro y gozo, e inmediatamente empezó el fruto espiritual, y él y muchos en el pueblo aceptaron con alegría al Salvador de los pecadores.

Uno de los resultados más extraordinarios que ha seguido nunca a un solo sermón, ocurrió durante la predicación de un sencillo evangelista, especialmente en una ocasión en que el sermón era, humanamente hablando, más débil que nunca, sin retórica, sin efectos especiales y consistía simplemente en una afirmación seca, clara y simple de la resurrección de Jesucristo, como base de la esperanza del pecador. Pero el Espíritu Santo usó esta simple verdad para la conversión de un gran número de personas aquella noche, muchas de las cuales han permanecido fieles hasta este día, como monumentos de la gracia de Dios.

Hay en el Evangelio mismo una potencia divina en que podemos confiar plenamente, cuando la presentamos en el poder el Espíritu, para que se vuelva un instrumento para salvación de todo aquel que cree. Tiene el poder de transformar todo el destino eterno del alma, y cambiar todos sus puntos de vista de Dios y sus motivos en la vida.

Asegurémonos de no diluir este poder tratando de mezclarlo con nuestros razonamientos humanos, y tensamos cuidado en no depender indebidamente en la claridad y poder persuasivo de nuestra llamada, y sí solamente en la verdad del Evangelio mismo, y en el poder del Espíritu que la acompaña.

4. Las cualidades personales que el Espíritu produce en los instrumentos por medio de los cuales trabaja.

Porque, si bien el Espíritu es el que obra, prepara al vaso por medio del cual obra, para que sea un instrumento apto para su servicio.

Demos una mirada a algunos de los elementos de poder con los cuales el Espíritu Santo reviste

al corazón consagrado.

a) Quizá la cualidad más evidente en una persona así es la sinceridad; esta fusión intensa de las capacidades del alma y del ser en la obra de uno.

Es el secreto del éxito incluso en los asuntos humanos, pero lo es de modo preeminente en el mismo elemento del poder en los obreros cristianos. Es una cualidad que el oyente descubre de modo distintivo, y cuya ausencia es fatal para la eficacia, al margen de la posesión de todos los otros dones. Su raíz característica es la sinceridad y la limpieza en el propósito. Es lo que hizo decir al Maestro: «Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, y termine su obra» (Jn. 4:34). Fue esto que le permitió exclamar a Pablo: «Si estamos locos, es para Dios; porque el amor de Cristo nos constriñe» (2 Co. 5:13, 14). «Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación» (Ro. 10:1).

Éste era el secreto del maravilloso poder de Whitefield; toda su alma estaba absorbida por su obra. Su solo interés era predicar el evangelio y ganar almas. No había sacrificio que pudiera apartarle o disuadirle de su tarea. Era un entusiasmo constante en él, y lo mismo en cada alma sincera. Éste es el verdadero significado de la palabra entusiasmo, que significa literalmente, Dios dentro de nosotros. Cuando el posesor es el Espíritu Santo, el corazón está siempre lleno de un intenso entusiasmo. El verdadero ministro debería ser a la vez una lámpara ardiente y brillante, y el bautismo de fuego es siempre un bautismo de intensa sinceridad.

b) Otro elemento del poder espiritual es la santidad.

Hay una cierta atmósfera que un alma santa lleva consigo que se comunica a los demás, y que es percibida de modo instintivo, incluso por el desinteresado. Hay hombres y mujeres que despiertan en aquellos que se ponen en contacto con ellos un respeto irresistible, incluso reverencia. El espíritu de piedad, corno la naturaleza de la rosa, se traiciona a sí mismo en la mirada, el tono, el comportamiento, el porte, y despierta una respuesta inconsciente incluso de las personas no piadosas. El hombre bueno fuerza al malo a que le rinda homenaje, aunque éste le aborrezca y le persiga. La misma mirada del santo McCheyne con frecuencia llenaba los corazones de sus oyentes de una extraña solemnidad, el tono con que George Whitefield pronunciaba las palabras más simples a veces hacía llorar a la gente. El impío Chesterfield declaró, después de una visita a Fenelón, que si se hubiera quedado en su casa un día más se hubiera hecho cristiano a pesar de él mismo. Los obreros de las fábricas eran de repente redargüidos de pecado al mismo paso de Charles Finney por la sala en que trabajaban. La influencia de la condesa de Huntington era tal, debido a su simple piedad, que incluso su disoluto rey la respetaba, y decía que estaría contento de poder ir al cielo agarrado a su falda.

Es posible que nosotros, como un barco lleno de especias, llenemos el aire de fragancia al llegar al puerto, y estemos rodeados de una atmósfera del cielo, de modo que sea verdad en nosotros como era de los discípulos: «Para Dios somos grato olor de Cristo entre los que se salvan, y entre los que se pierden; para los unos, olor de muerte para muerte; para los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién está capacitado?» (2 Co. 2:15, 16).

El obrero cristiano y mensajero divino que va a los hombres inmediatamente después de la comunión con los cielos, tendrá, como Moisés, «algo de la gloria sobre su frente, y el mundo nuevamente notará que había estado con Jesús». Se dijo del buen Mr. Aitkin, de Inglaterra, el padre del bien conocido evangelista, que en su presencia siempre se sentía uno como si estuviera rodeado de la presencia de Dios. Parecía que iba siempre acompañado de Cristo, de modo que la gente se

olvidaba del hombre por la sombra gloriosa del Maestro. Éste es el honor y el poder que El va a conceder sobre todo siervo suyo consagrado.

Que sea nuestra mayor ambición el llevar así el sello de Dios sobre la frente, y el testimonio del cielo en nuestra actitud, nuestra mirada, nuestro tono.

c) La fe es otro elemento del poder espiritual impartido por el Espíritu Santo.

Nuestro éxito será en proporción a nuestras expectativas de resultados. El lema de un obrero efectivo a de ser: «Creemos, por lo cual también hablamos»

(2 Co. 4:13).

Un ministro confesó a Mr. Spurgeon que él estaba pensando renunciar a su ministerio, y dudaba si había sido en realidad llamado al mismo, dando como razón el que había trabajado denodadamente durante cuatro años, pero no había visto ningún fruto de su ministerio. Mr. Spurgeon le preguntó simplemente: «¿Ha predicado usted esperando conversiones en cada servicio?» El hombre reconoció que nunca había pensado en esto, pero que las había deseado ardientemente, y se preguntaba por qué no habían venido. «Bueno —dijo el buen ministro—, no las esperaba, por ello no las ha recibido; la. condición que pone Dios para la bendición es la fe; y es tan necesaria para nuestra obra como para nuestra salvación.»

Esto es realmente verdad; no es en proporción de nuestros esfuerzos desesperados que vamos a ver resultados; sino de nuestra simple confianza en el poder de Dios, para honrar su propia Palabra, y trabajar por su propio Espíritu en los corazones de los hombres. La mayoría de los grandes movimientos de avivamiento han empezado así.

Un humilde obrero en el norte de Irlanda leyó la historia de George Müller, e inmediatamente pensó, ¿por qué no he de tener yo la misma respuesta a mi petición por la salvación de las almas? Inmediatamente empezó a orar pidiendo un gran derramamiento del Espíritu Santo sobre su ciudad y su país; pronto se le unió otro, y luego otro, y antes de poco había una inundación de fuego que barrió todo el país, y centenares de millares de almas fueron convertidas a Dios. Fue así que Mr. Finney preparaba siempre su obra. Podemos leer en su biografía que acostumbraba retirarse con un amigo, a veces en el bosque, y se pasaba horas de rodillas hasta que sentía que la bendición y el poder que reclamaba eran concedidos, y entonces salía adelante a la obra, con la tranquila certeza de que Dios estaba allí y sería revelado en todo su poder y gloria, y el resultado era siempre la obra poderosa del Espíritu Santo.

No siempre es el predicador el que ejerce la fe efectiva; a veces es un corazón oscuro y silencioso a quien-nadie va a conocer hasta el día en que sean reveladas todas las cosas.

Un predicador célebre de la Edad Media siempre iba acompañado por un hombre quieto e insignificante, sin el cual él nunca predicaba. El hombre nunca abría sus labios en público y parecía un apéndice inútil. El predicador más tarde explicó que mientras él predicaba su compañero oraba, y que él atribuía los maravillosos resultados de sus mensajes a la intercesión del otro. No hay ningún cristiano que no pueda reclamar y ejercer el mismo poder de Dios, incluso en una forma silenciosa, y se verá en aquel gran día que Dios no ha fallado de dar la recompensa al instrumento real por medio del cual vino la obra divina. Es muy probable que en aquel día se hallará que la voz que hablaba desde el púlpito era sólo una parte pequeña de la obra real que realizó el Espíritu Santo, y que algún santo humilde era el verdadero cauce por el cual descendió el fuego de Dios que redarguyó y convirtió a las almas.

Pero no es sólo para la conversión de las almas que Dios nos da su poder y fe para reclamar su

obra, sino para todo lo que se refiere a su causa, y nuestro ministerio va a afectar todos los aspectos de su obra.

La fe es el verdadero cauce de la eficiencia, simplemente porque la fe es meramente la mano que hace que las fuerzas del Omnipotente se pongan en acción. Él quitar los obstáculos, el influir en los corazones y mentes de los hombres, el reclutar a los obreros, el obtener los ayudadores, la provisión de las necesidades financieras; todos éstos son objetivos para la oración de fe y líneas adecuadas para demostrar la suficiencia completa de Dios. Y si, en vez de pedir ayuda, comprometiendo el honor de Cristo desesperando de las llamadas a la Iglesia y al mundo, el pueblo de Dios creerá más, simplemente, podrían evitarse miles de situaciones embarazosas, y su nombre sería constantemente glorificado en la manifestación de su suficiencia ante el mundo no creyente.

Unos pocos ejemplos estupendos de la fidelidad de Dios en contestar las oraciones de su pueblo en la provisión de dinero y hombres, tales como los que nos muestra la historia del Orfanatorio de George Müller, la Misión Interior de la China y otras obras de fe similares, no son sólo ejemplos aislados, sino demostraciones, al mundo, de que Cristo es capaz de cubrir las necesidades de su pueblo, y muestras del principio que debería regir la obra cristiana; que Dios en todas las cosas pueda ser glorificado por medio de Jesucristo, no sólo en lo espiritual, sino en las necesidades prácticas y temporales de su reino.

d) Amor.

Todavía más necesario es el espíritu de amor como el mismo elemento y carácter de todo verdadero obrero cristiano. «¿Me amas?» (Jn. 21:16), es la primera condición con que los santos cristianos han de ministrar el rebaño de Cristo, y el amor a las almas en el único vínculo que puede ganarlas y nutrirlas, y sostener su propio corazón entre las pruebas y decepciones en la obra cristiana. El amor humano hará de cualquier tarea una delicia. Para el hijo de su corazón, la madre no se cansa ni se desanima nunca, y cuenta los sacrificios que hace por él como su verdadera vida..

Y lo mismo el amor a las almas inspirará y nos sostendrá frente a los desánimos y un ambiente desagradable, hasta que lo más desagradable y ofensivo podrá pasar a ser una delicia para nosotros, y almas en estado de degradación y personas ordinarias pasarán a ser nuestros queridos amigos y serán la pasión de nuestra vida para ganarnos para Cristo.

Una aristocrática de noble corazón murió últimamente en Indiana, la cual tenía un historial extraordinario de éxitos en su trato con mujeres endurecidas. Era la superintendente de una gran institución de su clase, y su influencia sobre ellas era irresistible. Era el resultado del poder del amor. Con frecuencia al recibir * verdaderos desechos por la pasión y la maldad los había abrazado y besado con amor no fingido y con lágrimas de compasión que habrían derretido el corazón de una piedra. Hemos de amar a las personas si queremos hacerles algún bien, pero este amor tiene que ser divino. La mera simpatía humana no llega a las profundidades del corazón, pero el amor que nace de Dios e insufla el Espíritu Santo, siempre halla su camino dentro de la misma ciudadela de la rebelión, y gana almas para Dios.

Un empedernido y brutal criminal era conducido hacia el penal, y se hallaba en la estación de ferrocarril. Estaba sentado en los bancos, con los que le vigilaban, esperando el tren que venía. Una niñita, con su padre, le estaba observando. El corazón de la niña se conmovió ante esta vista extraña, y al fin, a escondidas de su padre, y mirándole directamente a la cara, le dijo, mientras las lágrimas le corrían mejillas abajo: «Pobre señor, me da mucha pena.» El hombre se quedó sobresaltado al comprender su condición; sus ojos brillaron y todo su cuerpo se sacudió de pasión, y la repelió de su

presencia, como si le hubiera insultado, y casi intentó darle un golpe. La niña asustada se refugió entre las rodillas de su padre, con las lágrimas en sus ojos, pero siguió mirándole; al poco se separó de su padre, y volvió a dirigirse hacia el preso y mirándole otra vez a la cara le dijo lentamente: «Pobre hombre, Jesucristo siente pena por usted.» Al instante el hombre se quedó conmovido y pensativo. Este hombre tuvo poder para vencer al demonio en su corazón; su actitud de desafío cedió y pronto empezó a llorar como un niño. Años más tarde, él mismo contó esta historia, cuando vuelto cristiano, un hombre feliz, contaba que este mensaje había partido su duro corazón y no pudo cesar hasta que encontró al Salvador. No fue el amor de la niña, meramente, sino el amor del Salvador en la niña, lo que le venció.

Corremos el peligro de transformar el Evangelio de Cristo y el poder de Dios en sentimiento humano. La mera compasión de la gente, y aun el mostrar simpatía e interés, aunque cueste, no va a salvarles, pero el amor que nace del Espíritu Santo irá tan hondo como la altura de que procede. Si andamos en el Espíritu hallaremos que Él siempre está llenándonos en nuestra obra del amor que vela sobre las almas como una maternidad divina, amando ya antes de conocerles, orando por ellos en el Espíritu antes de haberlos identificado de entre nuestra audiencia; y luego, cuando los tratamos, los reconocemos con una efusión de gozo, como las almas que hemos llevado en nuestro corazón, en la carga de nuestra oración.

Este amor va a hacer que amemos a los seres más repulsivos y hará que las escenas más deprimentes puedan deleitarnos más que los ambientes refinados o de lujo. Ésta es la pasión que ha impulsado a tantas almas de hombres y mujeres nobles a los campos del pecado, hasta que el amor ha atraído, como un imán, a los perdidos y desgraciados y los ha unido para siempre al corazón de Cristo. Éste es el don más dulce y más elevado del Espíritu Santo; el elemento más tierno e irresistible del poder espiritual. Ésta fue la fuerza que atraía a las almas a Jesús, que los atraía con amor. Él era el pastor en el monte, que haciendo frente a los peligros buscaba a las ovejas perdidas; el cansado caminante junto al pozo de Samaria, anhelando rescatar el corazón de aquella pobre mujer, sin ni pensar en la comida ni la bebida; el tierno rostro que miró a Pedro y le derritió el corazón con una sola mirada de amor, y que todavía dice a cada alma rescatada y redimida: «Con amor eterno te he amado; por tanto, te he atraído a mí con mi gracia» (Jer. 31:3)

Éste era el poder del ministerio de Pablo. ¡Cuánto amaba a su rebaño! «Fuimos amables entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos» (1 Ts. 2:7). «Porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne» (Ro. 9:3). Los hombres pueden crear grandes focos de energía en el mundo material. Pero no puede hacer arrancar a las almas: el, medio tiene que ser ardiente y resplandeciente: «Él era una lámpara que ardía y alumbraba» (Jn. 5:35).

é) Tacto.

Esto es difícil de describir. Expresa una especie de sabiduría celestial que no es simplemente una sagaz estrategia, sino un método y manera juiciosa y adecuada, que es adaptada por la enseñanza del Espíritu a los diversos caracteres y que, con sentido apropiado, se vuelve todo a todos, para poder ganar a algunos. «El que gana almas —dice el predicador—, es sabio» (Pr. 11:30). «Os haré pescadores de hombres (Mt. 4:19), dijo el Maestro. «Os prendí con sagacidad» (2 Co. 12:16) dice el apóstol.

La palabra tacto literalmente significa contacto, tocar. Hay muchas maneras de contacto o toque. Hay el toque tierno de una madre que incluso el niño que se está muriendo e inconsciente reconoce, y

hay el toque duro de un herrero o de un policía. No es así que hemos de tocar a las almas con las que estamos tratando de cosas eternas. El que posee el Espíritu Santo tendrá la santa diferencia que hallará su camino para llegar a los corazones, acercándose a ellos con delicadeza, disipando sus prejuicios, tolerante con sus faltas, paciente con su torpeza o lentitud, y haciendo presión para seguir avanzando con prudencia pero también firmeza hacia el objetivo de sus corazones.

Así el Señor atrajo a la mujer en el pozo de Jacob.

Primero, despertó su interés; segundo, desarmó sus prejuicios y ganó su confianza; luego, despertó en ella hambre en el corazón, luego se atrevió a atizar en su conciencia el recuerdo de su pecado, evitando toda controversia sobre doctrinas o religiones, hasta que al fin penetró en su corazón directamente revelándosele como su Salvador.

No hay nada que pueda enseñarnos tacto sino el Espíritu Santo y un corazón lleno de amor para las almas que vigila por su mismo deseo de ganarlas. Es la misma sabiduría del Espíritu santo y el corazón de amor. Sólo hay uno que pueda hacemos pescadores de hombres. Este poder no siempre se manifiesta en un-discurso público o en el trato corriente con las almas.

Él mismo encarga a cada ministro que coseche las gavillas una a una con su mano, como hacen los labradores. Y el que no está dispuesto a buscar y encontrar a los perdidos por medio de su ministerio amante, sabio, nunca va a conocer la plenitud del Poder del Espíritu.

Tenemos que aprender que es imposible tratar ni aun con dos personas a base de los mismos métodos y con principios generales. El mensaje que puede traer bendición hoy en una asamblea puede no dar ningún fruto mañana en otra. La promesa, el incidente, la ilustración que ha ayudado a éste a acercarse al Salvador aplicada como en bloque a otro no surte efecto. En cada caso hemos de ser dirigidos por el Espíritu de sabiduría y de gracia de modo específico, y si confiamos en Él, «nos será dado en aquella hora lo que tenemos que hablar» (Mt. 10:19).

Gracias sean dadas a su nombre que nos ha prometido algo mejor que nuestro pobre y débil sentido común, a saber, el revestimiento divino, el Espíritu de poder y amor y de claridad de mente.

III. LAS CONDICIONES DEL PODER ESPIRITUAL

Naturalmente, la primera condición de todas es que nosotros mismos andemos en santidad y obediencia, agradando al Espíritu Santo en nuestra propia vida. No podemos esperar impartir a otros 4o que no poseemos nosotros mismos. No hay nada que afecte tanto a las almas como la verdadera realidad, y la gente, de modo instintivo conocen si nosotros hemos experimentado lo que estamos predicando.

No hay nadie que tenga el derecho de dar a otros lo que él mismo no ha probado y gustado. La fuerza más poderosa en toda nuestra obra es que todos conozcan y sepan lo que es nuestra vida aparte de nuestro trabajo.

2. La siguiente condición es que trabajemos dentro de los límites escritúrales.

No podemos esperar que el poder de Dios acompañe a un ministro o a una iglesia, que en algún punto se permita entremeterse y enzarzarse con el mundo, o con métodos que son contrarios a las Escrituras. No podemos esperar que dure un avivamiento si viene después de «entretenimiento» religioso, o si va seguido de situaciones de disipación o indiferencia espiritual. La iglesia y el ministro que pueden esperar el fruto máximo y permanente son las que están siempre trabajando en líneas estrictamente espirituales, y en simple acuerdo con la Palabra de Dios.

Hemos de vigilar en no recurrir demasiado a atracciones humanas para hacer venir a la gente a Cristo. Hay un sentido en que es propio el uso del poder legítimo de la música consagrada y los elementos sociales para fomentar un espíritu apropiado y radiante en la obra y adoración de Dios, pero una obra que ha de ser sostenida por medio de recepciones sociales, entretenimiento musical, y manipulaciones espectaculares detrás del público, no puede ser aprobado ni coronado con el poder del Espíritu Santo sino en un sentido muy limitado.

A pesar de estas cosas, Dios hace lo posible con su propia verdad, y los esfuerzos poco acordados de los miembros individuales que son realmente suyos en una iglesia semejante, pero es un estado de confusión triste y con pocas expectativas, y siempre conduce al final a la decepción y a resultados no permanentes.

3. A fin de gozar del poder de Dios tenemos que usar sus propios instrumentos y armas, su Santa Palabra, y un Evangelio pleno, simple y puro. Éstas son las armas de nuestra campaña, que no es carnal sino poderosa por medio de Dios para derribar fortalezas; y si hemos de esperar su poder tenemos que predicar su verdad con fidelidad y plenitud, y prevaleceremos, si la proclamamos en el espíritu de fe y amor.

Hay muchos sermones que no poseen bastante verdad para darles poder para convertir. El Espíritu Santo no puede usar plenamente una mera llamada a lo sensible, incluso al miedo de una audiencia. Un mensajero inspirado debe presentar a Cristo, y a Cristo crucificado, v donde se hace esto, el Espíritu Santo lo hará poder de Dios para salvación, si su obra es deseada, esperada y reclamada.

4. Finalmente nuestro motivo ha de ser puro.

La gloria de Cristo. El mero deseo de poder para

que podamos ser predicadores poderosos y obreros que rindamos, nos llevará a muchas y amargas decepciones. Dios no dará el Espíritu Santo a ningún hombre que deshonre a su propio Hijo. Dará testimonio de Jesús, pero no de un hombre. El yo debe morir, y Cristo ha de ser exaltado, si es que hemos de tener el poder de Dios.

Algunos hombres no pueden resistir muchos éxitos sin que se les suban a la cabeza, y Dios los ama demasiado para ponerles en el pináculo del templo, porque no hay peor caída que la de allí. No hay sacrilegio más peligroso y vergonzoso que el usar los dones de Dios para la glorificación del hombre. No sólo ha de ser todo ministro fiel temeroso de la menor sombra de autosatisfacción, sino que sus miembros o seguidores tienen que guardarle del peligro de que se le idolatre; porque tan pronto como reconocen en él algo que es distinto de Dios, le están haciendo grave daño, y le acarrean humillación y pérdida.

A un viejo pescador le preguntaron cómo había conseguido tanto éxito en la pesca. Su respuesta fue sensata; siempre se había mantenido fuera de la vista de los peces; y muchos ministros pueden hallar una indicación de su propio fracaso en esta simple ilustración.

Cuando Alejandro el Grande entró en posesión de su famoso caballo Bucéfalo se dio cuenta de que el animal entraba en pánico siempre que andaba o corría de espalda al sol, porque su propia sombra, como un espectro, le perturbaba la visión. El héroe al instante saltó sobre la silla, dio media vuelta, y con la sombra detrás, hincó las espuelas en el corcel, y se fue al galope en majestuoso estilo ante el asombro de los presentes. A partir de aquel momento el caballo fue el compañero inseparable de Alejandro y le llevó a muchas victorias. Procuremos que nuestra sombra quede detrás de nosotros, y dirijamos nuestros rostros hacia Cristo, y avancemos en el poder de Dios a un servicio victorioso y al fin a una gloria imperecedera.

Capítulo 11: EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

«Y de igual manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué es lo que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.» (Ro. 8:26)

«Orando en el Espíritu Santo.» (Jud. v. 20)

¡El misterio de la oración! No hay nada semejante en el universo natural. Un ser superior y otro inferior en perfecta comunión. Una relación familiar, y con todo a una distancia como entre lo infinito y lo finito. Más maravilloso aún que si pudiéramos conversar con un insecto o con un pájaro posado sobre las ramas cerca de nuestra ventana. Un maravilloso vínculo es la oración que puede trazar un puente sobre el abismo entre el Creador y la criatura, el Dios infinito y el niño más humilde y sencillo.

¿Cómo se realiza? Las tres Personas Divinas han cooperado todas a abrir las puertas de la oración. El Padre espera en el trono de gracia como el que escucha la oración; el Hijo ha venido a revelar al Padre, y ha regresado para ser nuestro Abogado en su presencia. Y el Espíritu Santo ha venido todavía más cerca, como el otro abogado, en el corazón, para enseñamos el secreto celestial de la oración, y enviar nuestras peticiones en el espíritu verdadero a las manos de nuestro Intercesor celestial. Es de este ministerio que vamos a hablar ahora.

El mismo nombre dado al Espíritu Santo significa literalmente el Abogado, y la ocupación principal de un abogado es preparar nuestra causa en su oficina y la otra es defenderla delante del Juez. Tenemos a toda la Trinidad en favor nuestro. El Espíritu Santo prepara nuestra causa, el Señor Jesús la presenta y el Juez es nuestro Padre. ¡Qué luz más clara v qué inefable consuelo derrama esto sobre el tema de la oración!

Nuestra necesidad de este Abogado es mencionada en nuestro texto de modo impresionante: «Lo que hemos de pedir como conviene no lo sabemos» (Ro. 8:26). Con frecuencia no sabemos los temas sobre los cuales hemos de orar; con frecuencia cuando conocemos nuestras necesidades no sabemos cómo debemos presentarlas. Se expresa mucho con estas palabras. Con frecuencia nosotros mismos desconocemos cuáles son nuestras verdaderas necesidades, y las cosas que más deseamos no son las cosas que necesitamos más. Nuestra mente está cegada por el prejuicio y la pasión; las cosas que pediríamos, pensaríamos más tarde que habían sido un perjuicio y daño para nosotros. Además no conocemos el futuro, y no podemos, de modo inteligente, ver por adelantado las necesidades y los peligros contra los que debemos pedir, mientras diez mil elementos invisibles de peligros, nos rodean continuamente y necesitamos una previsión y una penetración más prudente que la que disponemos nosotros mismos.

El verdadero motivo que busca de modo supremo la gloria de Dios, el espíritu recto que reconoce de modo sumiso y con gozo su soberana voluntad, el profundo y sincero deseo, la fe que se atreve a pedir de modo tan abundante como la medida de la voluntad y promesa del Padre, la paciencia que espera si es que tarda, sabiendo que sin duda vendrá, y no tardará demasiado, la obediencia que se afirma sobre la promesa; todos estos elementos de la oración son operaciones del Espíritu Santo, y no podemos por menos que darle gracias a Aquel que está dispuesto a enseñar a nuestra ignorancia y simplicidad el secreto celestial de la oración. «El Espíritu nos ayuda en

nuestras debilidades...» e «intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Ro. 8:26).

1. El Espíritu Santo nos revela nuestras necesidades. Éste es casi siempre el primer elemento de la oración, un piadoso darse cuenta del fracaso y de la necesidad. La primera instrucción del profeta a Josafat fue: «Haced en este valle muchas zanjas» (2 R. 3:16), y luego, la segunda: «Este valle será lleno de agua» (2 R. 3:17). El corazón tiene que ser surcado por los grandes canales de la necesidad consciente para retener las bendiciones que se aproximan; y ésta es con frecuencia, una tarea penosa, pero: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt. 5:6).

Cuando el Espíritu de gracia y de suplicación es derramado sobre Jerusalén, el efecto es una pena profunda y general: «Y mirarán a mí, a quien traspasaron y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito» (Zac. 12:10). El Espíritu de oración es el espíritu de dependencia, humildad profunda y necesidad consciente.

2. El Espíritu Santo despierta luego en el alma deseos santos de la bendición que Dios está a punto de dar. El deseo es un elemento de la oración. «Por eso os digo que todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis» (Mr. 11:24). Estos anhelos espirituales profundos son como las raicillas por las cuales la planta absorbe nutrición del suelo; como los vasos absorbentes del sistema humano, que absorben y asimilan el aliento. Los deseos dan intensidad y fuerza a nuestra oración, y preparan al corazón para recibir la bendición cuando llega. Dios, por tanto, con frecuencia, tiene a sus hijos esperando antes de darles la respuesta visible a sus peticiones, a fin de que puedan desear la bendición ardientemente, y con ello les permite recibirla con más plenitud y apreciarla con mayor gratitud cuando llega.

Viajando por Italia, con frecuencia nos hicieron serenatas grupos de músicos del país, cuyos dulces acordes eran con frecuencia deliciosos. Pero notamos siempre que, cuando se les pagaba una pequeña cantidad, cesaba la música y se iban. Cuando deseábamos escucharlos durante más tiempo esperábamos antes de hacerles el donativo. Del mismo modo Dios se complace en escuchar los deseos santos y las oraciones fervientes, y muchas veces prolonga la petición porque se deleita en escuchar como oramos y entonces nos da una mayor bendición en proporción a nuestra espera. Con frecuencia tu corazón ha anhelado alguna bendición especial hasta que has estado a punto de sufrir por el deseo. Pensabas que nunca poseerías la santidad para conseguir lo que anhelabas. Pero ahora, cuando miras hacia atrás, ves que esta hambre profunda era sólo el comienzo de tu bendición. Era el lado de la sombra, el Espíritu Santo que despertaba todas las capacidades receptivas de tu ser, para absorberlo cuando llegara.

Una vez vi a un grupo de niños que estaban elevando un globo de papel. Primero, el globo fue construido cuidadosamente de materiales ligeros, y luego se le ató a unos cordeles a unos pasos sobre el suelo. Se le añadió una pequeña lucecita y luego empezaron a preparar la fuerza que iba a impelirle en su ascenso. Ésta consistía simplemente en una pequeña hoguera debajo de la boca del globo y el aire calentado por la hoguera que penetraba en el globo y llenaba su interior expulsando el aire frío del mismo. En un momento el globo se hubo hinchado bastante para ascender y tiraba de los cordeles que le retenían. Cuando el aire estaba bastante caliente sólo hubo que cortar los cordeles, y al instante ascendió el globo por los aires. Así parece al aliento ardiente del santo deseo y el sincero propósito de la oración, cuando es inspirado por el Espíritu Santo, que eleva nuestras peticiones al trono de la gracia, y hace la diferencia entre las meras palabras formalistas, y la «oración eficaz del justo que puede mucho» (Stg. 5:16).

3. El Espíritu Santo pone en el corazón del creyente, dondequiera que reside, la necesidad especial de orar. Leemos con frecuencia en las viejas profecías de la Escritura de la carga u oráculo del Señor. Y todavía el Señor pone su carga sobre sus mensajeros consagrados. Éste es el significado de nuestro texto: «El mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Ro. 8:26). Algunas veces esta carga no es articulada ni inteligible para el mismo que suplica. Quizás alguna sombra pesada reposa sobre su alma, alguna depresión profunda, algún peso que le aplasta, y sólo puede gemir. Con ello puede venir alguna idea definida de necesidad personal, algún mal presentido que nos amenaza, o algún ser querido es presentado a -nuestro espíritu relacionado de alguna forma con esta presión. Cuando oramos por esta cosa o persona de modo especial, parece que se hace luz en el corazón, y recibimos la seguridad de haber coincidido con la voluntad de Dios en nuestra oración. O a veces la carga no es comprendida; y con todo, al oprimirnos pesadamente la sostenemos y presentamos a Aquel que la entiende, y somos conscientes de que nuestra oración no ha sido en vano; sino que Aquel que sabe su significado e impulsa este clamor, está concediendo o que ve que es mejor bajo las circunstancias para nosotros y para otros, según la carga se aplique.

Es posible que nunca sepamos en este mundo lo que esto significaba, y con todo, a veces encontramos que alguna gran prueba ha sido evitada, algún peligro que amenazaba na sido desviado, alguna dificultad vencida, alguno que sufre ha sido aliviado o alguna alma salvada.

No es necesario que lo sepamos siempre. En realidad, quizá no deberíamos saber nunca lo que significa de modo completo cada una de nuestras oraciones. La respuesta de Dios es siempre mayor que nuestra petición, y aun cuando nuestra oración sea definida e inteligente hay siempre un amplio margen que sólo el Espíritu Santo puede interpretar, y Dios puede llenar con su sabiduría y su amor infinitos. Esto es lo que quiere decir el lenguaje significativo de nuestro texto.

«El que escudriña los corazones sabe cuál es la mentalidad del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Ro. 8:27). El Padre siempre está escudriñando nuestros corazones y escuchando, no a nuestros clamores erráticos y con frecuencia fuera de razón, sino a la mentalidad del Espíritu Santo en nosotros, a quien Él reconoce como nuestro verdadero guardián y guía, y Él nos concede según sus peticiones y no meramente nuestras palabras. Pero si andamos en el Espíritu y estamos entrenados a conocer y obedecer su voz, no seremos enviados a ciegos y vanos clamores según nuestros impulsos erróneos, sino que se harán eco de su voluntad y su oración, y de este modo siempre estarán de acuerdo con la voluntad de Dios.

El espíritu sensible pronto aprende a discernir la voz de Dios. Lo que consideraríamos de modo natural una simple depresión del espíritu es reconocido instantáneamente como una indicación de que Dios tiene algo que decirnos, o algo que pedirnos para nosotros o para otros. Con frecuencia nuestras sensaciones físicas llegan a ser intérpretes instintivos rápidos de alguna llamada interior; porque cuando no escuchamos rápidamente la voz de Dios, llama con más fuerza, hasta que el mismo cuerpo siente el dolor y nos advierte que el Señor tiene necesidad de nosotros. Y si fuéramos más observadores hallaríamos que no hay nada que nos venga en ningún momento en la vida que no tenga algún significado divino, y que no nos conduzca de alguna forma a la comunión o el servicio. El de este modo anda con Dios pronto llega a no tener cargas o preocupaciones personales, sino que reconoce que todo es un servicio para Dios o para los otros.

Esto hace del ministerio de oración una responsabilidad muy solemne. Porque si no somos obedientes a su voz, nuestro interés tiene que sufrir, alguna parte de su voluntad es descuidada, alguna parte de su propósito es contrario, por lo menos, hasta el punto que se refiere a nuestra

cooperación. Y quizás, alguien a quien amamos va a perder alguna bendición a causa de nuestro descuido y desobediencia; o nosotros hallaremos que no estamos preparados para el conflicto o la prueba contra la cual Él estaba preparándonos por la misma carga que nosotros no entendimos o llevamos.

Esto es lo que ocurrió a los discípulos y al Maestro en el jardín de Getsemaní. Esta experiencia fue para Él la anticipación de la cruz; y, como recibió la carga y ' de antemano, estaba preparado para las terribles horas que siguieron, y a través de las cuales llegó a la victoria, y con ello redimió al mundo. Pero los discípulos no pudieron velar con Él una hora. Descuidaron la llamada a la oración y durmieron cuando debían estar alerta y orar, y el resultado fue que por la mañana se encontraron sin preparación y su prueba terminó en un vergonzoso fracaso. Sólo la intercesión previa del Maestro en favor suyo salvó a Pedro de un naufragio total, y quizá de un destino tan triste como el de Judas.

Dios ha colocado dentro de nuestro pecho un monitor que siempre está vigilando por las futuras necesidades y situaciones que se avecinan. Por tanto, estemos alerta y obedezcamos su voz, cuando Él nos llama al ministerio de oración, y al hacerlo no sólo nos salvaremos nosotros mismos, sino también a más de un corazón que quizá no es capaz de orar para sí mismo.

4. El Espíritu trae a nuestros corazones, en el ministerio de la oración, el aliento de la Palabra de Dios, las promesas de su gracia, y la plenitud de Cristo para cubrir nuestra necesidad. Es Él quien nos da tales concepciones de Cristo que despiertan en nosotros la confianza de la bendición. Él abre nuestra visión a los recursos infinitos de la gracia de Dios, y nos muestra la rica provisión de la casa del Padre. Él despliega ante nosotros el terreno de la fe en el evangelio y nos enseña a comprender nuestros derechos por la redención, nuestras reclamaciones filiales y nuestro alto llamamiento en Cristo Jesús. Él alienta en nuestro corazón el Espíritu de filiación, y nos inspira la fe que es la condición esencial para la oración eficaz. Y así Él nos lleva a presentarla al Padre, en el nombre del Señor Jesús, no sólo los deseos apropiados, sino en el espíritu apropiado: «por medio de Él los unos y los otros tenemos acceso por un mismo Espíritu al Padre».

Así Él es en nosotros el Espíritu de fe, el Espíritu de adopción, el Espíritu de libertad en la oración, el Espíritu de santa confianza y ampliación del corazón y el Espíritu que da testimonio, el cual, cuando oramos en fe, sella sobre nuestra alma la seguridad divina de que nuestra oración es aceptada delante de Dios y que pronto se va a recibir la respuesta. Tenemos que creer primero, sin embargo, en la promesa de Dios en el ejercicio de la fe simple.

Cuando lo hacemos, el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu y con frecuencia llena el alma con un gozo y una alabanza que es un anticipo de la respuesta, mucho antes de que ésta sea visible. Éste es el mayor triunfo de la oración, el mirar dentro del velo, aun antes de que sean apartadas las cortinas, sabiendo que nuestra petición ha sido concedida; el escuchar las campanillas en la vestidura de nuestro Sumo Sacerdote cuando aún está dentro del Lugar Santísimo, y regocijamos con anticipación de nuestra bendición, tan plenamente, como si la viéramos en su cumplimiento total.

Nuestro Señor siempre requiere esta fe como la condición de la oración contestada. «Porque os digo que cuando rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis» (Mr. 11:24). «Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, ese hombre, que recibirá cosa alguna del Señor» (Stg. 1:6, 7). Pero ésta es la obra especial del Espíritu Santo. Él es el espíritu de revelación y de fe, y cuando oramos en comunión con Él, y según su voluntad, se nos permitirá, por medio de su

gracia, que pidamos con expectativa humilde y confiada de su bendición.

5. El Espíritu Santo también nos enseñará cuando cesar en la oración, y cambiar nuestras peticiones en acción de gracias, o salir en obediencia a recibir la respuesta que nos está esperando o se nos acerca. No hay lugar para el silencio como en la oración, y cuando obedecemos verdaderamente, cesaremos de pedir, como hacíamos antes, y a partir de entonces nuestras oraciones serán simplemente en la actitud de esperar la respuesta y sostener la promesa de Dios ante El, en y ./el Espíritu de alabanza y de expectativa, y Esto no significa que no vamos a pensar más en aquellos que pedíamos, sino que no pensaremos más en ello de una manera incierta; pensaremos sólo con agradecimiento y expectativa descansada. Por tanto, el profeta habla de aquellos que «recuerdan al Señor», aquellos que le mencionan a Dios sus promesas y que están esperando que Él las cumpla. Éste es realmente un espíritu de oración, y con todo no es quizás un espíritu de petición sino un espíritu más bien de alabanza, que es en realidad una verdadera manifestación de la forma más elevada de fe.

Algunas veces, también, después de nuestra oración, el Espíritu Santo tendrá un ministerio de obediencia subsiguiente para nosotros. Habrá algo que hacer para nosotros, quizá, para recibir la respuesta, y Él nos mostrará, interpretando para nosotros las disposiciones providenciales de Dios cuando nos llegan y haciéndonos posible el recibirlas y cumplirlas en un espíritu de cooperación y vigilancia.

Estará también presente para apoyar nuestra fe en las pruebas y tribulaciones penosas, y nos permitirá gozarnos y alabar a Dios, con frecuencia en medio de aparentes contradicciones de su providencia personal para nosotros. Porque la fe es siempre probada, y «tenemos necesidad de paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengamos la promesa» (He. 10:36).

Capítulo 12: COOPERANDO CON EL ESPÍRITU SANTO

«Recibid el Espíritu Santo.» (Jn. 20:22)
«Sed llenos del Espíritu.» (Ef. 6:18).

Aunque reconocemos el poder soberano del Espíritu Santo, que visita el corazón a su placer, y obra conforme a su voluntad sobre los objetos de su gracia, con todo, Dios ha ordenado ciertas leyes de operación y cooperación en conexión con la aplicación de la redención. Y Él mismo, de un modo muy delicado, reconoce sus propias leyes, y respeta la libertad de la voluntad humana; no fuerza sus bendiciones sobre los corazones que no las quieren, sino que llama a la puerta de nuestro corazón, esperando ser reconocido y aceptado, y luego, obrando en el alma, cuando cooperamos de buena gana, escuchamos y obedecemos. Hay, por tanto, una parte solemne y responsable en que todo hombre ha de cooperar con el Espíritu Santo.

«Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co. 12:7), es decir, depende del hombre que recibe el primer movimiento del Espíritu Santo el decidir hasta qué punto va a aprovechar su oportunidad, cooperando con el Amigo celestial, y entrando en toda la plenitud de la buena y perfecta voluntad de Dios.

Quizás el talento, que se dice en la parábola es concedido a cada uno de los siervos, quiere decir el don del Espíritu Santo que recibe cada cristiano, y los varios usos que los siervos hicieron de esta inversión común pueden representar los grados con los cuales los hijos de Dios usan sus ventajas espirituales.

El uno hizo trabajar su talento hasta que tuvo diez; el otro hasta que tuvo cinco y el otro, descuidándolo, lo escondió en el suelo. Así que, los tres hombres que recibieron al principio de su experiencia una media igual de cosas espirituales pueden mostrar al final una diversidad grande en el uso que hicieron de lo que se les había dado. Por medio de una obediencia diligente y vigilante el uno ha llegado a ser un Pablo, coronado de almas redimidas, y vestido de toda la plenitud de poder celestial. El otro, quizá sea un orgulloso Diotrefas, que procura principalmente fomentar su ambición personal, y usar la gracia para su propia ventaja.

El Espíritu Santo es especialmente sensible a la recepción que encuentra en el corazón humano; nunca se entremete como un huésped no invitado, sino que entra con alegría en cada puerta abierta, y sigue cada invitación con fiel amor y poder. ¿Cómo hemos de cooperar con Él?

1. Se nos manda recibir el Espíritu Santo.

Esto denota un aceptar positivo y activo de su vida y poder en nuestros corazones y vidas. No es una mera aquiescencia a su venida, o un asentimiento pasivo a su voluntad, sino una apropiación activa y absorbente de su bendita persona e influencias en todo nuestro ser. Una cosa es que nos traigan la comida y otra es el ingerirla, asimilarla, y nutrimos por medio de ella.

Es así que hemos de recibir el Espíritu Santo, con una aceptación abierta, deseosa, anhelante, con hambre y sed, y corazón que absorbe, como la tierra seca recibe la lluvia, o la esponja recibe la humedad, o la nube negativa recibe la corriente de la positiva, como el vacío recibe el aire, o el recién nacido bebe la vida que la madre le ofrece de su pecho.

Hay órganos espirituales de recepción así como órganos físicos. Hay vehículos de hambre del corazón y absorción que pueden ser cultivados y ejercitados, y hay los que «por razón de la

costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (He. 5:14), para recibir la gracia de Dios.

¿Estamos recibiendo el Espíritu Santo? Estamos bebiendo el agua de vida gratuitamente? Estamos extendiendo la mano y tomando el fruto del árbol de vida y comiéndolo?

Recordemos que estamos recibiendo una Persona, y que a fin de hacerlo hemos de reconocer a esta Persona individualmente y tratarla como a un huésped bien venido.

¿Hemos recibido así el Espíritu Santo como una persona, le hemos invitado en nuestro corazón, hemos creído que ha venido realmente, y le hemos empezado entonces a tratar como una persona real? Hablamos con Él, comunicamos con Él, gozamos de su compañía, le llamamos para que nos ayude, y le reconocemos prácticamente como un Huésped presente?

No sólo recibimos al Espíritu Santo cómo una persona, sino que habiéndole reconocido hemos de recibir sus influencias que Él nos imparte, abrimos a su contacto, estar atentos a su voz, responder a su amor, y ser vasos vacíos para su uso constante y para que nos llene.

2. Hemos de ser llenos de Espíritu.

Aunque es verdad que hay un momento definido en que el Espíritu santo viene a residir en el corazón, con todo hay experiencias repetidas de su influencia vivificante, renovadora. Éstos los llama el apóstol «renovación por el Espíritu Santo» (Tit. 3:5), que Él derrama en abundancia sobre nosotros y por Pedro. En los Hechos de los Apóstoles, «tiempos de refrigerio que vienen de la presencia del Señor» (Hch. 3:19). La expresión «bautizado con el Espíritu Santo» (Hch. 1:5) puede ser aplicada quizás a nuestra primera experiencia marcada de esta clase, y en relación con esto estamos contentos que el término bautismo significa una inmersión total y completa en el océano de su amor y su plenitud.

Pero no es sólo una vez que se le pide que manifieste su amor y poder. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que después del día de Pentecostés vino otro día en que los discípulos estaban congregados en un momento de peligro y prueba, en oración delante del Maestro, pidiendo su intervención, v que cuando hubieron orado, el lugar fue sacudido, y ellos fueron todos llenos con el Espíritu Santo, y que el gran poder de Dios se manifestó de nuevo en medio de ellos.

Y así dice Pablo en Efesios: «no os embriaguéis con vino... antes bien, sed llenos del Espíritu» (Ef. 5:18). El ser lleno del Espíritu es aquí contrastado con la influencia estimulante del vino, como si dijera: hay una bebida de la cual nunca podéis beber en exceso: podéis «intoxicaros» sin temor del Espíritu Santo.

Pablo usa la misma expresión en relación con la figura del bautismo: «Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados para formar un solo cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu» (1 Co. 12:13). Es la figura de ser sumergido en el océano, y entonces, cuando estamos perdidos en la profundidad de mar, abriendo la boca, empezamos a beber de su profundidad y su plenitud. Somos sumergidos en el Espíritu Santo, hasta que Él pasa a ser un elemento de nuestro ser, como el aire en que nos movemos, y luego abrimos todas las facultades de nuestro ser y bebemos de su provisión inagotable.

No podemos decir hasta dónde llega la capacidad del alma humana para ser llenada de la vida de Dios. Sin duda, si el sol puede pintar una flor, con su gloriosa luz, de todos sus hermosos colores; si la nube puede beber sus rayos hasta que todos los colores de la luz se reflejen en ella, el alma humana, sin la menor duda, puede absorber todo lo que hay en Dios y luego devolverlo en la luz reflejada de su santidad. Sin duda si la tierra puede absorber la lluvia, y luego devolverla en la

planta, el fruto, y las flores del campo, el corazón humano puede sacar de Dios los elementos de su mismo ser y transformarlos en los frutos de la vida santa y actos benéficos y útiles. Sin duda, si su querido Hijo pudo residir en su seno edades y más edades antes de que hubiera ángeles que cantaran o planetas que cruzaran espacios y objetos de su creación que llenaran las llanuras de la inmensidad y hallar en el corazón de su Padre el éxtasis de su gozo con que poder decir: «Con él estaba yo ordenándolo todo y era su delicia de día en día» (Pr. 8:30), entonces sin duda, el alma humana puede llenar todos sus pequeños vasos y satisfacer la medida de su capacidad en el amor y benignidad divinos.

Recibámosle en toda su plenitud, seamos llenos del Espíritu, bebamos del océano en que hemos sido bautizados. Un amigo cristiano me escribió el otro día diciéndome que sus antiguos vecinos habían hecho circular el rumor que él se había entregado a la bebida últimamente y salido mal como cristiano. Me decía, con gran alegría que era verdad que se había permitido el hábito de beber, pero que sus amigos no sabían qué era lo que bebía, pues de otro modo le habrían acompañado, ya que había encontrado la fuente de agua de vida, y estaba bebiendo del Espíritu Santo y podía decir: «Al que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás» (Jn. 4:14).

3. Confiemos en el Espíritu Santo.

Hemos de creer en el Espíritu así como en el Hijo, y tratarle con confianza, esperando que Él venga a nosotros y nos bendiga, cuando le comunicamos nuestras necesidades, perplejidades y nuestras tentaciones y pecados. Él es el anticipo del agua de la antigua roca de Horeb, y es equivocado hoy, como lo fue para Moisés, el golpear aquella roca con violencia, cuando Dios nos manda simplemente que le hablemos con calma y confianza, y esperemos que el agua fluya a nuestra solicitación para satisfacer todas nuestras necesidades.

El Espíritu Santo es sensible a nuestra desconfianza. Muchas personas claman a Él y ruegan por Él como si estuviera distante o fuera un tirano egoísta, insensible al clamor de sus hijos. Es a un corazón de madre al que hablamos, la cual está a la distancia de un susurro de sus pequeños.

Anidemos debajo de sus alas, andemos a la luz de su amor, confiemos en el Espíritu Santo con confianza implícita, infantil, y esperemos siempre la voz que contesta y la presencia del Consolador, y será verdad: «Antes que me llamen, responderé yo; mientras aún estén hablando, yo habré oído» (Is. 65:24). El apóstol pide a los Gálatas: «¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?» (Gá. 3:2) y añade después, «a fin de que por fe recibiésemos la promesa del Espíritu» (Gá. 3:14).

Ésta es la única manera en que podemos recibir a una persona: tratándola con confianza, creyendo que viene a nosotros con sinceridad, y abriéndole la puerta al instante, reconociéndole como un amigo, y tratándole como un huésped bienvenido. Tratemos así al Espíritu Santo.

4. Obedezcamos al Espíritu.

La primera cosa en la obediencia es el escuchar con atención. Esto es necesario especialmente con el Consolador suave. Tan suave y tierna es esta madre que su voz suele ser baja, y podemos dejar de oírla si no prestamos mucha atención; por tanto Pablo usa una hermosa expresión que nos recuerda la voz de una madre: «La mentalidad del Espíritu es vida y paz» (Ro. 8:6). Hemos de prestar atención al Espíritu, a sus consejos, órdenes y sugerencias. Dios nunca dice una palabra de más y ociosa, o nos da una lección que podamos permitirnos descuidar u olvidar. Los que escuchan podrán oír muchas cosas, pero los que descuidan la voz de Dios no tienen por qué maravillarse de que se les deje en silencio.

La voz del Espíritu es «una voz apacible y delicada» (1 R. 19:12). El corazón en el cual Él quiere residir es un corazón quieto, en que la voz de la pasión y el tumulto del mundo es acallado, y su susurro es escuchado con deleite y atención.

Pero no sólo hemos de prestar atención; cuando sabemos lo que nos dice, hemos de obedecer. La voz del Espíritu es imperativa; no puede haber componendas, y no puede haber dilación. Dios no nos excusa de cumplir sus mandamientos. Su palabra es dicha de modo ex profeso y siempre para nuestro bien, y una vez ha sido dada no es retirada. Por tanto, si no obedecemos tenemos que permanecer en la oscuridad, dificultad y separación de Él. Podemos precipitamos, pero el Espíritu se queda esperando en aquel punto, en aquella encrucijada de la vida, y no podemos hacer progresos hasta que regresemos y obedezcamos. Hay muchas experiencias amargas, muchas lágrimas de corazones partidos y muchas decepciones y fracasos que han resultado de una negativa a obedecer. En realidad, esta desobediencia puede ser fatal si persiste. Fue esto que detuvo a Saúl e hizo que perdiera su reino, la desobediencia y obstinación en no escuchar la voz de Dios. Fue aquí que Israel encontró la crisis fatal de su historia, en Cades Bamea. Fue aquí que, en los días apostólicos, una nación estaba a punto de segar los resultados del mismo error fatal, y el apóstol rogó a sus compatriotas con solemnidad: «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón» (Sal. 95:7, 8).

Feliz el corazón que obedece prontamente la voz de Dios. El Espíritu se deleita en un alma así. ¡Cuán hermosa la ilustración de esto en la experiencia de Pablo! En un período de su ministerio estaba en peligro de proseguir su labor más allá de la orden divina, cuando se nos dice, se le prohibió por parte del Espíritu que predicara la Palabra en Asia, y trató de ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió. Felizmente Pablo obedeció este mandato. Si hubiera persistido en su camino, o incluso conseguido ir a Éfeso, habría hallado todas las puertas cerradas, y su visita habría sido prematura. Esperando según la orden del Señor para seguir el camino del Señor durante un año, se le permitió ir más adelante y halló la puerta abierta y su próximo ministerio, quizás el que constituyó su mayor triunfo, lo recibió en Éfeso, cuando obedeciendo las instrucciones recibidas se dirigió a Europa, y se le permitió establecer el Evangelio en aquel poderoso continente.

Un poco más tarde vemos la lección precisamente opuesta ejemplificada en su vida. Se nos dice que se propuso en el Espíritu ir a Jerusalén y a Roma. Ésta era una directriz personal del Espíritu Santo para él, y en consecuencia decidió como el mayor propósito de su vida, el llevar el Evangelio a sus compatriotas en Jerusalén, y establecer el Cristianismo en la capital del mundo.

Fue bueno que se lo propusiera en el Espíritu, y estaba seguro de la orden de Dios, pues las dificultades que encontró le habrían sido insuperables humanamente.

Primero, los mismos siervos de Dios por todas partes por donde pasó, e incluso mensajeros proféticos, le advirtieron que no fuera a Jerusalén, pero el valeroso apóstol cumplió su promesa y siguió adelante.

Luego, todo el poder del judaísmo no creyente se puso en orden de batalla contra él, y se amotinó contra él en Jerusalén, trató de asesinarle en el camino a Cesárea, y luego de hacerle condenar ante el tribunal de Félix, de Festo y de Agripa, pero todavía permaneció Pablo firme.

Luego, el poder de Roma, y la intriga política le hicieron frente y le retuvieron preso dos años en Cesárea, pero nunca abandonó su propósito.

Finalmente, de camino hacia Roma, los mismos elementos de la naturaleza y los poderes del infierno se confabularon para destruirle. El barco naufragó, y ya en Malta, una víbora le mordió en la

mano, pero él no se arredró y en obediencia al Espíritu Santo llegó a Roma y plantó el estandarte de la cruz ante el palacio de los Césares, dando testimonio de Cristo en la cárcel y el martirio, y luego, desde el cielo, pudo ver el Cristianismo establecido como la religión de todo el Imperio Romano trescientos años después.

Así que, obedezcamos al Espíritu Santo, sea en el silencio o en la actividad, y hallaremos finalmente que nuestro Admirable Consejero, se demostrará que es también nuestro Dios fuerte.

5. Honremos al Espíritu Santo.

Él se da a sí mismo muy poco honor. Su ocupación constante es exaltar a Cristo y permanecer a la sombra de su persona. Por tanto el Padre se complace cuando le exaltamos y le honramos, y Él mismo hará uso de aquel que le dé gloria. «Honrad al Espíritu Santo, y Él os honrará a vosotros», fue el consejo de su venerable patriarca cristiano que había visto muchos y poderosos avivamientos en la Iglesia de Dios.

Es verdad, y esto especialmente importante en esta edad materialista y racionalista, en que incluso los ministros de Cristo a veces parecen haber eliminado lo sobrenatural de las Escrituras y la Iglesia, y encuentran cualquier otra explicación distinta que el poder de Dios para sus obras sobrenaturales.

La dispensación especial del Espíritu Santo está llegando a su término. Por tanto, podemos esperar que Él va a manifestar su poder con métodos y en grados excepcionales a medida que el tiempo se vaya acercando.

Entendámosle y estemos en simpatía con su pensamiento divino, y dispuestos a seguir su dirección sabia y poderosa en la última campaña del Cristianismo. ¿Por qué debemos estar siempre mirando otra vez a Pentecostés? ¿Por qué no hemos de esperar sus poderosos triunfos en un futuro inmediato y, como profetizó Joel, «antes que venga el día grande y espantoso de Jehová» (Jl. 2:31)?

Capítulo 13: ESTORBANDO AL ESPÍRITU SANTO

«No apaguéis al Espíritu.» (1 Ts. 5:19)

«No contristéis al Espíritu de Dios.» (Ef. 4:30). «Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo.» , (Hch. 7:51).

Es muy emocionante y solemne que aun cuando el Espíritu Santo podría, en el ejercicio de su omnipotencia, coercer nuestra voluntad y obligarnos a someternos a su autoridad, no obstante, se acerca a nosotros con la mayor deferencia y consideración para nuestros sentimientos e independencia, incluso permitiéndonos que le resistamos y desobedezcamos, y tolerando largo tiempo nuestra obstinación y extravíos.

Hay varios términos usados en las Escrituras para denotar la manera en que podemos pecar contra el Espíritu Santo.

I. PODEMOS APAGAR EL ESPÍRITU

Esto hace referencia, quizá, principalmente al obstáculo que ofrecemos en su obra en otros, más bien que a nuestra resistencia a su obra personal en nuestra propia alma.

Entre los varios obstáculos que podemos ofrecer a la obra del Espíritu Santo podemos mencionar los siguientes:

1. Podemos negamos a obedecer sus impulsos en nosotros cuando nos manda hablar o actuar por Él. Podemos ser conscientes de una impresión clara del Espíritu de Dios que nos manda testificar por Cristo y por desobediencia, o timidez, o tardanza, podemos apagar su obra, tanto en nuestra alma como en la de otro.

2. Podemos suprimir su voz en otros, sea al usar nuestra autoridad para restringir sus mensajes, cuando Él habla por medio de sus siervos, o rehusando permitir la libertad del testimonio. Muchos retienen las riendas de la autoridad eclesiástica indebidamente, y por ello se pierden la obra efectiva y libre del Espíritu Santo en sus iglesias y en su obra.

Hay una manera menos directa, sin embargo, de acallarle de un modo discreto, forzando su salida, al llenar la atmósfera con un espíritu de crítica, formalidad, y cierto aire de respetabilidad y rigidez de modo que Él se retira de un ambiente que no le es favorable y rehúsa dar sus mensajes a corazones mal dispuestos.

3. La congregación puede agraviar al Espíritu por el método de adoración pública.

Puede ser excesivamente formal y rígida y no haber oportunidad para su obra espontánea, o tan llena de mundanalidad y elementos no escritúrales que le repelen y le ofenden, por lo que no quiere tomar parte en un ritual pomposo. Un coro de tipo de ópera o un servicio ritualístico va a apagar todo el fuego del altar de Dios de modo efectivo, y hará que la paloma se busque un nido más acogedor.

4. El Espíritu puede ser apagado por el predicador, y su espíritu y su método.

Su propio estilo puede ser tan intelectual y consciente de sí mismo, su propio espíritu puede ser tan frío y vano, que el Espíritu Santo ni es reconocido ni conocido en su obra.

Sus sermones pueden ser sobre temas en que el Espíritu Santo no tiene interés, porque el Espíritu solo da testimonio de las Escrituras y la persona de Cristo, y se retira desazonado de las discusiones filosóficas, y las exhibiciones rancias de crítica brillante, sobre las cuestiones del día o las especulaciones de la propia razón vana del hombre.

Quizá sus mensajes son escritos tan rígidamente que el Espíritu Santo no tiene oportunidad para hacer una sugerencia ni aun si lo desea, y sus sugerencias y directrices son puestas de lado friamente debido a un curso de preparación elaborada que no deja lugar para Dios.

5. El Espíritu de error en las enseñanzas del púl-pito va a acallar siempre al Espíritu Santo.

El Espíritu siente celos de su propia Palabra inspirada, y cuando los hombres vanos intentan ponerla de lado El lo ve con indignación, y expone a estos maestros a la humillación y al fracaso.

El espíritu de autoafirmación, y conciencia de sí mismo es siempre fatal para la libre operación del Espíritu Santo.

Cuando un hombre está en el púlpito para ventilar su elocuencia y llamar la atención sobre su brillantez intelectual, o predicarse a sí mismo en algún sentido, no puede contar con tener a su lado el Espíritu Santo. El Espíritu usa «las cosas que no son para anular a las que son» (1 Co. 1:28). Y antes que podamos esperar pasar a ser instrumentos de su poder, hemos de cesar de centrarnos en nosotros mismos y con ello perder de vista la persona y la gloria de Jesús.

6. El espíritu de orgullo, moda o exhibición mundana en los bancos es también tan fatal como la ambición en el púlpito.

Una atmósfera así parece helar el espíritu de devoción y erige en el trono del humilde Nazareno, una diosa del orgullo camal y del placer, como la Venus que la muchedumbre de París erigió en la Madeleine e París en los días de la revolución, como un objeto de culto. De una atmósfera así el Espíritu Santo se aparta agraviado y ofendido.

7. Las influencias avivadoras y vivificadoras del Espíritu Santo son con frecuencia apagadas en el mismo momento de la promesa debido a métodos erróneos de hacer la obra de Cristo en la Iglesia.

Con cuánta frecuencia en la víspera de un verdadero avivamiento la mente de la gente es distraída por alguna diversión pública en relación con la casa de Dios, o sus frutos posteriores son marchitados por una serie de tinglados para sacar dinero, y la introducción de vendedores de aves y otros animales en el templo purificado de Jehová, como en los días de Cristo.

8. El espíritu de crítica y controversia es fatal para la obra del Espíritu Santo.

La dulce paloma no va a permanecer en una atmósfera de tensión. Si queremos contar con su poder tenemos que poseer su amor, y fruncir el ceño a la murmuración e intriga, la maledicencia, la malicia, la envidia, la controversia pública en la predicación de la Palabra.

A veces una sola palabra de crítica después de un servicio conmovedor y fructífero va a disipar toda la bendita influencia sobre el corazón de algún oyente interesado, y contrarrestarla obra de gracia que habría resultado en la salvación de una alma.

Una cristiana frívola regresando una noche de la iglesia con su esposo no salvo estaba haciendo broma con liviandad de las equivocaciones y excentricidades del predicador. De repente sintió que el brazo de él temblaba; le miró al rostro y vio que estaba lleno de lágrimas. Él se volvió y le dijo: «Ora por mí; esta noche me he visto como nunca me había visto antes.» Ella se dio cuenta de repente con un escalofrío que había estado echando a perder la obra de salvación de un alma que realizaba el Espíritu Santo, y por tanto apagándolo.

Y así, la controversia pública es tan fatal para la obra del Espíritu como las críticas personales.

Cuando los hijos de Dios se unen a los pies de Jesús y buscan juntos su bendición Él viene con toda la plenitud de su poder de vida.

Se dice que en el Concilio de Niza los miembros le presentaron un memorial de agravios al que lo presidia, que era Constantino. Después de la sesión de apertura del gran Concilio, él dio orden de que juntaran todos los documentos con quejas en el centro del gran vestíbulo, y allí encendieron con ellos una hoguera, y al subir al cielo el humo y las llamas, el Espíritu de Dios cayó sobre la multitud congregada y todos ellos sintieron que al quemar sus disensiones y quejas egoístas, habían recibido el mismo bautismo del Espíritu Santo.

El Espíritu puede ser apagado en los corazones de nuestros amigos por consejos imprudentes o influencia poco piadosa.

Un padre mundano puede disuadir a su hijo de buscar a Cristo, o cometer el error de suponer que es demasiado joven para ser cristiano, o demasiado ocupado con sus estudios, sus diversiones sociales y otras cosas.

Los atractivos del mundo y las presiones de los negocios pueden interponerse en el camino de algún corazón que está buscando; y encontraremos en la eternidad que pusimos estorbos en el camino de algunos amigos, como resultado de los cuales cayeron en la perdición.

Tengamos mucho cuidado para que sin querer, en nuestra obstinación y orgullo, no sólo nos

perdamos nosotros las cámaras interiores del reino de los cielos, sino que también estorbemos a aquellos que están para entrar.

Oh, si de buena gana cuidaríamos el débil aliento del joven cuya vida ha sido rescatada del naufragio, si aventaríamos ansiosos la macilenta llama de vida en el pecho de un amigo, mucho más deberíamos tener cuidado en no apagar la chispa de vida eterna en su alma humana, y ser responsables por la destrucción de seres inmortales y con ello de sus almas. «No apaguéis el Espíritu» (1 Ts. 5:19).

II. PODEMOS CONTRISTAR EL ESPÍRITU

Ésta es una expresión muy tierna; sugiere su delicadeza y su paciencia; contristar más bien que ofender con la infidelidad y desconfianza de sus hijos.

1. Podemos contristarle con nuestras dudas y desconfianza de su amor y promesas. Así Moisés lo contristó cuando golpeó la roca en vez de hablarle suavemente.

Muchos tienen miedo del Espíritu Santo y piensan que es un tirano; procuran no estar muy cerca de Él, como si hubiera de consumirlos con su santidad. Él quiere que le amemos, y quiere venir cerca de nosotros como una madre tierna; que creamos sus promesas, y contemos con su fidelidad, y le tratemos como quien viene a nosotros y mora en nosotros.

2. Contristamos al Espíritu Santo cuando rehusamos entregamos totalmente a Él, y nos retraemos de abandonarnos a Él, cuando habiéndonos ya entregado, nos abstenemos de seguir su dirección y rehusamos las pruebas que nos envía, y estar quietos sobre la rueda del alfarero, donde Él moldea la arcilla.

El Espíritu Santo es contristado por nuestra obstinación, rebelión y resistencia. Sabe que nos estamos perdiendo una bendición y que hemos de pasar de nuevo por la misma disciplina si hemos de tener su bendición.

Ve en ello un espíritu de desconfianza e incredulidad, y se considera lastimado y herido por nuestro retraimiento.

3. Contristamos al Espíritu Santo cuando dejamos de entrar en la plenitud de su gracia y recibir al Señor Jesucristo como nuestro completo Salvador.

Él no ha dicho una palabra que nosotros podamos permitimos dejar de tener en cuenta. Es un insulto a su sabiduría y amor el tratar las visiones más altas de su gracia como si no tuvieran poder sobre nuestra vida.

Deberíamos honrarle plenamente, seguir adelante haciendo toda su voluntad, y considerar que es nuestro deber, por Él y por nosotros, el no perdemos nada de todo lo que Él ha hecho, ni quedarnos cortos de entrar en su descanso.

Oh, cuántos de sus hijos le contristan, como se contrista a una madre, si después que a gran coste y labor ha provisto en abundancia para sus hijos, éstos rehúsan usar o desprecian su rica provisión.

4. Contristamos al Espíritu Santo, cuando dejamos de escuchar y hacer caso de su voz.

Él nos está llamando constantemente para aue le escuchemos, y nunca habla en vano, y no podemos permitirnos perder ni el menor murmullo de lo que dice. Cuando dejamos de escuchar, pues, y nos lanzamos precipitadamente e impulsivamente. Él es contristado profundamente, y tiene que llamarr js en los tonos dolorosos de la disciplina y la prueba.

¡Cómo lamentaba que el pueblo, en la antigüedad, rehusara escuchar su voz de vida!: «¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! ¡Sería entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar!» (Is. 48:18).

5. Contristamos al Espíritu Santo cuando después de escuchar, nos atrevemos a desobedecer su voz.

Esto es muy serio y nos pone en un terrible peligro. Es algo terrible el descuidar o desafiar voluntariamente la orden clara del Espíritu Santo. No podemos hacerlo sin perder el sentimiento de su presencia, y ser conscientes de que Él ha retirado la manifestación de su amor, hasta que

reconocemos en penitencia profunda nuestro pecado, y entramos en el camino de la obediencia en el punto donde nos separamos de su compañía.

6. No hay nada que contriste tanto al Espíritu Santo como un corazón ambivalente, y el suspirar por ídolos y afectos que nos separan del supremo amor de Cristo.

Hay un pasaje notable en el libro de Santiago que dice: «¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que Él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente?» (Stg. 4:5), y en el mismo sentido dice: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Stg. 4:4), esto es, un corazón puesto sobre as cosas terrenales es culpable de adulterio espiritual. El Espíritu Santo lo ve con amor celoso, contristado e insultado por el deshonor que se hace a nuestro esposo divino con nuestros afectos infieles.

7. Contristamos al Espíritu Santo cuando descuidamos, tergiversamos o deshonramos las Sagradas Escrituras.

Ésta es su palabra, y no hay ni una palabra de ella, ni una coma, que haya de caer al suelo. Como le contristamos cuando anulamos con nuestras explicaciones sus promesas, y dejamos sin efecto sus mandamientos; y como ama Él el corazón que se alimenta de la verdad y honra la Biblia en su menor promesa y orden.

8. De un modo especial contristamos al Espíritu Santo cuando deshpnramos a Jesús, o dejamos que algo nos separe de Él, o enturbie nuestro concepto de Él o interrumpa nuestra devoción a Él.

Él siente celos por el honor de Cristo; por tanto, siempre que el yo u otro ser humano se interpone entre nosotros y Cristo, siempre que la gloria del Maestro sea oscurecido por la gloria del siervo, siempre que la verdad o la obra resalte más que Cristo mismo, el Espíritu Santo es contristado; y Él se complace en todos lo que exalta al Salvador, y le da toda la gloria.

9. El Espíritu Santo es agraviado cuando no hacemos caso de Él.

Él anhela nuestro amor y confianza.

10. El Espíritu Santo es contristado de modo especial por un espíritu de amargura hacia cualquier ser humano, y por ello el apóstol dice: «Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira gritería y maledicencia y toda malicia» (Ef. 4:31). Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef. 4:30).

III. PODEMOS RESISTIR AL ESPÍRITU SANTO

Esto hace especial referencia a la actitud del no creyente, con el cual el Espíritu Santo se está esforzando con miras a redargüirle de pecado y guiarle al Salvador.

1. El pecador resiste al Espíritu Santo cuando éste trata de desprenderse de las impresiones religiosas.

Esto puede realizarse de varias maneras. A veces el alma, bajo la obra del Espíritu, trata de apagar sus impresiones en placer, emoción o negocios. A veces las trata con una depresión nerviosa, mala salud o busca un remedio en un cambio de escena o de ideas. Muchas veces recurre a lecturas ligeras, diversiones mundanas, sociedad frívola, quizás indulgencia en el pecado, y el diablo siempre tiene gran número de auxiliares que le sugieren pensamientos que le distraen y contribuyen a disipar las influencias sagradas que Dios está acumulando dentro del corazón.

Con mucha frecuencia uno se sentirá provocado y ofendido por algunos actos realizados por cristianos, algunas veces quizá relacionados con los servicios religiosos, y decidirá dejar de asistir, o encontrará alguna excusa para evitar las influencias que están turbándole. Todos estos esfuerzos para escapar no son sino fuerte evidencia de la obra del Espíritu, y éste continúa con paciencia y amor haciendo presión con la flecha en el corazón herido, hasta que queda finalmente postrado a los pies del amor.

2. El pecador resiste las influencias del Espíritu Santo al dirigirle a la convicción de pecado.

No basta con despertar interés en el alma, y aun alarma; tiene que haber una obra clara de convicción / escritural a fin de poder asegurar una paz permanente 'jr y una conversión sana. Y por tanto, el Espíritu ha prometido redargüir al mundo de pecado. Lo hace presentando a la conciencia la memoria de las transgresiones reales —el conjunto de los pecados olvidados, las iniquidades de la juventud y de la infancia, los pecados secretos conocidos sólo por Dios, los agravantes dél pecado, los avisos y la luz que se poseía y a pesar de la cual fueron cometidos, el amor que ha estado resistiendo, las amenazas de la ley divina, la santidad inmutable del carácter divino, la tremenda sentencia contra toda iniquidad, y la conciencia interior de pecado, el sentido más terrible aún de la maldad del corazón del pecador, la depravación profunda, la conciencia de la obstinación y la incredulidad, el temor de que todo está más allá de la esperanza de remedio y la imposibilidad de la salvación.

Así el Gran Abogado despliega nuestras transgresiones, hasta que el corazón procura escaparse de ello,

Satán está preparado para sugerir mil excusas, paliativos y esperanzas falsas, mientras el espíritu culpable trata de evadir la fuerza de su convicción.

Piensa en las faltas de los otros y razones plausibles de que las suyas no son peores que las de ellos. Se aferra con avidez sobre las inconsecuencias de los cristianos y trata de excusarse con el fracaso de los otros. Recuerda sus pobres intentos de piedad, y trata de hallar algún consuelo en su propia justicia. Busca un falso refugio en la misericordia de Dios, y con avidez trata de persuadirse de que el cuadro de la ira de Cristo contra el pecado, y las historias del juicio y la perdición, son ficciones de una teología caducada.

Dice paz, paz, cuando no hay paz, y venda por encima su herida, resistiendo con todo su poder al bienaventurado espíritu, que hiere sólo lo que puede curar.

Feliz aquel que fracasa en este insensato intento, y en cuyo corazón las flechas del Rey son tan

agudas que las heridas no pueden ser restañadas excepto por la sangre del Calvario.

3. El pecador resiste la obra del Espíritu Santo en que éste le guía a hacer la decisión.

Incluso después que ha sido echado de sus refugios previos, y ha sido despertado de su profunda despreocupación y ha sido convencido de su pecado, y ha admitido las exigencias de la religión y la justicia de su condenación, busca otra escapatoria de la tardanza en hacer su decisión.

Se va a entregar, no va a resistir más, va a aceptar al Salvador, pero no ahora, no está todavía preparado.

Quizá diga que no siente bastante, que necesita una convicción más profunda, más luz, más consideración deliberada, quizás algo más de tiempo para alterar sus circunstancias y cambiar su vida. Pero realmente lo que intenta es un respiro para su corazón pecaminoso, un poco más de tiempo para permitirse su propia voluntad y la desobediencia al Evangelio.

Y su curso es tan peligroso y constituye un rechazo de Cristo tan pleno como si lo dijera de modo expreso y directamente; mientras que al mismo tiempo le produce la impresión engañadora de ser una especie de ceder, por lo menos un consentimiento nominal, a los ruegos del Espíritu Santo.

Está resistiendo al Espíritu, y su mañana, a menudo, significa, a los ojos del cielo, NUNCA.

4. El pecador resiste al Espíritu santo en sus intentos de gracia para redargüir al alma de justicia y conducirla a creer en el Hijo de Dios.

El objetivo del Espíritu no es meramente producir preocupación, alarma, o aun el más profundo arrepentimiento, sino que el bendito objetivo de todos sus movimientos de gracia es la aceptación confiada de Jesús, y la bendita seguridad de su perdón y salvación.

Es aquí que Satán y la voluntad propia luchan lo más duro de la batalla. El alma está dispuesta a vivir una vida mejor, a aceptar el lloro y el lamento, va a hacer todo lo que sea, menos aceptar la misma oferta de salvación y creer la simple palabra de Dios, que sus

Pecados son perdonados por amor a su nombre, y que a sido aceptado en Jesucristo, como Él es aceptado. ¡Cuán tenazmente lucha contra este simple acto, vistiendo su incredulidad con la capa de humanidad y modestia, y pensando que es una presunción el atreverse a pretender una cosa así!

Muchas almas se mantienen en este punto durante meses y aún años, y no saben que todas sus dudas y temores, sus pensamientos acerbos sobre sí mismos y sobre Dios, no hacen otra cosa que resistir al Espíritu Santo, el cual se esfuerza con ellos para poner sus pecados para siempre a los pies de Jesús, e ir adelante y entrar en la paz eterna.

5. En este punto el alma que se resiste es conducida por este gran enemigo a erigir toda una línea de falsos refugios y ponerse a resguardo en ellos, en vez de huir al refugio directamente a la esperanza que ha sido puesta ante él, en el Evangelio.

Uno de estos refugios es la reforma externa de la vida. El pecador va a nacer las cosas mejor, va a aceptar las promesas, volverá la hoja, se promete y consuela el alma con la halagüeña noción de que es un hombre cambiado, mientras que tiene el mismo corazón malo y va a producir los mismos frutos tan pronto como se haya gastado este mero esfuerzo.

Otro refugio consiste en la profesión religiosa. Va a hacerse confirmar y se unirá a una iglesia y empezará una vida de formalismo. Quizá va a dar algo a la causa de Cristo, e incluso intentará hacer obra cristiana, pero será sólo un fariseo blanqueado, y dentro el sepulcro hay huesos de muertos e inmundicia. Y va a encontrar antes de poco, que su viejo corazón se mantiene en el mismo nivel de amores y odios, aunque ha suprimido de modo efectivo la voz del Espíritu.

Hace frente a todo temor y convicción con la conciencia de su profesión religiosa, e incluso va

a ir a las puertas del tribunal del juicio diciendo: «Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste» (Le. 13:26); pero Él va a contestarles: «Nunca os conocí» (Mt. 7:23).

La pobre Ignorancia, en el «Peregrino», se dirigió a las mismas puertas del cielo con una conciencia tranquila; había ahogado toda convicción con una profesión superficial y sus obras de justicia propia imaginaria. Y así las multitudes han escapado el dolor de una mala conciencia, y el esfuerzo del Espíritu, para hallar en la hora del juicio que se han transformado en el horror y remordimiento de la condenación eterna.

Y así podríamos hablar de otros innumerables refugios, todos los cuales tienen el efecto de aquietar al turbado corazón, pero no de salvar el alma. Son como sacos de arena colocados al exterior de nuestra alma, en los cuales se clavan y acallan las flechas del Señor, pero no ofrecen protección contra los ejércitos de destrucción.

6. Es posible que el alma resista al Espíritu Santo abierta, directa, voluntaria y presuntuosamente, hasta que lo echa de su puerta y comete el fatal pecado de rechazar voluntariamente al Salvador ofrecido a la plena luz de la revelación del Espíritu Santo, y quizá con la plena conciencia de que está desafiando a Dios.

Hay una referencia así en las Escrituras: «Si rehusáis y sois rebeldes seréis consumidos» (Is. 1:20). «Os llamé y no quisisteis oír» (Pr. 1:24). «Porque si continuamos pecando voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y un fuego airado, que está a punto de consumir a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere sin compasión. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que haya hollado al Hijo de Dios y haya tenido por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, y haya ultrajado al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice e Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo» (He. 10:26-31).

La blasfemia de los fariseos contra el Espíritu Santo parece haber consistido en rechazar a Jesús después que Él les había dado luz suficiente para que conocieran que era el Hijo de Dios.

Fue, por tanto, no el rechazar a Jesús, sino el rechazo ex profeso del Espíritu Santo y del testimonio de Jesús, cuando ellos sabían que era su testigo.

Esencialmente, pues, es el mismo pecado que muchas almas están cometiendo ahora, cuando en plena luz de Dios, y conscientes de que Él les ha llamado a aceptar al Salvador, rehúsan hacerlo, desafiándole.

El efecto de un acto así puede ser, y quizás es generalmente, el que el Espíritu se retire del alma hasta que queda un corazón endurecido, más allá del sentimiento, y destinado a que la voz del llamamiento divino y la luz de la misericordia no va a caer nunca más.

Esto es, quizá, lo que significa la blasfemia contra el Espíritu Santo que no tiene jamás perdón.

Que nadie piense que ha cometido este pecado si todavía en su corazón hay el deseo de entregarse a Dios y aceptar al Salvador.

Si hay algún temor en el lector de si ha cometido este pecado, y un gran deseo de que no sea así, puede alegrarse sobremanera, y ceder en este momento incluso al más leve toque de la influencia celestial, antes de que sea retirada, y el alma queda bajo la triste sentencia: «Efraín está ligado a los ídolos; déjalo» (Os. 4:17).

El buen Payson dijo un día a un joven amigo que le había hablado de recibir una ligera influencia religiosa y le preguntó si era bastante para que obrara como resultado de ella: «Una cuerda

delgada ha bajado del cielo, tan fina que apenas la sientes o percibes; te toca el hombro por un momento; querido amigo, agárrate a ella rápidamente, porque te asegura y te amarra al trono de Dios, y es para ti quizás el último medio de gracia salvadora; agárrala y no la sueltes, y se convertirá en un cable firme que te va a anclar a los cielos y mantendrá tu alma preciosa para la vida eterna.»

Oh, temamos y tengamos cuidado de no pecar contra el Espíritu Santo, al apagar el Espíritu, contristar al Santo, resistir a nuestro mejor amigo, o blasfemar contra su nombre poderoso.